

**La Guerra de Cuba y la memoria colectiva
La Crisis del 98 en la prensa sevillana**

Rosario Sevilla Soler

COLECCION DIFUSION Y ESTUDIO



Escuela de Estudios Hispano-Americanos - C S I C

ROSARIO SEVILLA SOLER

LA GUERRA DE CUBA
Y LA MEMORIA COLECTIVA

LA CRISIS DEL 98
EN LA PRENSA SEVILLANA

Sevilla, 1996

Este trabajo forma parte del Proyecto
*Frontera y Fronteros. La apropiación de la
frontera en América Latina* (PS94-0054)
financiado por la DGICYT.



© C.S.I.C.

I.S.B.N. 84-0-07591-9

Depósito Legal SE - 1194 - 96

Edición: Escuela de Estudios Hispanoamericanos

Maquetación: J. Gallardo

Impreso en España

Printed in Spain

A Javier

Índice

INTRODUCCIÓN.....	13
-------------------	----

CAPÍTULO I

HACIA EL CONFLICTO COLONIAL

— Cuba y España: de la armonía a la incomprensión..	25
— Políticos y periodistas frente al régimen autonómico	33

CAPÍTULO II

LA INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA EN EL CONFLICTO

— Los propósitos norteamericanos en Cuba	43
— Hacia el intervencionismo	48
— La prensa española y los preparativos bélicos norteamericanos	52
— La intervención internacional y el armisticio.....	61

CAPÍTULO III

LA GUERRA HISPANO-CUBANA-NORTEAMERICANA

— La ruptura con los Estados Unidos	71
— El enfrentamiento abierto	78
— Los debates sobre la guerra.....	82
— El desengaño	91

CAPÍTULO IV
LA LUCHA POR LA PAZ

— El difícil camino de la negociación.....	101
— El desencanto.....	107
— El problema de las Filipinas.....	111
— La prensa ante las conversaciones de París.....	116

CAPÍTULO V
LA VISIÓN SATÍRICA DEL PROCESO

— <i>Carrasquilla</i> y los políticos.....	128
— <i>Carrasquilla</i> y la sociedad española del 98	141
— <i>Carrasquilla</i> y la Regeneración	153
CONCLUSIONES	161
BIBLIOGRAFÍA.....	171

Introducción

“Sólo los hechos que dejan huella en la conciencia colectiva merecen el reconocimiento de la memoria.”¹ Y en este sentido, pocos hechos de la historia de España han permanecido tan arraigados en la memoria del país como la pérdida de las últimas Antillas españolas.

La independencia de estas islas tuvo para España mucha menos importancia política y económica que la de las colonias continentales; sin embargo, mientras que esta última pasó prácticamente desapercibida para la mayor parte de la población peninsular, la primera, por diversas causas que examinaremos más adelante, se vivió intensamente, prácticamente día a día. El seguimiento fue constante no sólo por parte de dirigentes políticos, intelectuales, o empresarios con intereses coloniales, sino por la de la población en general. Pero si de todos es conocido el impacto que el fin de España como “potencia” colonial en 1898 produjo entre los primeros, que nos han dejado multitud de testimonios documentales relativos a la decadencia española encarnada en aquel proceso, no ocurre lo mismo con el que tuvo en el resto de la población, entre las clases medias y populares; y es evidente que lo tuvo, y fuerte.

Si en la actualidad se hiciera una encuesta por las calles de cualquiera de las ciudades del país sobre la fecha en que España perdió su imperio colonial, probablemente la mayor parte de los

1 Camacho, Ignacio: “Un año de qué”, en *Diario 16* de Andalucía de 12 de octubre de 1993.

encuestados respondería que en 1898. Algunos quizás señalarían que un poco antes; pero sin precisar fechas. Pocos sabrían algo de la batalla de Ayacucho; pero casi todos habrían oído hablar de la guerra de Cuba. Y es que la guerra de Cuba fue un fenómeno que penetró profundamente en la conciencia popular, como lo demuestra el hecho de que el pueblo la ha recogido con profusión en su folklore. Hasta nosotros ha llegado un número importante de canciones populares de la época que hacen referencia al tema; y encontramos también alusiones a ese conflicto en el refranero.

Las causas de la diferencia con que se vieron desde España estos dos procesos independentistas y, en consecuencia, de su mayor o menor pervivencia en la conciencia popular, son varias; pero en ese hecho jugaron un papel esencial tanto el elemento humano que participó en cada uno de ellos, como la intervención internacional en un conflicto que el país consideraba interno.

Por una parte, el sistema de reclutamiento forzoso, y constante, que se empleó para luchar contra la segregación de las colonias insulares —y no contra la del Continente—, hizo llegar los efectos de la guerra a todos los rincones del país. En las guerras de independencia continentales se habían enfrentado, fundamentalmente, criollos, por un lado, y un ejército profesional, por el otro. Pero en el caso de Cuba, y también en el de Filipinas, las guerra, en virtud de esas reclutas forzosas, afectó a un sector considerable de la población peninsular. Eran pocas las familias españolas, especialmente de los sectores sociales menos favorecidos, que no tenían un pariente en el ejército de Ultramar. Y, durante muchos años, los soldados que tenían la suerte de regresar a la Península lo hacían en un estado lamentable; en la mayor parte de los casos enfermos y muchos de ellos ya desahuciados.

Los grupos sociales acomodados podían escapar a esa situación comprando su liberación a un Estado falto de recursos; el

que tenía dinero pagaba, simplemente, una determinada cantidad para que otro, menos afortunado, fuera a la guerra en su lugar. Pero el que no tenía medios económicos no podía escapar a las reclutas de ningún modo; las clases populares no tenían forma de eludir el servicio y, en consecuencia, el pueblo “vivió la guerra en sus propias carnes”, como no lo había hecho desde 1808, desde los tiempos de la presencia francesa en España; la constante sangría que el mantenimiento de las últimas colonias representó para la juventud española, hizo que el fenómeno calara hondamente en el sentir popular; tan profundamente como pocas veces lo había hecho un suceso histórico.²

Por otra parte, el fin de la guerra hispano cubano norteamericana no representó sólo la pérdida de unas cuantas colonias, sino la liquidación colonial, el fin de España como “potencia” en el concierto internacional. Al mismo tiempo, y como afirma Raymond Carr, mientras que la independencia de las colonias continentales fue resultado de una guerra civil, “Cuba fue arrancada a España por la derrota a manos de una potencia extranjera a la que la prensa había enseñado a despreciar”, y llevó aparejada, la destrucción de cualquier vestigio de prestigio que pudiera quedar al país.³

Todo ello significó, como es lógico, una decepción colectiva. Y lo fue no sólo para políticos e intelectuales, sino también, y lo que es más importante, para un pueblo que había visto morir a sus jóvenes inútilmente. Además de la guerra y de una parte considerable de la juventud española, se había perdido “el honor”. El 98 significó así para el país un verdadero “trauma colectivo, que se refleja en la amarga polémica por las responsa-

2 Ver Sevilla Soler, Rosario: “La Crisis del 98 y la Sátira en la Prensa Sevillana”, en *Andalucía y América en el siglo XIX*, T. I, págs. 507-508. Sevilla, 1984.

3 Carr, Raymond: *España 1808-1939*. Barcelona, 1970, págs. 372-373.

bilidades” que le siguió,⁴ y en la que jugaron un papel esencial las publicaciones periódicas.

En relación con este problema, hace algún tiempo inicié un estudio sobre la crisis del 98 en la conciencia andaluza, cuyo objetivo radicaba en el análisis de las reacciones y los sentimientos populares respecto a los sucesos que desembocaron en el final del imperio colonial español. Y aunque posteriormente tuve que interrumpirlo en función de los proyectos desarrollados en el organismo de investigación en que me integré, no perdí por ello el interés por estas cuestiones. Incluso al margen de esos proyectos he continuado con esa investigación, aunque, ante las dificultades que ofrecía el acceso a otras fuentes regionales de la época, limitada al caso sevillano.

Algunos de los resultados de la misma han sido ya publicados en revistas especializadas o actas de congresos, a los que sólo suele tener acceso un número muy limitado de personas, investigadores y profesores universitarios esencialmente. Por eso hoy, al surgir la oportunidad de realizar esta monografía que puede llegar a un sector más importante de lectores, no podía dejarla pasar. Este volumen, en definitiva, no es sino el resultado de todos esos trabajos, uno de los cuales, incluso, por la peculiaridad del material utilizado, se ha constituido en el último capítulo de este libro.

Para su elaboración he partido del examen de la prensa sevillana de la época, y concretamente de cuatro diarios: *El Noticiero Sevillano*, *El Porvenir*, *El Progreso* y *El Baluarte*. Y es que, para un estudio como el propuesto, resulta esencial el análisis de la prensa periódica, aunque haya que tener en cuenta, desde luego, que su valor como fuente para el estudio de la historia es siempre relativo. La prensa, como todos sabemos, reco-

4 Palacio Atard, Vicente: *La España del Siglo XIX. 1808-1898*, Madrid, 1978, pág. 569.

ge a veces en sus páginas simples rumores que poco después no tiene más remedio que desmentir. En ocasiones este hecho viene determinado por el interés de presentar al público la noticia antes que el competidor, sin tiempo para contrastarla. Pero en otros casos la razón estriba —y lo estamos viendo hoy en la prensa diaria— en que esa noticia en cuestión, aunque no sea cierta, o lo sea sólo en parte, interesa a la política de un determinado diario.⁵

Además, la ideología política de cada periódico puede influir no sólo en el hecho de ofrecer o no una noticia a sus lectores, sino también en la forma de exponerla, en la visión que cada uno de ellos presente sobre determinados asuntos en los que se sienta más o menos comprometido. Entonces, como ahora, un sector de la prensa tendía a reflejar en sus páginas la política del gobierno ante determinados problemas. Pero el director —o el propietario— del periódico podía tener, como sucede también hoy, una ideología no sólo diferente, sino radicalmente opuesta a la del gobierno e, incluso, estar claramente comprometido con algún partido de la oposición. Y en caso de existir libertad de prensa, como ocurría en la época que tratamos, su pensamiento se dejaría sentir de manera patente en las páginas de su publicación.

No obstante, a pesar de todos estos inconvenientes, y con las limitaciones que se quiera, no podemos dudar del valor que la prensa periódica puede tener para el estudio histórico. Aunque no siempre nos ofrezca versiones exactas de los procesos, sí puede aportarnos la visión que la población tiene de una determinada problemática y la evolución de esa visión con el desarrollo de los acontecimientos, así como las ideas de determinados

5 El primero de estos casos se producía con cierta frecuencia antes del desarrollo de las comunicaciones, especialmente cuando la noticia procedía de lugares alejados.

sectores sobre aquéllos.⁶ Y puede servir, también, para intentar conocer el impacto que, al margen de ideologías políticas, un fenómeno determinado provocó en los sectores sociales que normalmente permanecían alejados de los circuitos de poder; esos grupos sociales difícilmente tenían acceso a otra información que no fuera la de la prensa, al tiempo que esa prensa era el único medio de que sus reacciones, o al menos parte de ellas, quedaran reflejadas documentalmente.

En el siglo XIX la prensa adquiere importancia como la principal tribuna de la burguesía, como representante de esta clase y de la intelectualidad de la época. En ella se reflejan las distintas opiniones de cada sector ideológico de la sociedad sobre determinados problemas. Y como tal crea opinión y, a veces —como ocurre en esta ocasión—, llega a las masas. La libertad de imprenta imperante en aquellos momentos, ofrecía una oportunidad única a la opinión pública para expresarse a través de diarios y revistas; en sus páginas tuvo lugar una toma de posición de distintos grupos sociales, políticos y económicos frente a la problemática colonial, que, gracias a la difusión de los periódicos, llegó al gran público y se convirtió en tema de interés general.

De este modo la prensa fue, por una parte, exponente de la versión que de los sucesos que condujeron al fin del imperio

6 Muestra de ello son una serie de obras importantes que tratan temas históricos a través de la prensa, haciendo hincapié en uno u otro de los puntos señalados. Entre ellas pueden citarse: *La Independencia de América en la prensa española*, de Jaime Delgado, Madrid, 1944; *La independencia mexicana y la prensa insurgente*, de J.M. Miquel y Verges; *La opinión pública española y la independencia hispanoamericana*, de José Miguel Enciso, Valladolid, 1967, *Les idées sur L'Amerique Latine dans la press espagnole, autour de 1900*, de Guy-Alain Dugast, Lille, 1971; *Románticos y socialistas. Prensa española del siglo XIX*, de Iris, M. Zavala, Madrid, 1972, y, por último, *La imagen de España en América, 1898-1931*, de Rafael Sánchez Mantero y otros autores, Sevilla, 1994.

español recibió el ciudadano de a pie, cuyo único medio para estar al tanto de lo que estaba ocurriendo al otro lado del mar era, como ya se ha dicho, esa prensa; por otro, en virtud de las diferentes versiones expuestas por los distintos periódicos, se convierte también en fiel reflejo de las reacciones de determinados sectores ideológicos y sociales frente a las diversas problemáticas que encerró el proceso. Gracias, precisamente, a esa doble perspectiva, podemos intentar comprender las dos formas tan diferentes en que ese proceso ha pervivido en la memoria histórica, y que han tenido, a su vez, dos vías distintas de expresión: los escritos de pensadores y literatos, en el caso de los intelectuales, y el folklore, en el de las clases populares.

Esa prensa no puede ser, no obstante, la única fuente para un trabajo de este tipo; hay que repasar detalladamente otras publicaciones: novela, poesía, ensayo, etc.; pero lo cierto es que resulta indispensable para los objetivos propuestos. A través de los periódicos, complementados con otras fuentes impresas, algunas de la época, creemos poder lograr nuestro objetivo: observar, mucho mejor que en la documentación oficial, las distintas reacciones e impresiones que en cada sector ideológico de la sociedad andaluza produjeron la guerra con los Estados Unidos a causa de las colonias, y la posterior Paz de París.

Dos de los periódicos utilizados para este trabajo, *El Porvenir* y *El Noticiero Sevillano*, los de mayor difusión, son también los que nos ofrecen una mayor información sobre el problema y, al mismo tiempo, los que pueden considerarse más objetivos, aunque, desde luego, dentro de ciertos límites. Por el contrario los otros dos, *El Progreso*, órgano del partido liberal —en el poder en el momento de la liquidación— y *El Baluarte*, diario republicano, pierden con frecuencia la perspectiva real del problema en sus intentos por defender o atacar, a toda costa, la labor del gobierno.

Pero con el examen de todos ellos, con sus aciertos y errores, es evidente que podemos llegar a tener una idea, al menos aproximada, de la visión que la sociedad sevillana tuvo del problema; y, hasta cierto punto, de su opinión u opiniones al respecto. Al tratarse de publicaciones con ideologías y afectos diferentes, parece que con ellos se cubre un amplio espectro de la sociedad de la época y se puede proceder al análisis de la independencia cubana no como proceso histórico, algo que ya se ha hecho repetidamente,⁷ sino como la vio la Sevilla de aquellos años —con sus aciertos y errores— y, al mismo tiempo, el impacto que tal proceso produjo en ésta.

Se trataría, en definitiva, de acceder a la visión que las publicaciones periódicas transmitieron a sus lectores sobre la “guerra de Cuba” —con todas sus implicaciones nacionales e internacionales—, así como a sus opiniones y reacciones al respecto. En vísperas de la conmemoración del centenario del proceso que nos ocupa, espero poder contribuir con este volumen a la comprensión de cómo la sociedad andaluza vivió aquellos sucesos, y hasta qué punto los intentos de intelectuales y políticos por crear opinión, calaron en ella.

7 La bibliografía sobre esta problemática es abundante, especialmente en los tres países que participaron en la contienda. Ver por ejemplo las obras ya clásicas de Gonzalo Reparaz *La Guerra de Cuba*, Madrid, 1896, *La guerra libertadora cubana de los 30 años* de Emilio Roig de Leuchsenring, La Habana, 1952, o *La guerra Hispano-Cubano-Norteamericana y el nacimiento del imperialismo norteamericano. 1895-1898*, de Philip. S. Forner, Madrid, 1975.

CAPÍTULO I

HACIA EL CONFLICTO COLONIAL

Cuba y España: de la armonía a la incompreensión

A principios del siglo XIX todas las colonias españolas en el continente americano se independizaban de la metrópoli para formar nuevas repúblicas. Entre tanto, en Cuba sólo se produjeron algunos conatos independentistas que alcanzaron escaso eco, y la isla permaneció en poder de España hasta finales de esa centuria. Las causas de este fenómeno, variadas y complejas, han sido repetidamente estudiadas; y no son, en absoluto, objeto de este trabajo. Pero no podemos dejar de señalar aquí, que en ello tuvo mucho que ver la situación económica de la mayor de las Antillas.

Durante la última parte del siglo XVIII la isla había experimentado una profunda transformación socioeconómica. Sin que se abandonara el tradicional sector ganadero, se incrementó extraordinariamente el cultivo del azúcar y el tabaco, de manera que, en los primeros años del siglo siguiente, tuvo lugar el paso definitivo de una economía predominantemente ganadera a otra de plantación. Se inició así una etapa de prosperidad económica en la isla que, a diferencia de lo que ocurrió en las colonias continentales, estuvo íntimamente ligada al buen entendimiento entre el hacendado criollo y el comerciante peninsular.⁸

8 Para un mayor conocimiento del crecimiento económico cubano de la última parte del siglo XVIII y comienzos del XIX, ver por ejemplo *El Ingenio: complejo económico social cubano del azúcar*, La Habana, 1978, de Manuel Moreno Franginal, *Historia económica de Cuba*, La Habana, 1978, de J. Le Riverend, o de este mismo autor *La Habana (biografía de una provincia)*, La Habana, 1960, aunque la bibliografía es, desde luego, muy amplia.

Paralelamente a la ampliación de la economía de plantación, el número de esclavos isleños aumentaba también; y el temor a tener que enfrentarse a una sublevación como la que se había producido en Haití, sin ejército para dominarla, contribuyó al mejor entendimiento entre la colonia y su metrópoli.⁹

De este modo, la prosperidad económica de que gozó Cuba desde comienzos del siglo XIX, y el incremento de la población esclava que esa prosperidad había traído consigo, fueron dos factores fundamentales a la hora de limitar las tendencias independentistas que imperaban en esa época en el continente. Pero esa situación, en apariencia idílica, en la que peninsulares y criollos compartían intereses, no iba a durar siempre; por la propia dinámica del crecimiento de la economía cubana tenía que verse, antes o después, alterada.

Por una parte, en la época de la piratería y el contrabando se habían iniciado una serie de relaciones comerciales entre Cuba y los Estados Unidos, en detrimento de las que se mantenían con la metrópoli, que fueron adquiriendo cada vez mayor importancia. Y en 1818, al permitirse oficialmente este tráfico, un numeroso grupo de comerciantes norteamericanos se estableció en Cuba, donde su influencia económica sería cada vez mayor. Por último, cuando el azúcar cubano comenzó a encontrarse en Europa con la fuerte competencia de la remolacha azucarera, los Estados Unidos se convirtieron, definitivamente, en su principal mercado. España dejó de ser la “metrópoli económica”, y los cubanos no tardaron en darse cuenta de que el porvenir de la isla dependía de los intereses estadounidenses.¹⁰

Por otra, y contrariamente a lo que podría pensarse, las Cortes españolas iban a mostrar mucho menos sensibilidad ante

9 Lynch, John: *Las revoluciones hispanos americanas. 1808-1826*. Barcelona, 1976, pág. 30.

10 Roig de Leuchsenring, Emilio: *Cuba y los Estados Unidos. 1805-1898*. La Habana, 1949, pág. 140.

la problemática cubana de la que habían manifestado los monarcas absolutos; los diputados antillanos tuvieron serios problemas para incorporarse a ellas; y, una vez que lo consiguieron, sus opiniones no parecían ser tenidas en cuenta.¹¹ Por eso, cuando en esas Cortes comenzó a hablarse sobre la posibilidad de la abolición de la esclavitud, en la que se había apoyado el crecimiento económico cubano, el hacendado criollo, tabaquero o azucarero, lo consideró como un atentado a su prosperidad; era algo que atacaba directamente sus intereses económicos.

Parece ser que, ya en 1810, el Ayuntamiento de la Habana había advertido a las autoridades españolas, que el dominio de España en la isla se terminaría si no se prestaba atención a sus problemas; pero no fue hasta la década de 1850, cuando comenzó a tomar forma real entre los cubanos una tendencia anexionista a los Estados Unidos. Las razones para la aparición de esta tendencia eran puramente económicas: además de ser el primer mercado de los productos isleños, los Estados Unidos mantenían el régimen esclavista al que el hacendado cubano no estaba dispuesto a renunciar. Como muestra de esos planteamientos, uno de los comisionados antillanos en Madrid se permitía afirmar abiertamente, en 1867, que las soluciones para Cuba “vendrían más de los Estados Unidos que de Madrid”. Sin embargo, nadie le hizo mucho caso entonces; sólo más tarde, cuando el conflicto colonial se hallaba en su plenitud, la prensa se haría eco de aquellas palabras.¹²

Junto a ese grupo que preconizaba la anexión a los Estados Unidos como la mejor solución —tanto desde el punto de vista económico como del de la defensa— para Cuba, fue surgiendo también un partido nacionalista en la isla; estaba formado por

11 Los diputados antillanos fueron recusados varias veces por las Cortes con pretextos absurdos. Ver sobre ello Sevilla Soler, R.: *Las Antillas y la Independencia de la América Española*, Sevilla, 1986.

12 *El Noticiero Sevillano*. Crónica Política de 5 de agosto de 1898.

blancos y negros, todos radicalmente contrarios a la corriente anexionista. Fue este partido el que inició la sublevación en 1868 con el llamado Grito de Yares; y fue también el que comenzó la segunda y definitiva guerra contra España, en cuyo inicio tuvieron mucho que ver, precisamente, sus intentos por evitar la anexión a los Estados Unidos preconizada por los anteriores. El auge del grupo anexionista, y la influencia cada vez mayor de los norteamericanos en los problemas cubanos, hizo que muchos independentistas vieran esa anexión demasiado cerca.¹³

Un tercer grupo, el menos numeroso, estaba constituido por los unionistas; eran los partidarios de mantener, a toda costa, la unión con España, en las condiciones en que la metrópoli había marcado hasta entonces. Y, por último, un cuarto grupo estaba constituido por aquéllos que, siendo contrarios a la anexión a los Estados Unidos y a la Independencia, consideraban que las relaciones de la isla con la metrópoli debían replantearse; veían en la autonomía la mejor manera de buscar soluciones a los problemas del territorio, y la única vía para hacer frente a anexionistas e independentistas. Pertenecían a este grupo la mayor parte de los hacendados cubanos —a los que tan bien les había ido en los últimos años su asociación con España—, que detentaban gran parte del poder económico en la isla, y cuya influencia, en consecuencia, podía ser fundamental a la hora de evitar posturas más radicales.¹⁴

Pero los lógicos deseos autonómicos de los cubanos chocaron, una y otra vez, con la intolerancia peninsular; las peticiones criollas de un estatuto de autonomía para Cuba fueron desoídas, repetidamente, por el gobierno y las Cortes españolas y, como

13 Ver sobre ellos Sevilla Soler, R.: “La Intervención norteamericana en Cuba y la opinión pública andaluza”, en *Anuario de Estudios Americanos*, T. XLIII, Sevilla, 1986, págs. 472-473

14 *Ibidem*.

reacción, el separatismo fue ganando adeptos. Los líderes de los partidos peninsulares se mantenían divididos en esta cuestión. Maura, Ministro de Ultramar con el liberal Sagasta, se mostraba totalmente partidario de la autonomía; este criterio era compartido por algunos conservadores como Silvela y, en parte, por Cánovas. Por el contrario, para Romero Robledo y los suyos, la facción romerista dentro del partido conservador, la concesión de la autonomía sería una vergüenza para el país y, a su juicio, tendría como único resultado la entrega en bandeja de la isla a los separatistas. Y aprovechándose de esta división, los unionistas cubanos supieron ejercer la suficiente presión en las Cortes españolas, como para que el legislativo rechazara durante mucho tiempo semejante medida.¹⁵

Y aunque finalmente la sensatez se impuso, era ya demasiado tarde. Cuando por fin, tras múltiples esfuerzos y debates, el 13 de febrero de 1895 se aprobó en las Cortes la base primera de una Ley Autonómica para Cuba, cualquier intento de calmar los ánimos resultaría ya inútil. Cuatro días después de su aprobación, el Grito de Baire iniciaba la llamada Segunda Guerra de Independencia Cubana, frustrando así las expectativas depositadas por muchos en el sistema autonómico.¹⁶

La guerra de la Independencia cubana había comenzado en realidad en 1868 con el famoso grito de Yares; en 1878 se llegó a una tregua establecida en el pacto de Zanjón, pero, a pesar del silencio que los sucesivos gobiernos mantenían sobre ella, la guerra continuó. La actividad independentista no cesó en esos años; sólo disminuyó para recrudecerse ahora. Las reformas establecidas en el estatuto, escasas y tardías, no sólo no lograron frenar el separatismo sino que, por el contrario, hicieron temer a los independentistas que la población podría llegar a contentar-

15 Ver sobre ello Carr, R: *España....*, págs. 365 a 368.

16 Palacio Atard, V.: *La España de....*, págs. 462 y 512.

se con ellas, con lo que, en definitiva, no hicieron sino acelerar el proceso.¹⁷

Por otra parte, los intentos de anexión de la isla a los Estados Unidos preconizados por un sector de la élite azucarera, que al ser abolida la esclavitud no veía ya ventajas en su unión con España, fueron también un factor decisivo para el recrudecimiento del conflicto bélico. Los independentistas, con José Martí a la cabeza, comprendieron que, si querían evitar el conformismo de la población con el régimen autonómico, así como la anexión a los Estados Unidos, tenían que iniciar cuanto antes el levantamiento. El 24 de febrero de 1895 comenzó así la nueva insurrección, que alcanzó mayor amplitud que cualquiera de los movimientos anteriores.¹⁸ Y con ella, una guerra que costaría un número considerable de vidas españolas.

Aunque, en teoría, la situación no resultaba favorable a los insurrectos, la realidad mostraría muy pronto que España no podía ganar esa lucha.¹⁹ La superioridad numérica de los españoles poco podía hacer contra unos insurrectos que, además de luchar por su tierra, dominaban el terreno, y que, para colmo, se vieron favorecidos por las revueltas que paralelamente se producían en Filipinas. Al obligar a España a atender a un nuevo frente bélico, estas revueltas vinieron a complicar considerablemente el panorama al gobierno español que, pese a ello, intentaba hacer creer a la población que la rebelión sería sofocada rápidamente.

Y, en principio, no tuvo muchos problemas para transmitir ese mensaje, y para conseguir que la guerra fuera aceptada como necesaria por el país. La mayor parte de los grupos políticos y de

17 Forner, Ph. S.: *La guerra Hispano-Cubano-Norteamericana....*, Vol. I, pág. 51.

18 *Ibíd.* Vol. I, págs. 33 a 44.

19 Palacio Atard, V.: *La España....*, pág. 512. Ver también Forner, Ph. S.: *La Guerra....*, Vol. I, pág. 51.

la prensa la consideraron, efectivamente, inevitable; y, en virtud de la superioridad militar de la metrópoli sobre los insurrectos, no dudaron, en ningún momento, del triunfo de España en ella. En esta primera época, las únicas y escasas protestas y muestras de desconfianza al respecto vinieron de algunos republicanos y grupos obreros.²⁰

Unos y otros eran los únicos que se atrevían a cuestionar la necesidad y conveniencia de esa guerra, preguntándose si la nación podía permitirse el excesivo gasto militar que representaba, y acusando al gobierno de embarcar al país en una aventura más que peligrosa. Llegaban, incluso, a afirmar, que el gobierno engañaba a todos con sus declaraciones sobre la buena marcha del conflicto, y que, en nombre de un “falso patriotismo”, se estaba pidiendo a la población que aceptara el exterminio casi total de los cubanos, y la ruina de España.²¹

A este respecto es significativa la actitud de Pi y Margall —del partido Federal— y otros destacados republicanos, que ya en 1895 se manifestaban en contra de la guerra, que consideraban una sangría —económica y humana— inútil para el país. Los discursos del líder republicano, reflejados por la prensa de la época, eran contundentes en este sentido; una y otra vez exigía el fin de una guerra que él, en contra de la opinión general, sostenía que no podía ganar la metrópoli. Dado que el triunfo militar en Cuba era, a su juicio, imposible, parecía fuera de lugar que se continuara luchando; resultaba absurdo que los jóvenes españoles siguieran muriendo allí, cuando a lo máximo que se

20 Sevilla Soler, R.: “Reacciones en España a la independencia de Cuba”, en *Anuario de Estudios Americanos*, Vol. LI, n.º 2, Sevilla, 1976, pág. 176.

21 Ver sobre ello el artículo titulado “Falso Patriotismo” publicado por *El Baluarte* el cinco de enero de 1898. Ver también Conangla y Fontanilles, J.: *Cuba y Pi y Margall*, La Habana, 1947, págs. 203-207.

podía aspirar era a un pacto similar al que se había firmado en 1878.²²

Y cuando, más adelante, el pueblo comenzó a sufrir las graves consecuencias de la guerra, y se iniciaron las primeras reacciones en contra de aquélla, no tardaron los republicanos en hacerse eco de esta protesta, que no hacía sino darles la razón; y en este punto se enfrentaron a la mayor parte de la prensa, que pretendía —a su juicio en vano— hacer creer a sus lectores que “nuestros soldados van llenos de entusiasmo a luchar a lejanas tierras”, cuando la realidad “es que el pueblo odia la guerra”. Para corroborar sus palabras, se hacían eco en sus discursos de las escenas vividas en Barcelona o Valencia cada vez que un barco con soldados partía para Cuba, así como del deseo general de escapar al servicio militar. Este deseo se hacía evidente tanto por las frecuentes fugas, en el caso de los pobres, como de las numerosas redenciones —a cambio de mil quinientas o dos mil pesetas—, en el de los ricos.²³

En desacuerdo con los partidos tradicionales, se preguntaban a menudo hasta cuándo se mantendría el sacrificio de las miles de familias que carecían de recursos para liberar a sus hijos de las levas. Y cuando el gobierno afirmaba que no escatimaría ni la sangre ni el dinero para conservar Cuba, no dudaban en acusarlo de hipócrita; según ellos, esta afirmación era fácil de hacer porque lo que en realidad estaba en juego no era “ni el dinero de España ni la sangre de todos los españoles”, sino el dinero de Cuba —sobre cuyo tesoro se había conseguido un fuerte empréstito— y la sangre de los españoles pobres. Se mos-

22 Además de la prensa periódica de aquellos días, ver los discursos pronunciados en 1895 y 1896 por Pi y Margall, en Conangla y Fontanilles, J.: *Cuba y Pi...*

23 Conangla y Fontanilles, J.: *Cuba y Pi...*, págs. 212 y 283-289. Ver también García Nieto, María del Carmen, y otros autores: *Restauración y Desastre. 1874-1898*. Madrid, 1972, pág. 21.

traban dispuestos a comprender que si los intereses españoles pasaban ineludiblemente por el mantenimiento de la isla, se llamara al servicio “a todas las gentes con aptitud para el ejército”, y que los gastos fueran cubiertos por la hacienda peninsular. Lo que no estaban dispuestos a aceptar era que se mandara “a la guerra sólo a los pobres, a quienes interesa poco o nada la conservación de la isla, y se haga pesar los gastos exclusivamente sobre los isleños...”²⁴

Políticos y periodistas frente al régimen autonómico

Ya antes de la intervención norteamericana en el conflicto, que haría cambiar después la opinión de muchos sobre la guerra, la necesidad de solucionar los problemas coloniales era urgente para algunos sectores de la sociedad, aunque éste no fuera el sentir mayoritario. La situación de hambre y penuria que ocasionaba la guerra estaba creando un clima de malestar, que se dejaba sentir “muy especialmente en las provincias andaluzas”, donde la crisis económica provocada por la disminución del tráfico comercial había dejado sin trabajo a muchos padres de familia.²⁵

Y, a medida que se fue comprobando que los líderes republicanos tenían razón, esos sectores se fueron ampliando. De hecho, las iniciales perspectivas optimistas de periodistas y políticos nunca se cumplieron; en 1898, después de tres años de guerra, no parecía que España hubiera avanzado mucho. Los insurrectos iban ganando terreno poco a poco, y sólo la tozudez española en mantener la isla hizo que la contienda se prolongara.²⁶ La situación de España se fue haciendo insostenible y, de hecho, el propio gobierno era plenamente consciente de las difi-

24 Conangla y Fontanilles, J.: *Cuba y Pi...*, pág. 225.

25 *El Baluarte*, 18 de enero de 1898.

26 Forner, Ph. S.: *La Guerra Hispano.....*, Vol. I, pág. 51.

cultades reales a que se enfrentaba, y de su incapacidad para ganar una guerra que había prometido fácil a sus gobernados.²⁷

La falta de confianza en el fin del conflicto, forzó al gobierno a buscar nuevas salidas; y lo hizo, de nuevo, a través de la autonomía. Cuando a finales de 1897, tras el asesinato de Cánovas, llegó otra vez al poder don Práxedes Mateo Sagasta, impulsó la política de reformas en un vano intento de acabar con el conflicto. Como resultado de ello, a comienzos de 1898 se implanta en la isla un nuevo régimen autonómico, con un segundo estatuto bastante más amplio que el anterior; se instauraba un gobierno autonómico y una Cámara de representantes para Cuba, una Asamblea propia; todo el poder quedaba en uno u otra, es decir, en Cuba, salvo los asuntos de política exterior y de defensa.²⁸

El momento político parecía especialmente favorable para el desarrollo del nuevo régimen. Por una parte, al menos sobre el papel, la superioridad militar del gobierno español seguía siendo evidente; el número de soldados, su equipamiento y su preparación, parecían estar muy por encima de los de los insurrectos. En esa situación no era lógico pensar que, tras la nueva oferta de política autonómica que hacía la metrópoli, que podía hacer disminuir el apoyo al independentismo de ciertos sectores sociales cubanos con fuerte poder económico, la insurrección durara mucho tiempo.²⁹

Por otra, los conservadores, que tanto se habían opuesto antes a la política liberal en Cuba, ahora, tras su paso por el poder, después de tener que enfrentarse como gobierno al problema, habían cambiado radicalmente sus posiciones. Por primera vez la política gubernamental en Cuba se va a ver apoyada

27 Sevilla Soler, R.: "Reacciones en...", pág. 177

28 García Nieto, M. C. y otros autores: *Restauración y...*, pág. 21, y Palacio Atard, V.: *La España del...*, pág. 558.

29 Forner, Ph. S.: *La Guerra Hispano.....*, Vol. I, págs. 51 y 190.

en España por los principales partidos de la Cámara, logrando la necesaria unidad para hacer frente a un conflicto de este tipo. Los liberales afirmaban una y otra vez que, aunque la paz inmediata era imposible, el sistema autonómico recién implantado conseguiría, con el tiempo, la vuelta a la normalidad; por su parte los conservadores, en principio reacios a aceptar ese sistema, lo apoyan ya en estos momentos, ante la imposibilidad de ganar militarmente la guerra.³⁰

Tampoco los republicanos se manifestaron, en principio, contra el nuevo régimen, ya que al menos representaba un intento serio del gobierno para hacer frente al problema; y, al mismo tiempo, la noticia fue bien acogida, en principio, por aquellos a los que ese grupo político decía defender, el pueblo, ese sector de la población que suministraba los hombres para la guerra a la que había llevado la desastrosa política colonial. Pero no confiaban mucho en su éxito; es más, su desconfianza sobre las posibilidades de que se alcanzara una paz inmediata era tal, que —como único modo de acabar con la sangría que la guerra estaba representando para las familias humildes— llegaron a exigir del gobierno la creación de un ejército colonial. Particularmente críticos con el injusto sistema de reclutamiento, no eran partidarios, sin embargo, de extender el servicio militar a todo el mundo, sino de la creación de un ejército especial para las colonias; un ejército “nutrido por soldados indígenas” —que esos sí podían, según ellos, “reclutarse forzosamente”—, y por peninsulares voluntarios.³¹

En este sentido parece evidente que, de uno u otro modo, incluso ellos llegaron a aceptar la guerra como inevitable, en

30 Ver sobre ello *El Baluarte* de 12 de enero de 1898, así como *El Noticiero Sevillano* de la misma fecha, *El Porvenir* de 14 del mismo mes y año y *El Progreso*, 6 de febrero de 1898.

31 “Ni ricos ni Pobres”, artículo publicado en *El Baluarte*, el 8 de febrero de 1898.

clara contradicción con sus declaraciones anteriores. Sólo los socialistas se atrevieron a decir entonces en público, lo que gran parte del pueblo debía pensar en aquellos momentos respecto a ella: que si no se conseguía la paz por medio de la autonomía, había que conceder a Cuba la independencia.³²

No obstante, la unanimidad de los dos partidos mayoritarios y la no beligerancia de los republicanos en este punto, no implicó que las opiniones sobre el tema autonómico fueran uniformes. Las reacciones al nuevo sistema fueron diversas, tal y como se refleja claramente en las páginas de la prensa nacional de aquellos días. Se ensalzó o atacó exageradamente el sistema, en función de la ideología política de cada periódico; unos lo atacaban violentamente; otros se mostraban partidarios acérrimos del mismo, y acusaban a los primeros de estar en contra de aquél sólo por temor a perder sus privilegios; por último, un tercer grupo se mantenía a la expectativa, y desautorizaba las opiniones de unos y otros.³³

Pero no ocurrió lo mismo en la prensa sevillana, en la que —siendo en todo momento cauta en cuanto a los resultados finales, y sin dejarse llevar por el optimismo— hay una extraña unanimidad a la hora de dar un margen de confianza al régimen autonómico. Independientemente de la ideología de cada uno de ellos, los periódicos sevillanos, probablemente por su deseo de que la paz fuera una realidad, depositaron quizás una confianza excesiva en que las nuevas leyes podían poner fin al conflicto.

Así, *El Noticiero Sevillano* —que se definía a sí mismo como “diario independiente”— escribía a comienzos de enero de 1898 un editorial, con el título de “Entre todos la mataron”,

32 *El Baluarte*, bajo el título de “Cuba y los Socialistas”, publicaba el 8 de febrero de 1898, un fragmento de un artículo de Pablo Iglesias publicado en *La Estafeta* de Madrid en ese sentido.

33 Ver sobre ello los comentarios aparecidos en la prensa sevillana de la primera quincena de enero

en el que criticaba la reacción de los periódicos de tirada nacional ante la autonomía. Y, concretamente, la “deplorable campaña” de la gran prensa, de la que una parte exagera “las excelencias del nuevo régimen colonial, mientras otra refuerza los ataques contra el mismo”, según su cercanía u oposición al gobierno. Afirmaba el citado editorial, que ese enfrentamiento que tenía lugar en la prensa, esa carrera por ver quién sacaba más trapos sucios, no lograría sino hacer fracasar la autonomía cubana; hacer fracasar, en definitiva, “lo que pide el pueblo, lo que suplican las madres cuyos hijos agonizan en Cuba, lo que exige nuestro tesoro exhausto...”³⁴

Y *El Porvenir* —que se autodenominaba “diario de avisos y noticias”, y que no manifestaba una ideología clara—, era prácticamente de la misma opinión. Al comenzar el nuevo año se felicitaba por lo que parecía ser realmente una nueva época para los conflictos coloniales, ansioso porque se terminara con “las criminales guerras” que estaban “arrancando lágrimas de muchos ojos, y llevando el luto a centenares de familias”.³⁵

Por su parte *El Progreso*, órgano de expresión del partido liberal en el poder, y aunque sólo fuera porque lo propugnaba el gobierno del liberal Sagasta, apoyaba claramente el sistema autonómico. Pero consideraba exagerado el optimismo que la autonomía despertaba en ciertos sectores, ya que “los intereses creados por la guerra” eran muchos; y pedía tranquilidad a las distintas fuerzas políticas para evitar el fracaso.³⁶

Por último, *El Baluarte*, de ideología republicana —y en contra de lo que podría pensarse en principio dada su pertinaz y continua oposición al gobierno—, se mostraba totalmente partidario de la autonomía. Bajo su punto de vista se trataba de “una justa concesión” a los cubanos, a la que se debía haber llegado

34 *El Noticiero Sevillano*, 12 de enero de 1898.

35 *El Porvenir*, 1 de enero de 1898.

36 *El Progreso*, 14 de enero de 1898.

mucho antes. Y en estos momentos sus mayores ataques, por tanto, no estuvieron dirigidos al gobierno, sino a la campaña desatada en determinados sectores contra la autonomía; y concretamente hacia los representantes de la Unión Constitucional, a los que consideraba “antiguos expoliadores de Cuba”, y a los que acusaba de llevar a cabo una campaña de difamación contra el nuevo régimen, exclusivamente por su temor a perder los privilegios de que habían gozado hasta entonces.³⁷

Para este periódico la necesidad de solucionar los problemas coloniales era urgente. Las consecuencias de la guerra —desde la sangría de jóvenes a la crisis económica provocada por la disminución del tráfico comercial— se dejaban sentir con fuerza; y, a su juicio, la manera de solucionarlos era, en principio, la concesión de una autonomía como la que se implantaba.³⁸

No obstante el nuevo régimen nacía herido de muerte; como ya había ocurrido con el primer intento, también estas reformas llegaban demasiado tarde, y no tuvieron el resultado apetecido. Como afirmaban numerosos observadores de la vida política, la herida era vieja;³⁹ no podemos olvidar que las peticiones criollas en ese sentido habían sido rechazadas una y otra vez por las Cortes españolas desde la primera guerra. Tras el Pacto de Zanjón de 1878 los criollos ricos, en su mayor parte autonomistas, presionaron aún con más fuerza, ante el temor de un predominio de los independentistas; pero sus intentos chocaban no sólo con la oposición de los diputados españoles, sino —como ya se ha dicho— con la de los unionistas de Cuba, en conflicto claro con ellos por el poder local, y con gran influencia en la Península.

37 *El Baluarte*, 12 de enero de 1898.

38 *Ibídem*, 18 de enero de 1898.

39 *El Progreso*, 14 de enero de 1898.

Incluso muchos de los que esperaban algo del sistema autonómico, comprendían que si la paz se conseguía a través de él sería sólo después de un tiempo razonable. A finales del mes de enero, *El Baluarte* acusaba de mentir —a sabiendas— a los periódicos que a diario hablaban sobre la paz en Cuba; como si ésta fuera un hecho consumado por el sólo hecho de haberse constituido el gobierno autonómico, y como si los independentistas hubieran desaparecido del mapa; y se preguntaba desde sus páginas el propósito que se buscaba con ello.⁴⁰ Aunque partidario de la autonomía, este diario consideraba que no bastaba con ella para terminar de la noche a la mañana con el problema cubano, cuyas raíces eran profundas.⁴¹

Y el mismo *Progreso*, a pesar de su apoyo a los liberales en el poder, no tenía más remedio que reconocer la imposibilidad de una paz inmediata en Cuba, por mucha autonomía que se hubiera concedido a la isla. Aunque defendía el camino autonómico marcado por ese gobierno, como el único posible para que la situación fuera mejorando y para llegar a la paz en un futuro más o menos próximo, era consciente de que ésta no sólo no sería inmediata, sino tampoco fácil.⁴²

Efectivamente la paz costaría aún mucha sangre; sobre todo al complicarse la situación con la intervención en el conflicto de los Estados Unidos, que no estaban dispuestos a consentir el triunfo de la autonomía cubana. El primero de enero de 1898 comenzó a funcionar el nuevo gobierno autonómico en Cuba; y doce días después el presidente de los Estados Unidos, William McKinley —sin darle la más mínima oportunidad— se manifestaba públicamente sobre la inoperancia del mismo, y afirmaba

40 *El Baluarte*, 26 de enero de 1898.

41 *Ibídem*, 3 de febrero de 1898, y Editorial sobre el cumplimiento del tercer aniversario del grito de Baire en el mismo diario de 26 del mismo mes y año.

42 *El Progreso*, 6 de febrero de 1898.

que el régimen autonómico había ya fracasado.⁴³ Y aunque estas declaraciones fueran resultado de los intereses norteamericanos en la zona,⁴⁴ la realidad no hizo sino confirmar las palabras del primer mandatario estadounidense.

Aunque la mayor parte de la prensa se felicitaba en un principio por el gran número de rebeldes que se acogían al indulto que implicaba la aplicación del régimen autonómico,⁴⁵ o, al menos, saludaba el breve descanso que significaba la disminución de los enfrentamientos en Cuba, la desilusión no tardaría en aparecer sino unos días; el estatuto llegaba demasiado tarde y, como había ocurrido con la ley de 1895, su fracaso fue evidente casi de inmediato. A finales del mismo mes de enero en que se implantó, *El Baluarte* dejaba constancia ya de que la pacificación de Filipinas y la semipacificación de Cuba “no producen el apetecido entusiasmo de las masas...”, conscientes, probablemente, de que todo lo que no fuera la independencia de las colonias seguiría exigiendo sus sacrificios.⁴⁶

43 Palacio Atard, V: *La España del...*, pág. 558.

44 Ver sobre ello Sevilla Soler, R.: *Las Antillas y la...*, y “La Intervención...”, págs. 469-516. Ver también Palacio Atard, V: *La España del...*, pág. 554.

45 *El Progreso*, 25 de enero de 1898.

46 *El Baluarte* de 24 de enero de 1898. El mismo diario hace hincapié sobre el asunto el 26 del mismo mes y año.

Capítulo II

LA INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA EN EL CONFLICTO

Los propósitos norteamericanos en Cuba

En la decepción colectiva que representó para España la pérdida de sus últimas colonias, jugó un papel esencial, como ya se ha dicho en la introducción, el hecho de que éstas le fueran “arrancadas” por una potencia extranjera a la que, desde las páginas de los periódicos, se había despreciado antes repetidamente. “La destrucción pública de la imagen de España como potencia, convirtió la derrota en un desastre moral”.⁴⁷

Mucho antes de que los cubanos tuvieran conciencia de que su porvenir económico dependía más de sus relaciones con los Estados Unidos que de las que mantenían con la metrópoli, y de que surgieran en la isla las primeras ideas de unión a los Estados Unidos, éstos pensaban en la anexión del territorio. Ya en 1805 Thomas Jefferson había notificado a Inglaterra que, en caso de entrar en conflicto con España, los Estados Unidos ocuparían Cuba; y que lo harían por necesidades estratégicas de la Luisiana, que habían comprado en 1803, y de la Florida, sobre la que ya dirigían sus ambiciones.

Posteriormente, en 1819, Norteamérica adquirió efectivamente la Florida; y tras esa ampliación de su territorio, su inmediato objetivo en la zona fue la anexión de Cuba. El temor a una guerra para la que aún no se encontraba preparada, hizo que el asunto se fuera dilatando; pero no por ello se abandonó la idea. De hecho, en 1823 el presidente Adams afirmaba, públicamen-

47 Carr, R.: *España 1808....*, pág. 373.

te, que la anexión de Cuba era esencial para la integridad territorial de los Estados Unidos. Y algo más tarde, en 1843, el gobierno norteamericano propuso a España su compra por cincuenta millones de dólares. Esta propuesta ni siquiera fue tomada en cuenta por el gobierno peninsular, y los Estados Unidos, sin abandonar la idea de la compra que, a la larga, sería siempre la vía más barata, forzaron la situación para conseguir su propósito.⁴⁸

Desde ese momento su estrategia pasó por apoyar al independentismo y al anexionismo cubano, como forma de presionar a España. Su territorio se convirtió, abiertamente, en lugar de asilo para los insurgentes, al tiempo que los anexionistas isleños establecían en Nueva York un Consejo Cubano presidido por Gaspar Betancourt. El interés de los Estados Unidos en Cuba era tal, que en 1854 su oferta por la compra de Cuba mejoró notablemente, alcanzando los 130 millones de dólares. Pero, al igual que había ocurrido años antes, esta propuesta fue desoída por las autoridades españolas; y, con ello, adquirió cada vez más fuerza entre los dirigentes estadounidenses la idea de apoderarse de Cuba por las armas, idea que, durante algún tiempo, se vio frenada por el temor a una intervención británica.⁴⁹

Como ya se ha señalado, los independentistas cubanos se dieron pronto cuenta de los objetivos estadounidenses; pero en la metrópoli se tardó algo más de tiempo en tomar conciencia de esta realidad. Para todos los periódicos, y para la población en general, fue evidente que, desde el principio, “el estado insurreccional de Cuba, latente o manifiesto, era alimentado por la República Norteamericana”; que “el cuartel general de la rebeldía siempre estuvo en Nueva York hasta que con todo descaro se trasladó a Casa Blanca”, y que “con toda regularidad y con arreglo a programa público, salían de los puertos de la Florida

48 Palacio Atard, V.: *La España...*, págs. 462-463.

49 *Ibídem*.

las expediciones filibusteras, convoyadas no pocas veces por los buques federales”.⁵⁰

Pero esta evidencia llegaría sólo mucho más tarde; es cierto que la prensa española, y desde luego la andaluza, se hizo eco de las intenciones estadounidenses ya antes de que comenzara la guerra; pero, al menos en los primeros momentos del conflicto, ni le concedió la importancia que este hecho tenía, ni pensó en la posibilidad de la ocupación de la isla por parte de los norteamericanos. Muy pocos consideraron en serio la posibilidad de que los Estados Unidos se enfrentaran a España en una guerra. Creían que Norteamérica pretendía la anexión de Cuba, pero que para lograrla esperarían a que fueran los propios cubanos los que arrojaran a España de allí, aunque por supuesto con su ayuda, para llegar después ellos al territorio como aliados. En ningún momento se dieron cuenta de que si la sublevación cubana se había iniciado a comienzos de 1895, algo antes de lo que los independentistas cubanos se habían propuesto en un principio, fue precisamente para adelantarse a la corriente anexionista y a la intervención norteamericana; y de que las relaciones entre los caudillos isleños y el gobierno norteamericano nunca fueron demasiado buenas, a pesar del apoyo material que éste les proporcionó.

La primera reacción de la prensa en contra de la actitud norteamericana respecto a Cuba se produce a comienzos del mes de enero de 1898. Aunque antes habían tenido lugar algunos roces diplomáticos entre ambos países por el apoyo que los insurrectos cubanos encontraban en los Estados Unidos, fue cuando se inició por parte de estos últimos el envío de socorros a los concentrados, cuando las relaciones comenzaron a hacerse más tensas. Y de ello se hicieron eco los periódicos, logrando que, al menos durante un tiempo, la opinión del país respecto a la cuestión cubana se hiciera más uniforme.

50 *El Porvenir*, 27 de agosto de 1898.

Aunque la prensa española no solía emplear en esa época las tácticas de la llamada prensa amarilla norteamericana, es de suponer que sus apreciaciones tuvieran también gran influencia sobre la opinión pública del país. En este sentido, es lógico pensar que las ideas expresadas por los diarios sevillanos tuvieran su correspondiente eco entre la población, que, frente a la intromisión de una potencia extranjera en el conflicto, debió dejar de lado otras consideraciones sobre la problemática colonial.

El Noticiero Sevillano, por ejemplo, ponía en duda en sus editoriales la generosidad norteamericana, “nada común en aquel pueblo, esencialmente práctico e interesado”, y hablaba sobre la necesidad de aclarar al público esa aparente caridad que amenazaba con “deslumbrar a los incautos, conquistando un agradecimiento que no merecen”. El citado periódico llamaba además la atención, sobre el hecho de que en algunos sectores de opinión se afirmaba ya que esas limosnas eran una forma de intervención disimulada y encubierta en los asuntos internos de otro país. Sin atreverse a acusar directamente de intervencionistas a los Estados Unidos como, según él, hacían muchos, *El Noticiero* afirmaba, no obstante, que convenía tener presente el hecho de que “cuando los yankees se desprenden de esos mendrugos que envían a Cuba, sus esperanzas tendrán de no perderlos, y de cobrarlos en su día como pan de flor”. A su juicio, pensar otra cosa sería suponer en los norteamericanos una inconsecuencia que no existía, y aceptar como posible que fueran en contra de su propia doctrina, basada en el famoso principio de “América para los americanos.”⁵¹

La mayor parte de la prensa, y es de suponer que también el gobierno, aunque éste no lo hiciera público, consideraba que ese envío de socorros a Cuba representaba una intervención directa de un país extraño en los asuntos internos españoles. Y aunque en la prensa sevillana de aquella época existían opiniones muy

51 *El Noticiero Sevillano*. Editorial de 11 de enero de 1898.

diversas sobre la problemática colonial y sus posibles soluciones, todos parecían estar de acuerdo en este punto.

Las discrepancias entre los distintos periódicos empezaban, sin embargo, a la hora de considerar los proyectos norteamericanos para Cuba y, en general, para la zona del Caribe. En ese mismo mes de enero de 1898, *El Baluarte* afirmaba que el gobierno norteamericano pretendía, claramente, el enfrentamiento con España; y que el gobierno de Madrid no ignoraba que los Estados Unidos se preparaban para una guerra, tanto más posible, cuanto menos eficaz resultara la autonomía que se acababa de conceder a Cuba. Que, entre tanto, los Estados Unidos se iban entrometiendo en la política española y ganado adeptos entre los cubanos, para cuando llegara el momento de la intervención directa. El citado diario se llegaba a preguntar, incluso, si la pretendida amistad de los Estados Unidos hacia España, de la que tanto hablaba el gobierno español para desechar los temores de una guerra entre la población y minimizar el problema, no significaría sólo el aplazamiento de la contienda hasta el momento en que los Estados Unidos lo consideraran oportuno.⁵²

Por el contrario, el órgano del Partido liberal, *El Progreso*, protestaba continuamente contra las insinuaciones de los otros periódicos sobre los supuestos propósitos de los norteamericanos y sobre la actitud del gobierno español al respecto, acusando de falsedad a las publicaciones que se hacían eco de semejantes ideas. Afirmaba, por una parte, que los Estados Unidos eran sólo un país de pacíficos comerciantes, que no querían verse envueltos en guerras. Y, por otra, que a pesar de no existir motivos para el excesivo pesimismo que reflejaban las páginas de determinados diarios, el gobierno de Madrid no permanecía impasible ni ignoraba la posibilidad de un enfrentamiento, sino que, por el contrario, ya había tomado las medidas adecuadas al caso.⁵³

52 *El Baluarte*. Editorial de 14 de enero de 1898.

53 *El Progreso*, editoriales de 30 de enero, y de 8 y 9 de febrero de 1898.

Hacia el intervencionismo

Las discrepancias respecto a las intenciones estadounidenses y a la actuación del gobierno español eran, pues, muchas; pero cuando el presidente McKinley hizo las primeras declaraciones en relación al fracaso del sistema autonómico, todos los periódicos reaccionaron de manera unánime. Curiosamente, partidarios y detractores del sistema autonómico, amigos y enemigos del gobierno que lo había implantado, reaccionaron entonces indignados ante esas manifestaciones.

El Noticiero Sevillano, en un artículo titulado “Harapos españoles”, se lamentaba de que de nuevo el nombre de España había sido “arrastrado por el fango de las tribunas parlamentarias de Washington”, con el único fin de servir a las ambiciones estadounidense de hacerse con la isla de Cuba. Con ello no expresaba sólo el descontento de un sector minoritario de la prensa, sino el sentir general de la misma en aquellos momentos.⁵⁴ Y era así hasta el punto de que, incluso los que hasta poco antes se había opuesto a la guerra con los cubanos desde las páginas de los periódicos, ahora, cuando una potencia extranjera interfiere en lo que consideran asuntos internos, comienzan a mostrarse partidarios de ella; ya no se trataba para muchos de hacer frente a una guerra civil, sino a una agresión externa.⁵⁵

En esa situación, con los ánimos bastante alterados, la presencia de un navío norteamericano en el puerto de La Habana, el *Maine*, no hizo sino agudizar la tensión existente entre ambos países. Casi todos los periódicos sevillanos se habían hecho eco de la llegada de ese buque con cierta desconfianza. Aunque, en teoría, la presencia del *Maine* en La Habana respondía a una visita de cortesía, y pese a las seguridades de amistad que daban

54 *El Noticiero Sevillano*, 21 de enero de 1898. Ver también el resto de la prensa de aquellos días.

55 García Nieto, M. C. y otros autores: *Restauración* y..., pág. 21.

los Estados Unidos ante el gobierno de Madrid, *El Noticiero Sevillano* afirmaba que esa presencia despertaba muchas inquietudes tanto entre la población cubana como entre la peninsular. A su juicio, cuando tan ansiosos estaban los insurrectos de que se produjeran ciertos desórdenes populares que justificaran la intervención armada norteamericana, era inevitable que mucha gente atribuyera “intenciones determinadas a la presencia del *Maine*, como sería la búsqueda de un pretexto que produjera “algún motín en La Habana, o incluso alguna agresión”.⁵⁶

En el mismo sentido se pronunciaba *El Baluarte*,⁵⁷ preguntándose reiteradamente en qué terminarían aquellas visitas de cortesía. E incluso el portavoz del partido liberal en Sevilla, *El Progreso*, que en todo momento se mostraba cauto al respecto, manifestaba su inquietud en esta ocasión. No obstante, aconsejaba abandonar tanta suspicacia y creer “en la sinceridad de las protestas amistosas del gobierno americano”, mostrándose algo más optimista que los demás.⁵⁸

La prensa sevillana se mostraba, en general, partidaria de evitar en lo posible el enfrentamiento bélico con los Estados Unidos. Pero, por supuesto, dentro de ciertos límites, y con las naturales discrepancias. Algunos comentaristas aconsejaban extremar la actitud pacífica frente a las provocaciones; aunque advirtiendo, al mismo tiempo, al gabinete norteamericano, que si era peligroso jugar con los sentimientos de una persona, lo era mucho más hacerlo con “el corazón de un pueblo”, y que los españoles habían tolerado ya a los Estados Unidos todo lo que se podía tolerar; según ellos, no era conveniente tensar demasiado la cuerda del arco, para no correr el riesgo de que saltara “al rostro del arquero”.⁵⁹

56 *El Noticiero Sevillano*, 27 de enero de 1898

57 *El Baluarte*, 28 de enero de 1898.

58 *El Progreso*, 28 de enero y 7 de febrero de 1898.

59 *El Noticiero Sevillano*. 10 y 17 de febrero de 1898.

Otros afirmaban que, pese a ser partidarios de la paz, consideraban que el país no podía seguir humillándose ante los Estados Unidos y “abdicar en una vergonzosa derrota sin combatir”, llegando en su ceguera a proponer un desembarco español en las costas norteamericanas. A juicio de algunos diarios, la paz, “comprada al precio que la compra España, es peor, mil veces peor que la guerra, porque nos arruina sin piedad y nos hace pasar todo género de humillaciones.”⁶⁰

Pero, en definitiva, con los distintos matices que se quiera, en los primeros meses de 1898 una parte importante de la prensa sevillana lanzaba en sus páginas la idea de que, siendo lamentable esa guerra, era preferible a sufrir más desprecios de los norteamericanos; y también parecían estar de acuerdo todos los periódicos en el posible resultado de ese enfrentamiento. Para la mayor parte de los periodistas, España podía vencer en esa posible contienda ante unos ejércitos mercenarios, como según ellos serían los norteamericanos, cuya eficacia, además, estaba aún por demostrar.⁶¹ Había que tener en cuenta, a su juicio, que ese enfrentamiento tendría lugar entre un ejército con pocos recursos económicos, pero formado por patriotas, contra otro de mercenarios sin dignidad ni preparación.

Sólo uno de los periodistas del diario *El Baluarte*, que no firmaba sus crónicas, se alejaba del sentir mayoritario y se mostraba totalmente contrario a la guerra y pesimista ante su resultado. Acusaba de inconsecuencia a los que hablaban de la invencibilidad de España engañando con ello al pueblo, y consideraba que los mayores enemigos del país eran aquéllos que trataban de llevarlo a un conflicto bélico, “poniéndole ante los ojos

60 Editoriales de *El Noticiero Sevillano* y *El Baluarte* de 10 y 17 de febrero y 11 de marzo de 1898.

61 Ver los comentarios a este respecto en *El Noticiero Sevillano* de 10 y 17 de febrero de 1898, y de *El Baluarte* de 11 de marzo del mismo año.

pasajeras y tal vez mentidas glorias”, y ocultándole el triste estado de la nación.⁶²

Durante la primera quincena de febrero la situación parecía, no obstante, hasta cierto punto normalizada, y la idea más extendida en la Península era que no llegaría a producirse la guerra entre los Estados Unidos y España. Pero, como todos sabemos, la presencia del *Maine* en La Habana terminó mal. El día quince de ese mes, el navío sufrió una explosión dentro del puerto de La Habana que ocasionó numerosas víctimas entre la tripulación; y determinados periódicos y políticos norteamericanos no tardaron en propagar, a los cuatro vientos, su convencimiento de que la explosión se había debido a un atentado español.

Lo cierto es que en aquellos momentos los Estados Unidos sabían ya que, si querían anexionarse las Antillas españolas con el menor coste posible, tenían que aprovechar la oportunidad; tenían que evitar, como fuera, la independencia cubana. Para conseguirlo, amenazaban una y otra vez con intervenir en el conflicto si la situación no volvía a la normalidad, mientras esperaban un pretexto para llevar adelante sus amenazas. Y la conmoción producida en Norteamérica por la explosión del crucero *Maine* vino a darles ese pretexto, que reforzaron adecuadamente con el socorrido tema de las razones humanitarias respecto a la población cubana.

Se llegó así al enfrentamiento directo con España, aunque todavía fuera un enfrentamiento diplomático, y con ello, la opinión pública española, y en concreto la sevillana, comenzó a ver más cercano el enfrentamiento bélico con los Estados Unidos. La mayor parte de los periódicos sevillanos protestaron airadamente contra la campaña de difamación que el asunto del *Maine* originó en los Estados Unidos; la consideraban parte de un premeditado plan de los norteamericanos, destinado a proporcionar al gobierno de Washington un pretexto para declarar la guerra a

62 *El Baluarte*, 23 y 28 de febrero de 1898.

España. *El Progreso* llegaba a afirmar, incluso, que si la voladura del **Maine** se había debido en realidad a un atentado, “éste es de los insurrectos o de los jingoes, deseosos de la intervención norteamericana en el conflicto”.⁶³

Contrastando con esa postura, *El Noticiero Sevillano* llamaba al país a la tranquilidad y a no dejarse llevar por la indignación que tales afirmaciones sobre la culpabilidad de España pudieran producir. El gobierno norteamericano no se había pronunciado en principio sobre esa posibilidad y, a su juicio, era dudoso que se sirviera de lo ocurrido para romper las hostilidades con España. La prensa sensacionalista americana, y especialmente el *Morning Journal*, había lanzado una verdadera campaña destinada a “inflamar el país contra los españoles, influyendo en los ánimos para que se admita la versión de que el siniestro fue una traición española”. Pero, frente a ellos, los que *El Noticiero* consideraba periódicos más sensatos, los técnicos, y la mayor parte de los cargos oficiales, atribuían el siniestro a un accidente, por lo que, a juicio de este diario, no había motivos suficientes para pensar que el suceso desencadenaría una guerra hispano-norteamericana.⁶⁴

La prensa española y los preparativos bélicos norteamericanos

En aquellos momentos la confusión sobre las intenciones norteamericanas era tal, que no sólo encontramos serias discrepancias entre unos diarios y otros, sino, incluso, evidentes incoherencias dentro de un mismo periódico; tan pronto se acoge la amenaza de intervención estadounidense con escepticismo, como que todo el mundo parece mostrarse plenamente conven-

63 *El Progreso*, editorial de 20 de febrero de 1898, y *El Baluarte*, editorial de 21 del mismo mes y año.

64 *El Noticiero Sevillano*, 19 de febrero de 1898.

cido de que la intervención militar norteamericana era inevitable. Hasta *El Baluarte*, que quizás fue el diario con una línea más clara respecto al problema cubano, a veces contradecía sus propias afirmaciones en el sentido de que la guerra era inevitable. En alguna ocasión llegó a afirmar que una guerra con los Estados Unidos era poco probable, porque a aquéllos no les interesaba el enfrentamiento directo con España. Y no les interesaba porque, por una parte, pensaban que Inglaterra, Francia y Alemania podían tomar represalias; y, por otra, porque preferían esperar a que los cubanos terminaran de hacerla por ellos.⁶⁵

No obstante, en el caso de este periódico esas incoherencias fueron sólo excepciones; en la mayor parte de los casos el diario parecía plenamente convencido de que ese enfrentamiento era, efectivamente, ineludible. Y aunque, en principio, no se mostraba partidario de esa guerra, indicaba que, ante los claros preparativos bélicos que hacían los Estados Unidos, España no tenía más remedio que prepararse para ella. Acusaba al gobierno desde sus páginas de permanecer ciego ante las intenciones norteamericanas, y resaltaba constantemente la necesidad de informar de ellas al pueblo español. Lo contrario sería, a su juicio, “pueril y peligroso”.⁶⁶

El Progreso, por el contrario, quitaba importancia a menudo a esos preparativos bélicos norteamericanos, argumentando que ni aquel país ni su presidente querían la guerra, y que no tenían la menor intención de llegar a ella. A su juicio, esos preparativos de que tanto se hablaba, eran sólo concesiones del gobierno para mantener tranquilos a los exaltados que pedían el enfrentamiento con España. Para reforzar su posición citaba, incluso, como un aspecto positivo del asunto, el hecho de que las Cámaras norteamericanas rechazaran una moción favorable al

65 *El Baluarte*, editoriales de 17 de febrero y 18 de marzo de 1898.

66 *Ibíd.* Editoriales de 23 y 25 de febrero y 11 de marzo de 1898.

reconocimiento de la beligerancia cubana que se había presentado en ella.⁶⁷

Es probable que tanto la postura de *El Baluarte* como la de *El Progreso* se basaran más en sus respectivas intenciones de atacar o defender al gobierno español, que en la realidad de los hechos; pero lo cierto es que fueron las apreciaciones del primero de estos dos diarios las que prevalecieron a la larga; *El Progreso* no tuvo más remedio que cambiar pronto de opinión. La concesión por parte de las Cámaras norteamericanas de un crédito de cincuenta millones a su gobierno para obras de defensa, teniendo en cuenta, además, los preparativos bélicos que se habían hecho con anterioridad, hizo que la impresión de este diario sobre el problema se fuera haciendo pesimista.⁶⁸

En este sentido, el órgano de expresión del partido en el poder daba muestras de ser consciente de la situación real cuando, ante el renacimiento de la insurrección en Filipinas, señalaba que el dominio de aquel archipiélago por las armas era imposible, y que sólo se podía acabar con ella con medidas políticas. Y, al mismo tiempo, y a causa de las bravatas que ante la actitud estadounidense comenzaban a aparecer en parte de la prensa periódica, llamaba a la tranquilidad y a la moderación, para que no se llegara realmente a una guerra que no convenía a nadie.⁶⁹

También su opositor, *El Baluarte*, se hizo eco de este crédito destinado a la compra de material de guerra; pero, separándose del sentir de aquél, acusaba al gabinete de Madrid de hacer caso omiso de los evidentes peligros de guerra que implicaban esos preparativos, de comportarse como si las amenazas nortea-

67 *El Progreso* trata repetidamente de convencer sobre ello a sus lectores. Ver, por ejemplo, los editoriales de 30 de enero y 8, 9, 22, 23 y 26 de febrero de 1898.

68 *Ibíd.*, Editorial de 11 de marzo de 1898.

69 *Ibíd.*, de 15 y 20 de marzo de 1898.

mericanas no fueran con él, y de permanecer inactivo, “viéndolas venir”.⁷⁰ Y, como es lógico, en esto no estaba de acuerdo *El Progreso*, para el que la supuesta falta de acción del gobierno era sólo precaución ante la necesidad de no dar publicidad a los preparativos españoles. Y en su empeño por tranquilizar a la opinión pública volvía a su anterior posición, afirmando que si a España no le interesaba la guerra, a los Estados Unidos tampoco. Según este periódico, si todos los que hablaban de la mala fe del gobierno norteamericano estaban de acuerdo en que éste venía dejando madurar la fruta desde hacía tantos años, “¿para qué han de echarla al suelo a palos?”.⁷¹

Más ecuánime que estos diarios, *El Noticiero Sevillano*, en contradicción —como por otra parte ocurría en esos días con otros periódicos— con sus propias tesis y llamadas a la serenidad, recogía por entonces una serie de conferencias sobre la política exterior de los Estados Unidos, pronunciadas por Rafael M. de Labra en el Ateneo de Sevilla sobre el asunto. A juicio del citado conferenciante, profundo conocedor de los temas internacionales, se habían dado tres fases en la política exterior norteamericana. La primera, representada por el presidente Monroe, se reducía a protestar contra cualquier intervención europea en el Nuevo Mundo. La segunda, encarnada por el presidente Polk, estaba dirigida a la exclusión de los europeos de América y a establecer el derecho de los Estados Unidos a adquirir nuevos territorios en el continente americano. Por último la tercera, representada por Cleveland y McKinley, vigente en aquellos momentos, estaba encaminada a establecer el derecho norteamericano a intervenir en algunas cuestiones y diferencias de las demás naciones americanas con las europeas, y a constituir la unión de las tres Américas bajo la inspiración, e incluso la tute-

⁷⁰ Ver sobre ello *El Baluarte* de 9 y 10 de febrero y 12 y 15 de marzo de 1898.

⁷¹ *El Progreso*, 15 y 17 de marzo de 1898.

la, del gobierno de Washington, en beneficio de la industria y el comercio norteamericanos, y en oposición a todos los intereses políticos y económicos de Europa.⁷²

Y esta versión de la política norteamericana en aquellos momentos, dada la mayor difusión de *El Noticiero Sevillano* respecto a *El Baluarte* y a *El Progreso*, debió llegar a un grupo más numeroso de la población sevillana que, lógicamente, tuvo que comenzar a tomar conciencia de la verdadera dimensión del problema y de la inminente guerra.

Además, si entonces ya existían suficientes motivos para preocuparse, muy pronto la situación sería aún más grave. Los norteamericanos no sólo se negaron a la formación de una comisión mixta hispano-norteamericana para estudiar el asunto del *Maine*, como habían pedido los españoles, sino que el gobierno estadounidense presentó el asunto a las Cámaras para su discusión, con una serie de memorias de sus agentes consulares que parecían encaminadas a culpar a los españoles del desastre.

Al tenerse conocimiento de ello en España, y a pesar de la llamada a la tranquilidad por parte de algunas publicaciones, incluidas algunas de las que pocos días antes veían la guerra como inevitable, la inquietud ante la posibilidad de una guerra hispano-norteamericana se acentuó. En las páginas de los diarios sevillanos se hablaba, claramente, de la existencia de un plan de ciertos sectores de la sociedad de Norteamérica para llegar a la guerra con España. Y se llegó a afirmar, incluso, que habían pretendido volar los restos del *Maine* antes de que terminara la investigación sobre el suceso, y que ante el fracaso de este proyecto se excitaba a las Cámaras para que conminaran al gobierno español a dejar Cuba, “para provocar la reacción del pueblo español al ver atacada su dignidad”.⁷³

72 *El Noticiero Sevillano*. 19 de marzo de 1898.

73 *El Progreso*. 25 y 27 de marzo de 1898.

Dando la razón a los que hablaban de la existencia de una conspiración, los dictámenes de las dos comisiones que se habían organizado para investigar la voladura del *Maine*, la norteamericana y la española, resultaron muy diferentes. Mientras los expertos españoles informaban que el desgraciado suceso había sido totalmente accidental y por causas internas, en concreto por la explosión de un torpedo del propio navío, los norteamericanos lo achacaron a causas externas, a un sabotaje, ofendiendo con ello, como había predicho *El Baluarte*, la “dignidad nacional”. Hasta los diarios que en los días anteriores se habían mostrado más prudentes y comedidos como *El Noticiero Sevillano*, afirmaban ahora que había que afrontar de una vez por todas los hechos y no aguantar más humillaciones, “probando que si mucho hemos sacrificado en el holocausto de la paz, no hemos quemado en sus altares el temple ni el nervio de nuestra raza”.⁷⁴

Hoy sabemos que, efectivamente, el *Maine* no fue volado por los españoles; y, como es lógico, también tenían que saberlo en aquellos momentos los expertos norteamericanos. El hecho de que su informe fuera desfavorable a España, puso en evidencia que el gobierno norteamericano pretendía tener en ello un pretexto, si no para declarar la guerra, sí al menos para exaltar los ánimos entre la población de los Estados Unidos, de manera que se creara en el país un ambiente favorable para cuando se produjera el enfrentamiento.⁷⁵

Por su parte, un importante sector de la prensa española excitaba también los ánimos populares hacia la guerra, con el pretexto de no sufrir más atentados contra la dignidad nacional como el que, a su juicio, representaba el informe norteamericano sobre la catástrofe del *Maine*. Algunos diarios, ante la disparidad entre los informes de ambos países, y ante la posibilidad de que el asunto se sometiera a un arbitraje internacional, afir-

74 *El Noticiero Sevillano*, 28 de marzo de 1898.

75 Ver al respecto Forner, Ph. S.: *La guerra....*, Vol. I, págs. 300 a 304.

maban que era preferible la guerra a la humillación que supondría semejante arbitraje; su indignación los llevaba a afirmar que había una forma muy sencilla de acabar con los temores de guerra con los Estados Unidos; este remedio consistiría, simplemente, en dar un duro golpe a la insurrección, y en comprar barcos y armas para atemorizar a Norteamérica.⁷⁶

Pero estas publicaciones olvidaban un detalle esencial: que eso sólo podría hacerlo un país con abundantes recursos económicos; y ése, desde luego, no era el caso de España. De este modo, y cómo en estos momentos afirmaban los republicanos, y más tarde muchos más, la prensa “alentó, de forma irresponsable” la respuesta bélica a las provocaciones estadounidenses, hasta el punto de que el pueblo acudió “entusiasmado” a la contienda.⁷⁷ El propio diario republicano, en sendos editoriales publicados los días 9 y 10 de febrero de 1898 —“Lo Primero es lo Primero” y “La Guerra con los Estados Unidos”—, y dejándose llevar por la indignación general, afirmaba que el país no podía tolerar impasible las amenazas y los alardes norteamericanos; que “no podemos humillar la cabeza y declararnos en vergonzosa derrota sin combatir”, llegando, “si era preciso, hasta el rompimiento y la guerra”, y confiando en que ante un ejército de “héroes... los ejércitos mercenarios, como tendrían que ser los de Norteamérica, han sido siempre vencidos”.⁷⁸

No obstante esta euforia apenas iba a durar unos días. Un poco más tarde, quizás con algo más de información —y mejor— sobre la verdadera situación de ambos países, el mismo periódico se mostraba más cauto; olvidándose de sus anteriores afirmaciones, atacaba la inconsciencia de los que afirmaban que España no podía perder una guerra contra los Estados Unidos, y

76 Editoriales del *Noticiero Sevillano* y *El Baluarte* de 24 y 26 de Marzo de 1898, sobre los comentarios de la prensa sevillana de aquellos días.

77 Palacio Atard, V.: *La España del...*, pág. 557.

78 *El Baluarte*, 9 y 10 de febrero de 1898.

consideraba que hacer tales afirmaciones no era sino intentar engañar al pueblo.⁷⁹

De hecho esta era la postura de los republicanos de prestigio, que acusaban una y otra vez de embustera a la prensa. Su líder, Pi y Margall, se mostraba irritado con la actitud de los periódicos que, “mintiendo un patriotismo que jamás sintieron”, e intentando hacer creer a sus lectores que la victoria era fácil, incitaban a la guerra con los Estados Unidos.⁸⁰ Es evidente que, como afirmaban algunos observadores de la época, fueron muchos los que “Con... criminales majaderías fueron fomentando en la opinión pública la insensatez de una guerra innecesaria, descomedida y a todas luces imposible”.⁸¹

Y es que, al contrario de lo que afirmaba la mayor parte de la prensa, la realidad era que mientras el Congreso estadounidense votaba un crédito de 50 millones de dólares para material de guerra, la situación española era caótica. Si el propio gobierno no tenía nada claro el triunfo frente a los cubanos, no debía tener duda alguna de que ese triunfo era imposible si intervenían los Estados Unidos; pero, al menos aparentemente, no tomó medida alguna al respecto. Sólo la prensa republicana parecía reaccionar ante los preparativos bélicos estadounidenses; y —como ya antes habían hecho los socialistas—, llegaron a hablar, abiertamente, de la posibilidad de dar a Cuba la independencia.⁸²

Sólo un sector minoritario de la prensa aconsejaba no perder la serenidad, “dar la vida cuando sea menester, pero la pru-

79 Ibídem, 28 de febrero de 1898.

80 Conangla y Fontanilles, J.: *Cuba y Pi...*, pág. 465. Discurso pronunciado por Pi y Margall el 2 de abril de 1898.

81 Rodríguez Martín, José: *Los Desastres y la Regeneración de España. Relatos e Impresiones*. La Coruña, 1899, pág. 106.

82 *El Baluarte*, 12 de marzo de 1898. El 29 del mismo mes, Pi y Margall afirmaba en el mismo diario que “lo que fuera de nuestro territorio está no es ya patria, sino país de conquista”, y que, por lo tanto, había que conceder la independencia tanto a Cuba como a las Filipinas.

dencia y la serenidad en todo momento”. *El Noticiero Sevillano* afirmaba, volviendo a la normalidad después de los primeros momentos de indignación, y buscando siempre ser ponderado y juicioso, que para enardecer el ánimo popular y prepararlo para una guerra siempre habría tiempo; y que “la explosión patriótica” se produciría, además, de forma inmediata, cuando hubiera un motivo real —no meras conjeturas—, sin necesidad de que nadie echara leña al fuego. Pero que, entre tanto, el mayor servicio que la prensa podía prestar al país era “contener naturales arrebatos”, para no arrastrarlo sin más a una guerra capaz de llevarlo al desastre.⁸³

No obstante, él mismo ayudaba, a su vez, a encender esos ánimos; unos días después de expresarse en el sentido indicado, afirmaba que había que recelar de los socorros que los Estados Unidos seguían enviando a los concentrados cubanos, repitiendo la “limosna de socorro con una filantropía que, sí en otros sería sospechosa, en ellos es manifiesta como falsa e hipócrita”. A su juicio, lo único que los norteamericanos pretendían con estos socorros, era contar en el futuro con la cooperación de una serie de estómagos agradecidos que facilitaran sus propósitos. Y prueba de ello era que, en contra del sentimiento humanitario de que alardeaban, eran los Estados Unidos los que habían proporcionado a los rebeldes “la dinamita y las balas que tanta sangre habían costado en Cuba”, para conseguir la inestabilidad del territorio y tener así un pretexto para intervenir directamente.⁸⁴

Frente a ello, un sector de la opinión pública pensaba que el enfrentamiento bélico no llegaría a producirse, porque las potencias europeas intervendrían a favor de España antes de que llegara; en realidad no comprendían como un país podía intervenir por las armas en lo que ellos consideraban los asuntos internos

83 *El Noticiero Sevillano*, 25 de marzo de 1898.

84 *Ibíd.*, 30 de marzo de 1898.

de otro, en contra de todas las normas internacionales. Según ellos, España tenía legalmente el derecho de soberanía sobre Cuba; los problemas que tuviera allí eran asunto exclusivamente suyo. Y no entendían cómo alguien que no fueran los propios cubanos podía cuestionarle ese derecho; y tampoco que las potencias europeas decidieran permanecer al margen del conflicto cuando, a su juicio, lo que se estaba vulnerando era en realidad el derecho internacional.⁸⁵

Pero otros eran ya plenamente conscientes de que iban a hacer frente a una guerra contra una nación extranjera, que había intentado humillar a su país repetidamente; y no sólo no esperaban esa posibilidad de mediación internacional, sino que ni siquiera la querían. *El Noticiero Sevillano* señalaba al respecto, que la intervención de las potencias europeas, que efectivamente se estaba produciendo, podía haber resultado útil antes de que McKinley pronunciara su mensaje ante las Cámaras a finales del año anterior. Pero que en aquellos momentos esta intervención parecía sólo una ingerencia, sobre todo cuando lo que al parecer estaban pidiendo al gobierno español era, lisa y llanamente, la concesión de un armisticio a los rebeldes.⁸⁶

La intervención internacional y el armisticio

La intervención internacional en el conflicto se produjo, efectivamente; pero, cómo muchos temían, sin los resultados apetecidos. Los gobiernos de Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, Austria e Italia, se ofrecieron como mediadoras entre España y los Estados Unidos, según ellos, con el fin de intentar evitar una guerra entre ambos países que no parecía tener mucho sentido. Pero las negociaciones llevadas a cabo bajo esa media-

85 Ver sobre ello Sevilla Soler, R.: "La intervención...", págs. 513-514

86 *El Baluarte*, 18 y 21 de marzo de 1898, y *El Noticiero Sevillano*, 11 de abril del mismo año.

ción, que se iniciaron en medio de los recelos de muchos y de las opiniones desfavorables de la prensa, no sirvieron sino para dar un respiro al gobierno, marcando un compás de espera en el contencioso. Pero sólo fue eso, un respiro; la respuesta estadounidense a la mediación internacional fue descorazonadora. En principio se manifestaron dispuestos a no intervenir en Cuba; pero eso sí, siempre que el gobierno español declarara de inmediato en la isla un armisticio en su lucha contra los insurgentes, y que restableciera el orden en el territorio, de manera que “los intereses norteamericanos” en la isla quedaran garantizados.⁸⁷

Las potencias mediadoras solicitaron entonces a España, tal y como exigía el gobierno norteamericano, la concesión de un armisticio para cuyo cumplimiento se ofrecieron como garantes. Y para intentar conseguir que el gobierno español aceptara esa propuesta, prometieron su apoyo a España frente a las pretensiones territoriales norteamericanas; pero esta promesa sólo sería válida si era capaz de llegar a un alto el fuego con los rebeldes cubanos, que dejara sin argumentos a los que, en los Estados Unidos, se mostraban partidarios de la intervención en la isla.

El gobierno, en principio, se declaró totalmente contrario a semejante medida; y justificó su decisión, sobre todo, en el hecho de que los directamente interesados, los insurrectos cubanos, no la habían solicitado. Y en este sentido fue su primera respuesta: concedería el armisticio cuando los rebeldes lo pidieran, algo que aquéllos no estaban dispuestos a hacer en unos momentos en que se consideraban capaces de ganar su independencia. Pero no tardó en dar marcha atrás; pese a las iniciales protestas por lo que consideraba una simple obediencia al mandato norteamericano, consciente de su debilidad y, por lo tanto, rehuendo en lo posible el enfrentamiento bélico, el gobierno concedió finalmente ese armisticio de manera unilateral, sin que los cubanos se plantearan siquiera hacer lo mismo.

87 *El Noticiero Sevillano*, 8 de abril de 1898.

La reacción de la prensa contra ese armisticio no se hizo esperar; la prensa andaluza de aquellos días se mostró, en general, indignada, no sólo con la aceptación de las condiciones estadounidenses, sino también por el hecho de que los países mediadores se prestaran a esa farsa. Se atacó desde sus páginas tanto la mediación internacional en el conflicto, acusando a las potencias europeas de intervenir tarde y mal, como la actitud del gobierno.⁸⁸ Y no sólo al gobierno, sino a todo aquél que, de una manera u otra, se manifestaba en favor del armisticio.

Para unos periódicos esa actitud era simple entreguismo frente al que había que rebelarse; otros, deseosos de que el resultado final fuera la paz y que nada pudiera obstaculizarla, se mostraban algo menos exaltados; eso sí, pedían algo que parecía imposible en aquellos momentos para cualquier observador imparcial: que se tratara de llegar a “una paz honrosa”, en la que quedara a salvo el prestigio nacional, algo muy diferente al alto el fuego unilateral que representaba el armisticio.⁸⁹ Pero en algo estaban de acuerdo unos y otros: no entendían que el gobierno aceptara las presiones norteamericanas e hiciera semejantes concesiones a los rebeldes. Unos días antes del armisticio, pero cuando ya se conocían las condiciones impuestas por los norteamericanos para negociar con España, *El Baluarte*, titulaba “Oprobio” su editorial al respecto. Y en él señalaba que, sin querer por supuesto la guerra, todo el país la prefería antes que un armisticio concedido a los insurrectos a causa de las presiones extranjeras.⁹⁰

El Noticiero Sevillano, por su parte, señalaba que las manifestaciones del sentimiento nacional parecían entonces “resuel-

88 *Ibíd.*, 11 de abril de 1898

89 *El Noticiero Sevillano*, en su edición del 8 de abril, recogía en este sentido fragmentos de las reacciones de la prensa de Madrid —*El Imparcial*, *El Liberal*, *El Progreso* y *El País*— a la concesión de armisticio.

90 *El Baluarte*, editorial de 6 de abril de 1898.

tas a defender con más esfuerzo que nunca el derecho y dignidad de la patria”. Afirmaba que este sentimiento era general, y que en aquellos instantes había un consenso pleno entre la opinión del pueblo y la del rey, entre la Corona y el país, al respecto; y que, en virtud de ello, “ni la independencia de Cuba, ni la intervención en nuestros asuntos, ni la venta del territorio, ni más de lo decretado y concedido hemos de hacer nosotros ni haremos nunca”.⁹¹

Los periódicos acusaban de debilidad a un gobierno que no había querido acceder a la concesión de un armisticio si no lo pedían los propios insurrectos y que, sin embargo, lo había otorgado sin que hubiera petición por parte de aquéllos, exclusivamente por presiones externas. Y manifestaban, además, a la opinión pública que, a pesar de todas esas humillantes concesiones, el gobierno no había logrado, como pretendía, suavizar la situación en la isla. Considerando que el gobierno español no había hecho hasta entonces más que ceder a las exigencias estadounidenses, sin lograr que fuera aceptada ni una sola de sus propuestas, un diario tan ponderado en estas cuestiones como *El Noticiero Sevillano* llegaba a afirmar que, en virtud de la desidia y de la pérdida “de orientación” de los gobernantes, no quedaba más esperanza de paz que la pura y simple pérdida de Cuba.⁹²

Lo cierto es que el asunto resultaba ser mucho más complejo de lo que podía parecer de la lectura de la prensa en aquellos momentos; la realidad no tenía nada que ver ni con los acuerdos a que se llegaba con la mediación internacional ni con los deseos de la prensa. Y aunque en las páginas de los periódicos predominaban las críticas a lo que consideraban “impasibilidad” del gobierno español ante las amenazas norteamericanas, algunos de ellos parecían tener cierta conciencia de la gravedad

91 *El Noticiero Sevillano*, editoriales de 2 y 7 de abril de 1898.

92 *El Baluarte*, editorial de 2 de abril de 1898, y *El Noticiero Sevillano*, editorial de 7 del mismo mes y año.

del problema y de la imposibilidad de cualquier gobierno para solucionarlo. Muchos sabían que el armisticio, en aquellos momentos, no dejaba de ser papel mojado. Por una parte, la condición que había puesto España para mantenerlo, que los rebeldes entregaran las armas en un plazo de cinco días, era algo imposible de llevar a buen término en la situación de caos que atravesaba la isla; y, además, España no estaba en aquellos momentos en condiciones de garantizar nada. Por otra, un armisticio declarado sólo por uno de los dos bandos no parecía tener mucho valor, desde el momento en que los rebeldes no estaban dispuestos a aceptar de España otra cosa que no fuera el firme compromiso de abandonar el territorio.⁹³

Por eso, algunos de esos periódicos llegaron a aceptar la situación como inevitable; pero apremiaron al gobierno sobre la necesidad de plantearla crudamente a la opinión pública, con el fin de no despertar vanas ilusiones que pudieran llevar los ánimos por el camino equivocado. *El Noticiero Sevillano*, en su crónica política de 13 de abril, afirmaba en este sentido que no parecía existir esperanza de paz que no fuera sobre la base de la pérdida de Cuba; y que, por lo tanto, “convendría que todos los españoles fueran pensando en ello. Conservarla por las armas: perderla por la superioridad de las enemigas”. Este tipo de prensa, no enfrentada abiertamente al régimen como la republicana, no se manifestaba aún decididamente a favor o en contra de la guerra; pero como la autonomía no había logrado detener ni a los insurrectos ni a los Estados Unidos —como se le había dicho que sucedería—, sí se mostraba partidaria de informar al país y plantearle la cuestión en sus dimensiones reales, para que éste pudiera opinar con conocimiento de causa.⁹⁴

93 *El Noticiero Sevillano*, 9 de abril de 1898.

94 *Ibíd.* Ver también sobre ello, *El Porvenir* y *El Baluarte* de esos días.

La prensa gubernamental, por el contrario, hacía los mayores esfuerzos para ocultar la realidad, y para hacer creer a la población que la situación no era tan mala; para ello se escudaba en el hecho de que el presidente norteamericano no respondía a las exigencias de los insurrectos; ni fueron considerados como beligerantes por los Estados Unidos, ni se reconoció su independencia como venían solicitando reiteradamente.⁹⁵ Efectivamente esto era cierto; pero también lo era que si no lo hacía era porque su objetivo no consistía en que la isla lograra su independencia, sino, tal y como *El Noticiero Sevillano* afirmaba ya por aquellos días —aunque por sus comentarios posteriores no parece que estuviera aún plenamente convencido de ello—, la pura y simple anexión del territorio.⁹⁶

De hecho, se suponía que el armisticio era sólo el primer paso para el inicio de una serie de conversaciones entre España y los Estados Unidos, con la mediación de las potencias europeas. Pero lo cierto es que cuando España accedió a concederlo, el nueve de abril, McKinley ya tenía preparado un mensaje para leer ante las Cámaras norteamericanas en el que solicitaba autorización para intervenir directamente en Cuba. Y dos días después de aquella concesión, el presidente norteamericano se dirigía al Congreso en términos parecidos a los de su discurso de diciembre de 1897, que tanta indignación había producido en la prensa andaluza.⁹⁷

Muestra de la ambigüedad y el doble juego de la política del primer mandatario norteamericano en este asunto, fueron las negociaciones que llevó a cabo con España, que, con mediación internacional o sin ella, proseguían en una doble vertiente. Antes de llegar a la confrontación bélica, ambos países mantenían una doble negociación; en la primera de ellas, la que se realizaba de

95 *El Progreso*, 14 de abril de 1898.

96 *El Noticiero Sevillano*, 17 de abril de 1898.

97 Ver sobre ello Forner, Ph. S.: *La guerra.....*, Vol. I, págs. 290 a 340.

manera oficial y con la mediación europea, los Estados Unidos justificaban su posible intervención en Cuba con supuestos motivos humanitarios: la situación de los concentrados cubanos; en la otra, que se producía bajo cuerda, de espaldas incluso al Senado norteamericano, exigían simplemente la entrega de la isla por parte de España. Las pretensiones estadounidenses eran inaceptables para aquélla, y ellos lo sabían; sólo perseguían provocar el enfrentamiento, que resultaba inevitable, por muchas concesiones que hiciera España, al no estar dispuesta a llegar a la única oferta que el presidente norteamericano consideraba digna de tener en cuenta: el abandono sin más de sus colonias.⁹⁸

98 García Nieto, M.^a del Carmen y otros: *Restauración y...*, pág. 21.

CAPÍTULO III

LA GUERRA HISPANO-CUBANA-NORTEAMERICANA

La ruptura con los Estados Unidos

En un último intento por evitar la guerra con los Estados Unidos, el gobierno español se dirigía a los insurrectos intentando hacerles ver las ventajas de una Cuba autónoma frente a una Cuba “anexionada a los Estados Unidos”, que sería el lógico desenlace si éstos intervenían militarmente en la isla.⁹⁹ Pero esta táctica se volvió contra él; el presidente norteamericano no tuvo inconveniente en desmentir esas afirmaciones, enfrentando a la alternativa de la Cuba autónoma que proponían los españoles, la de una Cuba independiente con su ayuda.

Sin embargo, la independencia de Cuba no entraba en sus planes. De hecho, ya en el mes de marzo McKinley había propuesto a varios senadores norteamericanos la posible compra de la isla a España, no para los cubanos, sino para anexionarla a los Estados Unidos. Pero su propuesta no había tenido éxito; en principio, la mayoría de los representantes de ambas Cámaras eran partidarios de colaborar en la emancipación cubana, pero no de una anexión del territorio a los Estados Unidos.

Pero McKinley no estaba dispuesto a consentir la independencia de Cuba; y, a su juicio, estaba claro que si la intervención de los Estados Unidos en la guerra se demoraba, los cubanos podrían conseguirla derrotando a los españoles. El presidente norteamericano necesitaba con urgencia una intervención militar

99 Ver sobre ello la “Crónica Política” de *El Noticiero Sevillano* de 17 de abril de 1898. Ver también Palacio Atard, V.: *La España del...*, Pág. 560.

que le asegurara el dominio; y la buscó, engañando incluso a los parlamentarios de su país. Cortó las negociaciones secretas que todavía llevaba a cabo con España y, como ya había hecho antes con los envíos de socorros, utilizó ante los congresistas el pretexto de los sentimientos humanitarios para conseguir plenos poderes para seguir adelante con sus planes. El 11 de abril McKinley solicitó formalmente autorización al Congreso de los Estados Unidos para socorrer a los concentrados cubanos e intervenir militarmente en la isla si, por causas humanitarias, lo consideraba necesario.¹⁰⁰

Pretendía que, dejando a un lado la cuestión de la independencia cubana, e incluso la del reconocimiento de la beligerancia, que podía llevarlo a compromisos que no pensaba cumplir, las Cámaras, en contra de las opiniones que habían expresado con anterioridad sobre estos puntos, discutieran sólo el tema de la intervención militar. El Congreso, dominado por sus partidarios, aprobó una resolución en ese sentido; pero no ocurrió lo mismo en el Senado, que sólo se manifestaba dispuesto a autorizar la intervención si tenía como objeto arrojar a los españoles de la isla.¹⁰¹

Y, aunque gracias a esas dificultades que existían para que el Congreso y el Senado norteamericanos llegaran a una resolución conjunta sobre el problema la guerra se retrasó todavía unos días, la reacción de la prensa contra la política norteamericana fue inmediata. La votación del Senado norteamericano contra la petición de McKinley, reflejaba claramente la simpatía y el apoyo de la Cámara alta estadounidense a los insurgentes cubanos. Y, al hacerse eco de ella, los periódicos sevillanos lo hicieron afirmando que aquella era sólo “la sentencia de los

100 *El Noticiero Sevillano* de 12 y 13 de abril de 1898. Ver también Roig de Leuchsenring, E.: *La Guerra Libertadora Cubana de los Treinta Años*. La Habana 1952, pág. 9.

101 Forner, Ph. S.: *La guerra....*, Vol. I, págs. 290-340.

sindicatos azucareros, la oficina de los empréstitos filibusteros, y el mercado en el cual se compran y venden las conciencias”.¹⁰²

E igualmente inmediata fue la reacción contra la respuesta del gobierno español a esa votación, que los periódicos consideraron como una simple provocación. Aunque España rompió sus relaciones diplomáticas con los Estados Unidos el 21 de abril, esta medida no pareció suficiente a la prensa sevillana. La actitud del gobierno español fue considerada como una cobardía por la mayor parte de los periódicos, que opinaban que era “preferible cien veces la guerra, que sufrir las imposiciones indignas de un pueblo de dudosa procedencia, y por lo tanto sin historia, que trata de arrollarnos por el derecho del más fuerte”.¹⁰³

Por su parte la reacción popular también fue rápida; las primeras noticias sobre la solicitud que había presentado McKinley a las Cámaras norteamericanas en demanda de permiso para intervenir en Cuba, fueron suficientes para provocar, con el apoyo y el aliento de los periódicos, una “fuerte reacción patriótica”. El día 13 de abril se celebró en Sevilla la primera “función patriótica” en el teatro del Duque, con el fin de recoger fondos para la guerra;¹⁰⁴ y el día 21 tuvo lugar otra en el teatro San Fernando, a cuyo término se produjo una importante manifestación en apoyo del gobierno y de su decisión de romper las relaciones diplomáticas.¹⁰⁵

Entre tanto, las maniobras políticas del presidente norteamericano dieron sus frutos; consiguió, por fin, que el Congreso y el Senado votaran una resolución conjunta sobre Cuba por la que se le autorizaba a intervenir militarmente en la isla si consideraba vulneradas las leyes humanitarias. Pretextando que en

102 *El Noticiero Sevillano*, 19 de abril de 1898.

103 *El Progreso*, 21 de abril de 1898.

104 *El Baluarte*, 14 de abril de 1898.

105 *El Noticiero Sevillano* de 22 de abril de 1898, y *El Baluarte* de la misma fecha.

aquellos momentos estaba todavía negociando con España con la mediación de las potencias europeas y que, por lo tanto, no podía mostrarse abiertamente partidario de la independencia cubana, logró que este punto quedara fuera de la discusión. De este modo, aquella resolución silenció, como él pretendía, aquellos aspectos de la cuestión que realmente significaban un apoyo a los insurgentes; y se convirtió, de hecho, en una carta blanca otorgada a favor de McKinley para intervenir en la guerra hispano cubana en el momento en que lo considerara oportuno.

Y, aunque al llegar a España las primeras noticias sobre ese acuerdo la indignación contra las Cámaras norteamericanas fue general, cuando el presidente norteamericano anunció públicamente que según esa resolución los Estados Unidos no reconocerían la independencia de Cuba —y ni siquiera el estado de beligerancia—, antes de negociar con España, y a pesar de haber conseguido el permiso de los legisladores para intervenir militarmente en aquel territorio, la actitud de la prensa sevillana, en general, se moderó en parte.¹⁰⁶

Era cierto que, como afirmaban algunos, gran parte del pueblo y de los políticos norteamericanos eran favorables a la independencia de Cuba; pero también lo era que su ejecutivo no deseaba esa independencia, sino la anexión; pero con su negativa a aceptar las peticiones de los congresistas y senadores, consiguió hacer creer a muchos que no estaba dispuesto a enfrentarse a una guerra con España por Cuba.

Como afirmaba más tarde Emilio Castelar desde las páginas de *El Porvenir*, las causas de la intervención norteamericana en el conflicto hispano cubano estaban claras desde mucho antes. Importantes capitales estadounidenses estaban invertidos en Cuba —unos doscientos millones de dólares—, mientras que el tráfico comercial entre ambos países no bajaba de cuatrocientos

106 Ver al respecto los periódicos sevillanos de mediados de marzo de 1898.

millones de dólares anuales. En este sentido, fue también Castelar uno de los primeros en dar la alarma sobre los inicios del imperialismo norteamericano, y del peligro que ese imperialismo representaba para el resto del mundo. A su juicio, si cada estado tuviera que intervenir allí donde sus ciudadanos tenían negocios, “se perdería la independencia nacional de todos los pueblos, y al principio de no intervención subseguirían las intrusiones de unos gobiernos en otros gobiernos, trayendo el despotismo y la ruina universales”.¹⁰⁷

También para *El Noticiero Sevillano* las intenciones norteamericanas eran evidentes desde el principio, aunque para la mayor parte de los españoles pasaran desapercibidas. Ya a finales de marzo afirmaba no comprender cómo los rebeldes no habían reaccionado contra ellas y buscado la paz con España. Entre ser ciudadanos de una colonia autónoma sin otra soberanía que la nominal de España y la simple anexión a los Estados Unidos, no podía, según él, haber duda en la elección. Cuba ya se había perdido para la industria y el comercio peninsular; en el aspecto administrativo sólo podía ser gobernada desde la concesión de la autonomía por los propios isleños. Y si los rebeldes llegaban a ver esto con objetividad, no tendrían más opción, a su juicio, que deponer inmediatamente las armas.¹⁰⁸

Pese a estas advertencias, todavía en el mes de abril eran muy pocos los que se daban cuenta de los verdaderos proyectos del ejecutivo norteamericano. Gracias a sus maniobras la prensa andaluza, en general, tardó bastante tiempo en percatarse de la dimensión real del problema; en ningún momento fue consciente de que el verdadero propósito de McKinley no era la independencia de Cuba, sino lisa y llanamente la ocupación. Y para ello tenía que hacer caso omiso de las pretensiones de los con-

107 Artículo de Emilio Castelar publicado en *El Porvenir*, el 23 de junio de 1898.

108 *El Noticiero Sevillano*, 30 de marzo y 17 de abril de 1898.

gresistas de reconocer la beligerancia cubana; y lo hizo muy bien, dando largas al asunto con el pretexto de que no podía hacer suyas las pretensiones de las Cámaras en ese sentido, hasta no tener respuesta al ultimátum que pensaba dirigir a España sobre el asunto.¹⁰⁹

Con estas maniobras, destinadas en realidad a distraer a sus propios legisladores, la confusión y las contradicciones en relación a las intenciones estadounidenses eran frecuentes en los periódicos sevillanos. Incluso después de haberse consumado la intervención militar, la prensa sevillana parecía seguir ignorando los planes del presidente McKinley. Los periódicos eran conscientes de que, efectivamente, y en contra de lo afirmado por las autoridades norteamericanas, la intervención militar en Cuba obedecía a móviles económicos, y no humanitarios. Pero creían que su verdadero objetivo era la pacificación del territorio para que los negocios con los Estados Unidos pudieran seguir con normalidad. A pesar de las advertencias que de vez en cuando aparecían en la prensa, como las dos ya señaladas, sobre los peligros del intervencionismo, los planes de anexión de McKinley no fueron evidentes para la opinión pública sevillana hasta el mes de julio de 1898. Hasta entonces, la idea más extendida era que los norteamericanos apoyaban a los insurgentes cubanos porque con la independencia de la isla conseguirían sus objetivos económicos: alejar un nuevo país de la órbita económica europea.

Hasta periódicos como *El Noticiero Sevillano*, que poco antes se habían expresado claramente sobre el tema, tendrían serias dudas al respecto. Es difícil saber si se trataba de discrepancias entre los distintos comentaristas o de falta de convicción en sus propias tesis; pero, en contra de las opiniones ya expresadas, a veces parecía ignorar los verdaderos propósitos del gobierno estadounidense. Y lo mismo ocurrió con los redactores

109 *Ibíd.*, 20 de abril de 1898.

de otros periódicos, e incluso con los propios congresistas norteamericanos, engañados por su presidente en su intento por ganar tiempo y dirigir el sentir de la población norteamericana hacia sus tesis intervencionistas y, en definitiva, anexionistas.

Y en este punto jugaron un papel esencial, como sólo más tarde supieron reconocer los periódicos sevillanos, sus colegas estadounidenses. *El Porvenir*, entre otros, se haría eco de ese poder de la prensa sobre la opinión pública de los Estados Unidos, y del importante rol jugado por determinadas publicaciones en la orientación de esa opinión hacia el anexionismo. Reflejando en sus páginas una carta del corresponsal de *Le Temps* de París en Norteamérica, *El Porvenir* dejaba constancia ante sus lectores de que, si bien la mayor parte del partido demócrata y un número importante de republicanos estaban a favor de la independencia de Cuba y no de la anexión, los imperialistas contaban no sólo con la mayoría de los republicanos, sino también “con esa masa confusa, impresionable y chillona de los eternos patriotas, que aman a su país de manera hartamente pueril y vanidosa”. Y, a su juicio, esa masa había sido movilizada, como efectivamente lo fue, por los periódicos partidarios de la anexión. *The Sun* y *The Morning Journal* por ejemplo, llamaban “partido nacional y americano” al de los anexionistas.¹¹⁰ Para nadie es desconocido el papel jugado por William Hearst desde *The Mourning Journal*, o por Joseph Pulitzer desde *The World*, en la orientación de la opinión pública norteamericana primero hacia la intervención armada en Cuba, y luego a la anexión.¹¹¹

110 No es hasta agosto de 1898, cuando informaciones relativas a ese papel jugado por la prensa norteamericana aparecen en los periódicos sevillanos. Ver sobre ello *El Porvenir* de 15 de agosto de ese año.

111 Ver sobre ello Hilton, Silvia: “Democracy goes Imperial: Spanish views of American Policy in 1898”, en *Reflections on American exceptionalism*, Ed. by David Adams y Cornelia van Minem, Keele University Press, 1994, págs. 106-108.

Y la prensa española mostró a su vez a sus lectores ese papel, señalando que aunque la mayor parte de las publicaciones serias se mostraban contrarias a la anexión de la isla, la fuerza y la publicidad realizada por esos otros periódicos como los aquí citados, desviaban la opinión pública hacia lo que McKinley se había propuesto desde el principio y el pueblo español había tardado tanto en ver: la anexión de Cuba.

El enfrentamiento abierto

Siguiendo adelante con sus propósitos, el 20 de abril McKinley presentaba un ultimátum a España para el abandono de Cuba y ésta, como ya se ha dicho, rompía al día siguiente las relaciones diplomáticas con aquel país. Dos días más tarde, aprovechando la carta blanca que en la práctica le habían concedido las Cámaras, y en medio de la consternación general, el presidente norteamericano ordenaba el bloqueo de Cuba. Desde ese momento los acontecimientos se precipitaron; el 24 de ese mes el gabinete de Madrid se vio ya irremediablemente obligado a declarar, formalmente, la guerra que tanto había tratado de evitar.¹¹²

Hasta entonces, una parte significativa de la prensa se había manifestado contraria a una guerra con los Estados Unidos por Cuba; *El Noticiero Sevillano* señalaba, poco antes, que realmente se trataba sólo de una simple cuestión de honor, ya que en la práctica “Cuba ya no nos pertenece” económica y administrativamente.¹¹³ Pero la agresión extranjera consiguió unirla contra los “yankees”, el enemigo común. Ahora que la suerte parecía

112 La declaración de guerra por parte de los Estados Unidos se hizo el día 25, haciéndola retroactiva al 21, según algunos autores, para cubrir las hostilidades que habían desatado desde esa fecha. Ver sobre ello Hilton, S.: “Democracy goes....”, pág. 103.

113 Ver, por ejemplo, *El Noticiero Sevillano*, de 17 y 22 de abril de 1898.

echada, la mayor parte de los periódicos se dedicó a encender los ánimos de sus lectores, llamando al pueblo a demostrar el tradicional heroísmo de los españoles frente a los mercenarios yanquis. Utilizando todos los medios a su alcance, entre ellos el menosprecio constante desde sus páginas al ejército norteamericano, esos diarios intentaron hacer creer a la población que los Estados Unidos no estaban preparados para una guerra semejante; ignoraban, o querían ignorar, que, como señalaba otro sector de la prensa, al parecer minoritario, el enemigo era fuerte y con enormes recursos económicos.¹¹⁴

El Progreso pedía tranquilidad ante la guerra, de la que afirmaba que sabían más los españoles que los norteamericanos. Y, ante el bloqueo de Cuba por los Estados Unidos, no hacía sino anunciar a bombo y platillo que dicho bloqueo era poco eficaz, y que los “yankees” se encontraban impotentes tanto allí como en las Filipinas.¹¹⁵ En una línea diferente, pero contagiada del mismo espíritu triunfalista, *El Noticiero Sevillano* afirmaba que había llegado el momento de probar al mundo que “somos españoles”, y “que en nada ha decaído nuestro valor...”¹¹⁶

Eran mayoría los diarios que hablaban de la supuesta escasez de marinería y municiones para los navíos estadounidenses, y de la falta de preparación de aquel ejército. Despreciaban el bloqueo naval que los Estados Unidos habían impuesto a Cuba por ineficaz, y afirmaban que, a pesar de sus grandes y anunciados proyectos de destinar cinco escuadras a la lucha, una contra las Filipinas, otra contra Cuba, una tercera contra Puerto Rico, otra contra la península, y la última contra las Canarias, a aquellos no les resultaba nada fácil ganar la guerra.¹¹⁷

114 Ver sobre ello *El Noticiero Sevillano* de 20 y 22 de abril de 1898 y *El Baluarte* de 22 del mismo mes y año.

115 *El Progreso*, 29 y 30 de abril de 1898.

116 *El Noticiero Sevillano*, 22 de abril de 1898.

117 *El Progreso*, 28 y 30 de abril de 1898.

Como ya se ha dicho, ni la prensa ni la población en general podían entender la intromisión estadounidense en lo que consideraban problemas ajenos a ellos; y de esa incompreensión surgieron los duros ataques que la prensa española lanzó contra los norteamericanos, acusándolos constantemente de viles y cobardes. Y de ahí, llevados por ese sentimiento de afrenta, surgió también el odio y desprecio al enemigo. Un pueblo capaz de cometer la “villanía” de atacar a otro que no sólo no había hecho nada contra él, sino que incluso en otro tiempo había apoyado su independencia, era un pueblo indigno y sin principios. Y, por lo tanto, era también incapaz de ganar una guerra contra otro pueblo heroico y noble, el español, que aunque no pudiera contar con los medios militares adecuados, tenía la razón de su parte.¹¹⁸

Sólo *El Baluarte* se mostraba contrario a lo que consideraba alardes patrioterros de aquéllos que, “a la hora de la verdad, no aportan el dinero que el país necesita” para hacer frente a la gran potencia estadounidense, y atacaba duramente a los “jaleadores de la guerra”. Con esta única excepción, la prensa sevillana de la época no hizo sino exaltar los ánimos “patrióticos” e incitarlos a la lucha, haciendo creer al público que los medios españoles eran muy superiores a la realidad.¹¹⁹

Las alabanzas al ejército español y los ataques e insultos al norteamericano fueron tales que, como veremos más adelante, al sobrevenir la derrota se llegó a decir, repetidamente, que gran parte de la culpa del desastre la había tenido la prensa, que con sus soflamas patrioterros había hecho creer al pueblo en una posible victoria contra los norteamericanos para lanzarlo a la guerra. Y, efectivamente, de la lectura de los periódicos se deduce claramente que, aun siendo en su mayor parte contrarios a la gue-

118 Ver sobre ello Sevilla Soler, R.: “La intervención...”, pág. 514

119 *El Baluarte*, de 23 y 26 de abril de 1898, hace agrios comentarios contra aquéllos que, sin contribuir a los gastos de guerra, animaban al pueblo a ella.

rra antes de producirse el enfrentamiento, e incluso una vez iniciado, menospreciaron continuamente en sus páginas el poder militar de los norteamericanos.

Y al igual que había ocurrido en los Estados Unidos con determinados periódicos, que pusieron todo su empeño en movilizar al pueblo americano contra España, también aquí la prensa, o al menos gran parte de ella, jugó un importante papel en este aspecto. Teniendo en cuenta que el único medio que tuvieron los sevillanos de la época para informarse de los sucesos ultramarinos fue la prensa, es lógico que creara opinión; y lo hizo hasta el punto de que, según afirman algunos autores, la población, influenciada por esa exaltación y por las constantes llamadas al orgullo nacional, se dejó llevar casi entusiasmado a la guerra. Sólo más tarde, al faltar las prometidas victorias, seguiría a los republicanos en sus protestas.¹²⁰ En este sentido Pi y Margall afirmaba encontrarse lleno de “ira”, al comprobar “como ciertos periódicos... empujaron a la nación y al gobierno a que no cedieran en la cuestión de Cuba y rompieran con los Estados Unidos”, mintiendo descaradamente sobre los medios bélicos de ambos países.¹²¹

El momento de esas protestas no tardaría, sin embargo, en llegar; al exagerado optimismo de los periódicos respecto al desenlace de la contienda, que, como había ocurrido antes en la lucha contra los insurrectos cubanos, se mostró totalmente infundado, sucedió una pronta decepción. A comienzos del mes de mayo, apenas iniciadas las hostilidades hispano-norteamericanas, la escuadra española de las Filipinas fue hundida en la bahía de Manila por el almirante George Dewey; e, inmediatamente, los norteamericanos ocuparon Cavite, a la entrada de aquélla.

120 García Nieto, M. C., y otros autores: *Restauración y...*, pág. 21. Ver también Palacio Atard, V.: *La España.....*, pág. 557.

121 Conangla y Fontanilles, J.: *Cuba y Pi...*, pág. 465.

Los debates sobre la guerra

A raíz de esa primera derrota, el desengaño se extendió rápidamente entre esa misma prensa que, hasta poco antes, consideraba que la guerra se ganaría sin problemas; el “desastre” de la escuadra española en Cavite mostró claramente lo ilusorio de las esperanzas de victoria, y un sentimiento de frustración se extendió a la práctica totalidad de los diarios sevillanos; paralelamente, la idea de poner fin a una guerra en la que esa victoria ya no estaba tan clara, empezaba a filtrarse en los editoriales de algunos de ellos.

Al mismo tiempo, la casi unanimidad que parecía existir entre la prensa y los políticos sobre la contienda pocos días antes se quebró. Hasta entonces el único personaje público que había declarado abiertamente la necesidad de llegar a la paz era el republicano Pi y Margall, y el único periódico *El Baluarte*. Según algunos columnistas de otros diarios, eran muchos, en realidad, los partidarios de una paz inmediata; pero no se habían manifestado antes en ese sentido por temor a ser tachados de antipatriotas. El miedo, decían ellos, les había hecho permanecer en silencio.¹²² Sin embargo ahora, incluso esa misma prensa que había catalogado a los norteamericanos de simples mercenarios, comenzaba a preguntarse abiertamente si en realidad era posible ganar la guerra.

Diarios como *El Noticiero Sevillano*, que en principio no tenían mucho que ver con los republicanos, los primeros, como ya se ha dicho, en preconizar la paz en sus discursos y en las páginas de sus diarios, se interrogaban sobre la conveniencia o no de seguir adelante con el enfrentamiento bélico. No se inclinaban claramente, todavía, por una u otra opción; pero lo que no ponían en duda era la necesidad de que se discutiera la cuestión abiertamente, sin miedo a mostrarse públicamente a favor de la

122 *El Noticiero Sevillano*, 3 de mayo de 1898.

paz. En aquellos momentos, efectivamente, eran muchos los que, como ya había dicho *El Noticiero*, no se atrevían a expresarse en sentido contrario a la guerra por temor a ser considerados “enemigos de la patria”.

Y dando ejemplo de esta necesidad de debate, este periódico recogía en sus páginas los dos puntos de vista más claramente enfrentados sobre esta cuestión. Por una parte, se hacía eco de las ideas del partido Federal, y concretamente de Pi y Margall. El partido Federal era el único grupo político que planteaba la cuestión sin tapujos, aunque sólo fuera porque le interesaba políticamente hacerlo así. Abogaba por la suspensión de las hostilidades, y por una inmediata negociación de la independencia cubana con los insurrectos; según ellos, esa negociación permitiría tratar la paz con los Estados Unidos, antes de perder frente a ellos no sólo Cuba, sino también Puerto Rico y todo el archipiélago filipino.

A esta opinión *El Noticiero* enfrentaba la del ministro de la guerra, que afirmaba que un ejército que ni siquiera había entrado en combate no podía pedir la paz; ante esta disyuntiva, el diario planteaba la interrogante al lector para que se inclinara hacia uno u otro campo; y, aunque él no tomaba partido claramente por una u otra idea, de su lectura se deduce que su parecer estaba más cerca de Pi y Margall que del ministro.¹²³

Y a los pocos días el mismo periódico iba ya un poco más lejos, al afirmar que el único político que se atrevía a hablar con claridad de la cuestión era el citado Pi y Margall; y con él se preguntaba si era o no hora de pedir la paz, en virtud de si resultaba o no posible hacer frente al nuevo enemigo. A su juicio, si “el público, los estadistas y el gobierno estuvieran de acuerdo respecto de que no tenemos medios para vencer, ¿qué significaría el empeño de la guerra y qué fin tendría sostenerla y qué prove-

123 Ibídem.

chos con ella lograríamos? ¿No se unirá a la pérdida de Cuba la de otros intereses?”.¹²⁴ Pero nadie en el ámbito gubernamental se mostraba dispuesto a responder a esas interrogantes. Sólo otra publicación periódica, *El Baluarte*, contestaba a sus preguntas; y lo hacía dejando claro no sólo que era imposible ganar la contienda, sino que, mientras más se prolongara la guerra, peores serían sus consecuencias para el pueblo español.¹²⁵

Poco a poco la causa pacifista ganaba partidarios, apoyada en dos criterios diferentes pero igualmente válidos. Por una parte, los republicanos y todos aquellos que habían sido partidarios de la paz desde hacía ya tiempo, defendían que sobre los deberes patrióticos estaban los humanitarios; y éstos, según Pi y Margall, exigían la independencia de Cuba si los cubanos así lo querían. Por otra, y este era el criterio más generalizado, y el que los republicanos señalaban con más fuerza para atraer adeptos, estaba la simple conveniencia; para muchos de los periodistas y analistas de la época, si entonces, apenas iniciada la guerra con los Estados Unidos, se llevaba a cabo una negociación adecuada, se podría todavía salvar para España Cuba y las Filipinas. Los Estados Unidos, como todos estaban comprobando, eran un país fuerte y con enormes recursos económicos; por el contrario España era débil y, además, pobre. En estas circunstancias, si la guerra continuaba lo más probable, a juicio de estos “pacifistas”, era que los Estados Unidos acabaran apropiándose de los últimos vestigios del imperio colonial español.¹²⁶

Y el desastre de Cavite no hizo sino conseguir que esas opiniones ganaran nuevos adeptos, aunque todavía no se atrevieran a alzar demasiado la voz. Pero, por primera vez, aunque en algunos casos tímidamente, el problema de las dificultades existen-

124 Ibídem, 9 de mayo de 1898.

125 *El Baluarte*, 17 de mayo de 1898.

126 Ver sobre ello *El Noticiero Sevillano*, de 3 de mayo de 1898, y *El Baluarte* de 9 del mismo mes y año.

tes para ganar la guerra se estaba tratando en los medios de comunicación; y la opinión pública parecía claramente partidaria de que se discutiera abiertamente, a pesar de que la declaración del estado de sitio en varias ciudades importantes dificultaba esa discusión.¹²⁷

Pronto comenzaron, además, la petición de explicaciones al gobierno y las acusaciones mutuas entre distintos sectores sociales y políticos. En cuanto a las primeras, incluso los conservadores se atrevían a pedir responsabilidades al gobierno por la marcha de la guerra, olvidando que ellos mismos habían dejado pudrirse la situación en Cuba.¹²⁸ En cuanto a las segundas, el órgano del partido liberal, *El Progreso*, intentando exculpar al gobierno, extendía la responsabilidad de la situación, en medio de amargas críticas, a una parte importante de la sociedad. En estos momentos, atacados por varios flancos, los liberales se revuelven contra todos; según ellos, el problema esencial no radicaba en la actuación más o menos afortunada del gobierno, sino en que, con la excepción de las clases populares, que dieron a sus hijos por falta de dinero para redimirlos, los españoles no habían sentido la guerra; es más, se habían desentendido de “manera irresponsable” de las dificultades del gobierno para hacer frente a los gastos de aquélla.¹²⁹

La única defensa que quedaba a los partidarios del gobierno, como reacción a los duros ataques de gran parte de la prensa y la oposición política, era esa: hacer recaer la responsabilidad sobre el sector más amplio posible de la sociedad; sólo *El Porvenir* y *El Progreso* apoyaban en aquellos momentos la acción del gobierno frente a la problemática cubana. En esta línea, el primero de estos periódicos afirmaba que no era el

127 *Ibíd.*

128 *El Progreso*, 29 de abril de 1898. Editorial titulado “Responsabilidades”.

129 *El Progreso*, 9 de junio de 1898.

momento de pedir responsabilidades y lanzar acusaciones sin ton ni son, sino de unirse frente al enemigo común;¹³⁰ el segundo, por su parte, acusaba de inconscientes a aquellas publicaciones que habían empujado al país hacia la guerra desde sus páginas, sin darse cuenta de que el enemigo a batir era superior, y que, precisamente en los momentos en que debía prevalecer la unidad, lanzaban todo género de censuras y recriminaciones por esa misma guerra.¹³¹

Frente a la posición pacifista de *El Baluarte*, que afirmaba rotundamente que España no podía ganar nunca una guerra contra los Estados Unidos,¹³² *El Porvenir* recogía dos artículos del director de la Escuela de Medicina de Sevilla en los que éste, pese a ser consciente de que las Filipinas estaban casi perdidas, y de que Cuba y Puerto Rico no podrían resistir indefinidamente, consideraba fuera de lugar que España buscara entonces la paz a toda costa. Esa paz, sin ninguna victoria importante por parte de España, sería, a su juicio, una muestra más de la debilidad del gobierno de Madrid, que incitaría a otras potencias a aprovecharse de ella. Para el autor de estos artículos la guerra era, en aquellos momentos, el mal menor. Creía necesaria la resistencia a toda costa para volver al “statu quo ante bellum”, y evitar así los propósitos norteamericanos de apoderarse de todos los territorios españoles en Ultramar.¹³³

Por su parte, *El Progreso* no parecía tener muy claro el asunto, y unos días después afirmaba, en contra de la línea de los dos artículos indicados, “que, si hay alguna posibilidad de triunfo para España, no debe hacerse la paz ahora”; pero que si, por el contrario, “no existe esa posibilidad, cuanto antes se haga será menos desventajosa”, preparando ya de este modo a sus lectores

130 *El Porvenir*, 9 de junio de 1898.

131 *El Progreso*, 12 de junio de 1898.

132 Ver sobre ello *El Baluarte* de 17 y 28 de mayo de 1898.

133 *El Porvenir*, 16 y 26 de junio de 1898.

para el abandono de la isla de Cuba.¹³⁴ Unos y otros parecían desconocer la cruda realidad. Al margen de las opiniones de todos ellos, el gobierno español intentaba desesperadamente poner fin a la guerra. Pero lo hacía en el más absoluto secreto; y la prensa sevillana desconocía tanto sus esfuerzos negociadores como las exigencias impuestas por los Estados Unidos para llegar al cese de las hostilidades.

En medio de un ambiente cargado de rumores, en el que la más mínima alusión al problema se propagaba rápidamente, a principios del mes de julio varios diarios se hicieron eco de dos artículos que se publicaron en Londres, en el *Times* y en el *Harald*, que vinieron a abrir los ojos de muchos en relación a los problemas existentes para llegar a una paz digna. Esos artículos aparecieron sin firma, y en círculos diplomáticos eran atribuidos al embajador de los Estados Unidos en Inglaterra. En ellos se afirmaba que el gabinete norteamericano podía estar dispuesto en aquellos momentos a oír las proposiciones de paz que se le hicieran. Pero que si la guerra se prolongaba, las condiciones que exigiría serían mucho más duras. Según el articulista, las hostilidades podrían suspenderse inmediatamente, si España abandonaba Cuba y Puerto Rico y aceptaba la implantación de un doble protectorado sobre las Filipinas. Pero si los Estados Unidos hacían una propuesta en este sentido y España la rechazaba, terminaría por perderlo todo.¹³⁵

Y estas exigencias resultaron inadmisibles para la prensa sevillana —y para la española en general— que, a pesar de sus manifestaciones en favor de la paz, tenía muy en cuenta que si bien era cierto que la escuadra española de las Filipinas había desaparecido, también lo era que los norteamericanos ni habían logrado entrar en Manila casi dos meses después de su triunfo

134 *El Progreso*, 3 de julio de 1898.

135 Extracto de dos artículos de el *Times* y el *Harald* de Londres, recogidos por *El Porvenir* el 27 de junio de 1898.

naval allí, ni habían obtenido victoria alguna en las Antillas. Para la mayor parte de los periódicos la guerra todavía no estaba perdida, a pesar de que hubiera ciertas voces, y cada vez más, que afirmaban lo contrario. Durante todo el mes de junio, en el que no hubo prácticamente cambio alguno en el desarrollo de la contienda, los diarios sevillanos hacían constantes referencias a las supuestas victorias de los españoles; según ellos el ejército español había rechazado los intentos norteamericanos de entrar en Santiago de Cuba y en Puerto Rico, cuando lo cierto era que ni en uno ni en otro lugar habían emprendido aún un asalto definitivo.

De acuerdo con esta filosofía, don Emilio Castelar señalaba en *El Porvenir* que aparte de la victoria de Cavite, “imputable más a nuestro descuido que a su acierto”, los Estados Unidos no habían obtenido ningún triunfo. Afirmaba que la organización de las milicias norteamericanas resultaba cada vez más difícil por los conflictos raciales existentes en ellas, e incluso a causa de las disputas entre los distintos estados de la Unión. Y que, por tanto, los Estados Unidos carecían de “las fuerzas terrestres y marítimas necesarias” para sus grandes proyectos de ocupar Puerto Rico, Cuba y las Filipinas. Terminaba indicando el veterano político, no sabemos si cayendo en un optimismo exagerado, o llevado por el afán de animar al pueblo en la lucha, que, además, la escuadra del almirante Cervera, que había partido de Cabo Verde a Cuba para romper el bloqueo, se estaba riendo claramente de la flota norteamericana del almirante Sampson. Según él, éste había recibido la orden de buscarla y hacerle frente; pero, hasta entonces, ni siquiera había sido capaz de imaginar dónde estaba aquélla.¹³⁶

Lo único, pues, que lograron las exageradas exigencias estadounidenses, es que, de nuevo, los ánimos patrióticos se encendieran. El menor indicio de una noticia favorable a España,

136 *El Porvenir*, 6 de julio de 1898.

era celebrado por la prensa como una gran victoria de los héroes españoles sobre los “mercenarios yankees”. Así, en las páginas de los diarios correspondientes al mes de junio se habló del presunto hundimiento de un barco norteamericano en aguas de Santiago, que luego resultaría falso; y de un fracasado intento de desembarco en Puerto Rico que, a la hora de la verdad, fue sólo un bombardeo. Cualquier rumor era bueno para hablar de los supuestos triunfos nacionales; y se insistía, una y otra vez, en las páginas de los diarios que, aunque los Estados Unidos tuvieran más medios bélicos, los españoles tenían de su parte la razón y el heroísmo capaz de hacer frente y vencer al ejército más fuerte.¹³⁷

Para apoyar sus afirmaciones en este sentido, los periódicos sevillanos recurrían, incluso, a las opiniones de la prensa extranjera, al menos cuando aquellas opiniones podían ser utilizadas a favor de sus teorías. En este sentido, destacaron especialmente los comentarios de algunos periódicos británicos, por el hecho de que se suponía que su gobierno sostenía las aspiraciones norteamericanas. Dentro de esta estrategia, recogieron un extenso artículo del *Standard*, en el que se ponía en tela de juicio la posibilidad de que los norteamericanos, como habían afirmado, trasladaran a Cuba en aquellos momentos 27.000 soldados, con municiones y provisiones suficientes para realizar el gran y definitivo desembarco. Este periódico ponía en tela de juicio semejante plan, argumentando que, contando sólo con 27 transportes, que eran los que parecía que estaban preparando, semejante traslado sería físicamente imposible de realizar. Y continuaba señalando este artículo que, incluso en el caso de que fuera posible, el desembarco en un terreno tan difícil como lo era el cubano resultaría muy peligroso. A causa de ello, y según el articulista británico utilizado por la prensa sevillana, los norteamericanos

137 Ver sobre ello, por ejemplo, *El Noticiero Sevillano* de 4 y 30 de junio de 1898, y *El Porvenir* de 8 y 17 del mismo mes y año.

tardarían en conquistar Santiago mucho más tiempo “del que concede a la arriesgada empresa el público de Nueva York”.¹³⁸

También recogía por esos mismos días la prensa sevillana un artículo de otro periódico británico, el *Globe*, en el que se afirmaba que pese a sus amenazas, y a estar “provisto de una escuadra de cruceros que no cede a ninguno en velocidad”, el almirante Sampson parecía haber fracasado en sus propósitos, al ser incapaz de encontrar a la flota española de Cervera. Y señalaba, así mismo, que en el caso de que fueran ciertos los rumores que corrían sobre que la escuadra de Cervera se encontraba bloqueada en la bahía de Santiago, también era cierto que bajo ningún concepto esto equivalía a que se hubiera metido en una ratonera como afirmaban algunos analistas. A juicio del columnista de este periódico, la escuadra española tenía tres destructores que, saliendo de la bahía en una noche sin luna, podían ocasionar “un terrible pánico en la escuadra bloqueadora”.¹³⁹

En esos momentos en que la prepotencia estadounidense hacía reaccionar tan orgullosamente a la prensa nacional, sólo un diario sevillano, probablemente el que contaba con un número más reducido de lectores, *El Baluarte*, seguía hablando de la imposibilidad de ganar la contienda. Pero es lógico pensar que un periódico de reducida tirada como éste debía ejercer poca influencia sobre la opinión pública; y, entre tanto, la mayor parte de la prensa se expresaba entonces de manera radicalmente diferente y, además, ofrecía a sus lectores lo que éstos querían creer, aunque ellos mismos no estuvieran de acuerdo con esos planteamientos. Quizás por todo ello, cuando llegó la derrota la impresión fue mucho más dura.

138 Extracto de un artículo del *Standard*, recogido por *El Porvenir* el 19 de junio de 1898.

139 Extracto de un artículo del *Globe*, recogido por *El Porvenir* el 24 de junio de 1898.

El desengaño

Los debates sobre la posibilidad de ganar o no la guerra contra los Estados Unidos fueron, como hemos visto hasta ahora, muchos y, en ocasiones, agrios; pero durarían muy poco. En medio de la polémica desatada por el desastre de Cavite, la pérdida de la escuadra mandada por el almirante Cervera en Santiago de Cuba aceleró el desenlace, haciendo que el país, de manera prácticamente unánime, exigiera a sus gobernantes la firma de la paz.

Al recibirse las primeras noticias sobre la destrucción de aquella flota, en la que se habían depositado todas las esperanzas de frenar al enemigo, y cuyas virtudes se habían ensalzado repetidamente desde las páginas de los diarios, parecía como si el público que se agrupaba ante las redacciones de los periódicos inquiriendo novedades no pudiera creerlo. Mucha gente permaneció en las calles la madrugada del 6 de julio, en espera de noticias que desmintieran los rumores que habían empezado a correr por las principales ciudades andaluzas. Cuando, hacia las tres de la madrugada, se fueron confirmando las primeras impresiones sobre el desastre naval, el público comenzó a retirarse en silencio. “Y es seguro que Sevilla entera se acostó anoche deseosa de que al despertar, la más rotunda negativa oficial echara por tierra tanta tristeza”. Pero la negativa no llegó; por el contrario, los telegramas que se recibieron a lo largo del día confirmaban la pérdida de la escuadra. El pesimismo se hizo general y, paralelamente, se iniciaron entre la población las discusiones sobre a quién correspondería la responsabilidad de aquella pérdida, y acerca de la necesidad de llegar a una paz inmediata.¹⁴⁰

140 *El Noticiero Sevillano* de 6 de julio de 1898, y *El Porvenir* de la misma fecha.

La desaparición de la escuadra de Cervera representó el fin de cualquier esperanza, y se convirtió en el argumento definitivo para que en las páginas de los periódicos cundiera el desánimo;¹⁴¹ el tono de los artículos de los periódicos cambió radicalmente de signo desde entonces, pasando del exagerado triunfalismo anterior al pesimismo más amargo. Y representó, también, la toma de conciencia de la verdadera dimensión del poder militar norteamericano al que, por primera vez, se empieza a temer. Todavía no habían tomado los norteamericanos Santiago de Cuba, cuando ya los diarios sevillanos se hacían eco del temor popular a un posible desembarco estadounidense en las propias costas españolas, exigiendo al gobierno la mejora de sus defensas.

El Porvenir hablaba, incluso, de la posibilidad de que la escuadra norteamericana remontara el Guadalquivir hasta Sevilla. Según sus informaciones una escuadra norteamericana se acercaba a las costas de Cádiz; y en la población de Chipiona la inquietud era tal ante la divulgación de esos rumores, que desde el día trece de junio no se encendía el faro.¹⁴² Con todo ello, estos periódicos no hacían sino dar la razón al *Baluart*, el único diario sevillano que, como ya se ha dicho, se atrevió a hablar de derrota con anterioridad, y que cuando los hechos le dan la razón, les pasa la factura por el rechazo de que habían sido objeto sus tesis. Así, tras la amenaza del gobierno norteamericano de enviar una flota a la península, señalaba en sus páginas que “ante estas amenazas ya nadie se reía como cuando se dijeron que iban a Manila o a embotellar la escuadra de Cervera”, porque “hoy nos encontramos con que los yankees

141 Para apreciar este claro cambio de actitud, ver *El Noticiero Sevillano* de 9 y 11 de julio de 1898, y *El Progreso* y *El Provenir* de 7 del mismo mes y año.

142 *El Porvenir*, 14 y 21 de julio de 1898.

han realizado su plan” mientras los españoles no lograban una sola victoria.¹⁴³

En la prensa española en general, y en la sevillana en particular, podían entonces observarse tres criterios diferentes. Por una parte, el que consideraba preciso continuar la guerra porque en Cuba había aún 150.000 españoles, de los que sólo unos dos mil habían entrado en combate en Santiago. Por otra parte, el que se mostraba partidario de llegar a la paz con la mediación de las potencias europeas. Por último, el tercer punto de vista consideraba que lo más efectivo era buscar la paz inmediatamente, entendiéndose directamente, y cuanto antes, con el presidente norteamericano. Todavía quedaban unos pocos belicistas, o tibios, que parecían querer permanecer ciegos ante la realidad; afirmaban que, pese al triunfo naval de los norteamericanos, el desembarco en las cercanías de Santiago había resultado un fracaso, y que lo único que los Estados Unidos pretendían con sus amenazas de desembarcar en los puertos andaluces era que España se precipitara a pedir la paz, “librando acaso al ejército yankee de un nuevo golpe”. Pero, frente a ellos, se alzaba una mayoría de voces sensatas en sentido contrario.¹⁴⁴

También *El Progreso* venía hablando con anterioridad sobre la conveniencia de llegar a la paz; pero lo había hecho más tarde y de manera radicalmente diferente a la que utilizaba su rival político, *El Baluarte*. Pero ahora lo hace claramente y sin ningún disimulo, afirmando que, una vez perdida la escuadra, resultaba imposible no ya ganar, sino incluso mantener la guerra. España no podía realizar ningún tipo de ofensiva ni abastecer a Cuba sin la escuadra; y ante esta evidencia, una vez perdida ésta, en la opinión pública surgía una corriente “cada momento más pronunciada en favor de la paz”. Indicaba además este periódico,

143 *El Baluarte*, 30 de junio de 1898.

144 Ver por ejemplo *El Progreso* de 13 de julio de 1898, y *El Porvenir* de 11 del mismo mes y año.

que las clases populares eran las que más habían sufrido con aquella guerra, y que no se podía exigir al pueblo mayores sacrificios de los que ya había realizado, porque “el honor de la nación, como el del individuo, consiste en batirse con bravura cuando es necesario, pero no abrirse una sangría suelta”.¹⁴⁵

El Porvenir, por su parte, publicaba un artículo en esos mismos días, firmado por Felipe Trigo y titulado “El honor nacional”, en el que bajo la forma de una conversación entre el periodista y un viejo médico de pueblo, expresaba opiniones similares a las de *El Progreso*. Contra el argumento de que había que seguir la guerra a toda costa para salvar el honor nacional ante las agresiones norteamericanas presentado por el viejo médico, respondía el periodista que no se podía enviar a los soldados, al pueblo, a una matanza segura, con el único fin de salvar ese “honor”. Y terminaba señalando para apoyar sus afirmaciones, que ya no se trataba de morir por la patria, sino de “vivir para la patria”, olvidando ese significado caduco de honor vigente hasta entonces en España, que se basaba exclusivamente en la “bravuconería”.¹⁴⁶

Y este debate se vio, además, agravado, por otro quizás más amargo: el relativo a las responsabilidades por todo lo sucedido. Este último significó un crudo cruce de ataques entre políticos, prensa, e incluso pueblo, que seguiría después de la liquidación. Ya en los días inmediatamente anteriores a la derrota de Cervera, habían comenzado a lanzarse serias acusaciones contra la prensa por parte de algunos políticos —y de algunos periódicos que no habían caído en el optimismo general—, por haber engañado al pueblo ocultándole el verdadero potencial bélico de los Estados Unidos; y ahora no hicieron sino recrudecerse. Según estas acusaciones, la mayoría de los diarios nacionales, y por supuesto los sevillanos, habían disfrazado la verdad. Y el públi-

145 *El Progreso*, 14 de julio de 1898

146 *El Porvenir*, 12 de julio de 1898.

co se había dejado seducir ingenuamente por sus apreciaciones triunfalistas, totalmente irreales, pidiendo una guerra que el país no estaba en condiciones de afrontar.

Pero, según afirmaban ellos, “el menosprecio del enemigo no es obra sugestiva de los periódicos ... Es fruto espontáneo de la pasión, nace de la antipatía, del despecho, del sentimiento de la ofensa, del odio”. La prensa sólo había ofrecido a la opinión pública lo que ésta quería oír. *El Porvenir* afirmaba en este sentido, que si bien era cierto que la prensa española, y antes la extranjera, había hablado sobre las deficiencias técnicas de las tripulaciones norteamericanas para batirse con “nuestro bravo ejército”, el menosprecio al enemigo no había surgido entre la población por la lectura de los periódicos, sino “del despecho, del sentimiento de la ofensa”. Y afirmaba, además, que si la prensa engañó al pueblo no lo hizo de mala fe, sino por haber sido a su vez engañada con anterioridad por el gobierno, que había hecho creer a ésta en la existencia de unos recursos bélicos inexistentes.¹⁴⁷ También *El Noticiero Sevillano* respondía a aquellas acusaciones; y lo hacía afirmando que no era la prensa la que había pedido la guerra, sino el pueblo; y que cuando esa misma guerra “que se solicitó a gritos en tumultuosas manifestaciones” resultaba adversa, se pretendía hacer recaer la culpa sobre la prensa, cuando, a su juicio, todo el país, en mayor o menor grado, era responsable.¹⁴⁸

Pero independientemente de que la prensa hubiera sido engañada o no por el gobierno, lo cierto es que con su actitud, extraordinariamente triunfalista, infundió en gran parte de la población la esperanza de una victoria, a todas luces, imposible; y que, quizás por ello, la impresión causada por el desastre fue mucho mayor que si hubiera existido una cierta preparación para la derrota. La sensación de impotencia era tal, que la prensa no

147 *Ibidem*, 5 de julio de 1898

148 *El Noticiero Sevillano*, 8 de julio de 1898.

sólo se revolvió indignada contra el gobierno, sino incluso contra el pueblo, al que acusaba de permanecer impasible ante el desastre.

Un sector de esa prensa se asombraba y lamentaba de que el pueblo no reaccionara levantándose contra un gobierno que lo había llevado al desastre; y, ante lo que consideraban incapacidad de reacción del pueblo, llegaban a pedir al gobierno que firmara la paz en las condiciones que fuera.¹⁴⁹ Para otros periódicos el problema no era la ausencia de reacción del pueblo, sino su falta de patriotismo; antes sólo habían lanzado este tipo de acusaciones contra las clases privilegiadas; pero, si bien era cierto que éstas “andan por esas playas de Dios de fiesta en fiesta...”, no es menos cierto que el pueblo soberano se disloca el cuerpo a puro bailotear en las verbenas o se entusiasma en la plaza de toros...” mientras la patria se hunde.¹⁵⁰

Y en medio de ese enrarecido ambiente de reproches y acusaciones mutuas, el gobierno, consciente de su impotencia ante el enemigo, buscaba secretamente la paz. Y, al mismo tiempo, iniciaba una campaña a través de los periódicos que le eran afines, intentando que la idea de esa paz fuera ganando adeptos entre la población. En este sentido, y aunque oficialmente no se reconociera lo inevitable de la derrota, el diario liberal le hacía el juego y afirmaba desde sus páginas que cuanto más durase la guerra “más desventajosa sería la paz”, si no se “improvisaban los medios que se necesitaban para una victoria”.¹⁵¹

Pero para convencer al pueblo no necesitaba muchos esfuerzos; en aquellos momentos, tras la pérdida de la escuadra

149 *El Baluarte*, 9 de julio de 1898.

150 *El Porvenir*, 24 de septiembre de 1898. Ver también sobre ello el artículo titulado “Pueblo Sensato” publicado en *El Progreso* de 19 de julio de 1898, así como el titulado “La Indiferencia española”, en *El Baluarte* de 5 de agosto del mismo año.

151 *El Progreso*, 3 de julio de 1898.

de Cervera en Santiago, para la mayor parte de la opinión pública sevillana lo más positivo era pensar ya en “Salvar los Restos”, como titulaba *El Noticiero Sevillano* uno de sus editoriales, y olvidarse de la hipotética gloria con que se soñaba poco antes.¹⁵² Por una parte, el descontento popular era evidente. La carestía y la escasez de alimentos ocasionadas por la guerra hacían que resultara imposible pedir más sacrificios a las clases populares, cuya situación era ya desastrosa.¹⁵³ Por otra, eran muchos los que creían que en aquellos momentos España todavía podía negociar sin excesivas desventajas.¹⁵⁴ Sin embargo este optimismo se mostró también infundado; las condiciones que exigirían los Estados Unidos serían draconianas; y, como se habían propuesto, al gobierno español no le quedaría más remedio que aceptarlas.

152 *El Noticiero Sevillano*, 11 y 17 de julio de 1898.

153 Ya el 10 de mayo, *El Noticiero Sevillano* se había hecho eco de varios motines producidos en el país por aquella causa. Ver también *El Progreso* de 14 y 16 de julio de 1898.

154 Artículo de *El Porvenir* de 19 de julio sobre las opiniones de Leroy-Beaulieu sobre el asunto.

CAPÍTULO IV

LA LUCHA POR LA PAZ

El difícil camino de la negociación

La paz, esa paz que, según se desprende de la lectura de los periódicos de aquellos días, deseaba la mayor parte del pueblo español, no resultaría nada sencilla, y se haría esperar aún casi un mes. Los Estados Unidos no estaban interesados en aquellos momentos en ella; o al menos no lo estaban antes de cumplir sus objetivos que, además, se habían hecho más amplios; ya no sólo aspiraban a anexionarse la isla de Cuba, sino también Puerto Rico y las Filipinas. No querían la paz sin la derrota total de España; para sentarse a la mesa de negociaciones con todas las cartas en su poder y poder imponer sus condiciones a España cuando se firmara la paz, necesitaban que la victoria en las Antillas fuera incontestable.

El caso español era el contrario; había prisa. La mayor parte de los analistas políticos consideraban que, incluso después de la pérdida de la segunda escuadra, y a pesar de no haber logrado victoria alguna sobre los Estados Unidos, la situación no era excesivamente desfavorable. España no había perdido ninguna de sus posesiones ultramarinas y mantenía un ejército poderoso en Cuba; y en esas condiciones, y pese a las derrotas navales de Cavite y de Santiago de Cuba, podía sentarse a discutir las condiciones de paz, si no con muchas, sí con ciertas garantías. Pero pasados tres o cuatro meses, sin recursos militares suficientes y sin posibilidad de obtenerlos por la penuria de la hacienda pública, la situación, a juicio de la mayor parte de los comentaristas, sería radicalmente diferente. España se vería entonces “forzada

a sucumbir a todas las exigencias de los Estados Unidos”, porque el tiempo jugaba claramente a favor de éstos.¹⁵⁵

El gobierno español parecía estar de acuerdo con esas afirmaciones de la prensa, especialmente en lo que se refería a los perjuicios que ocasionaría un mayor retraso. Consciente de su impotencia en el enfrentamiento bélico con los Estados Unidos, intentó comenzar las negociaciones para el cese de las hostilidades cuanto antes; de hecho, y como ya hemos visto, lo hizo ya antes de la pérdida de la flota en la bahía de Santiago. Pero, como hemos señalado ya también, estos intentos de negociación se hicieron, no obstante, de forma extraoficial y en el más absoluto secreto.

Por una parte el gobierno estaba convencido de que las exigencias de los Estados Unidos, que consideraban excesivas, podían ser rebajadas, sobre todo teniendo en cuenta que, hasta entonces, los norteamericanos sólo habían logrado una victoria importante, la de Cavite. Por otra, temía una desmesurada reacción de la prensa al conocer esas exigencias, y que esa reacción pudiera poner en peligro esa deseada rebaja en las pretensiones norteamericanas. Y, por un tiempo, consiguió que las negociaciones no trascendieran a la opinión pública. Pero tras el hundimiento de la escuadra en Santiago el secreto era ya imposible; las noticias sobre las exigencias estadounidenses comenzaron a aparecer en los periódicos, aunque lo hicieran en forma de simples rumores.

Y, además, si hasta entonces la prensa sevillana podía haber tenido alguna duda sobre las intenciones norteamericanas, en estos días se verían despejadas. A comienzos del mes de julio *El Porvenir* publicó unas declaraciones del propietario de *The New York Tribune* y ex embajador de los Estados Unidos en París, que dieron que pensar a los redactores de los periódicos españoles.

155 Artículo del director de *L'Economiste*, publicado por *El Porvenir* el 19 de julio de 1898.

En ellas afirmaba que los Estados Unidos llevaban tres cuartos de siglo planteándose el problema cubano dada la magnitud de sus intereses en el territorio; y que si España era incapaz de gobernar la isla de manera que la vida económica transcurriera con normalidad, debía ser gobernada por los propios cubanos; pero que si éstos tampoco eran capaces de lograr esa normalidad, serían los Estados Unidos los que deberían hacerse cargo del gobierno.

Según esas manifestaciones, a pesar de los desórdenes que continuamente se producían en la isla, sólo cuando la situación se había deteriorado hasta hacerse insostenible los Estados Unidos se habían decidido a intervenir; y lo habían hecho exclusivamente a causa de su “posición histórica”, y “porque lo reclamaban los intereses de la civilización y la humanidad”. Y, haciéndose eco de los proyectos de McKinley terminaba diciendo el diplomático que, aunque los Estados Unidos no pretendían en principio la anexión de Cuba, y a pesar de que en el momento de la declaración de guerra el Congreso había ratificado sus intenciones de que se abandonara el territorio después de su liberación, las cosas habían cambiado sustancialmente desde entonces. En este sentido, reconociendo públicamente por primera vez los verdaderos proyectos norteamericanos en las Antillas españolas, afirmaba que después de intervenir militarmente en la isla para dotarla de un gobierno mejor, los Estados Unidos se consideraban responsables ante el mundo del carácter de ese gobierno. De esta manera, si los insurrectos no conseguían formar un gobierno estable, continuaría la responsabilidad norteamericana sobre el territorio.¹⁵⁶

Y a los pocos días de la pérdida de la escuadra de Cervera, la prensa sevillana informaba a sus lectores de que, efectivamente, las condiciones impuestas por los Estados Unidos para

156 Estas declaraciones fueron publicadas traducidas al español en *El Porvenir* de 4 de julio de 1898.

llegar a la paz coincidían con lo expuesto por el diplomático norteamericano. Según los periódicos, la respuesta norteamericana al intermediario del gobierno español en esas negociaciones —el embajador francés en Estados Unidos— no ofrecía duda alguna sobre aquéllas: los Estados Unidos no aceptarían una paz sobre bases diferentes al abandono de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y las Marianas, además del pago, por parte de España, de una indemnización de guerra.

Con todo ello, es lógico pensar que la prensa sevillana no podía tener más dudas sobre los objetivos de McKinley, y que abriría definitivamente los ojos a la tremenda realidad de los comienzos del imperialismo norteamericano. Pero no fue así; en general pensaba, como el gobierno, que se trataba de una simple estrategia; y que esas exigencias disminuirían a la hora de sentarse en la mesa de negociaciones.¹⁵⁷ Pero no era así en este caso; el presidente norteamericano era consciente de su fuerza, y haciendo caso omiso de las tentativas del gobierno español para llegar al cese de la lucha, trató de demorar ese momento a su conveniencia, al tiempo que continuaba el ataque a Santiago de Cuba. La plaza se rindió oficialmente el 17 de julio y, con ello, las voces que pedían en la península una paz inmediata no hicieron sino incrementarse.

Sólo entonces, ante la presión de los medios de comunicación, el gobierno de Madrid reconoció públicamente que hacía tiempo que intentaba negociar la paz, pero que las autoridades norteamericanas escuchaban sus proposiciones con la más absoluta indiferencia. Y es entonces también cuando, por primera vez, la prensa parece tener claro el propósito del gobierno estadounidense; como muy certeramente apuntaba un comentarista político sevillano, la simple realidad era que los Estados Unidos

157 *El Porvenir*, 13 de julio de 1898.

no tenían motivo alguno para actuar precipitadamente en este asunto. Sus miras no estaban puestas sólo en Cuba, como en principio pensaban los españoles, sino también en Puerto Rico y las Filipinas. Y antes de llegar a la paz, tenían que asegurarse su dominio.¹⁵⁸

Las reacciones de la prensa a esta evidencia fueron amargas y duras. Los ataques a los norteamericanos desde sus páginas continuaron, aunque cambiando de signo. Ya no calificaban a los yanquis como un ejército de mercenarios que nunca podrían obtener la victoria, sino como un pueblo detestable que, por medio de un enfrentamiento bélico, buscaba, exclusivamente, el engrandecimiento colonial; y eso era algo que estaba en clara contradicción con los principios que habían hecho nacer aquel país. Con ello, a juicio de los comentaristas políticos, “la república se convertirá en imperio” que estará en guerra perpetua, porque a la invasión de Cuba seguirán irremediablemente otras. Y esas invasiones, “esos arranques y propósitos, a la corta o a la larga han de enrojecer las aguas del Atlántico y el Pacífico en guerras de extensión no soñadas nunca”.¹⁵⁹

Al iniciar la guerra contra España, los Estados Unidos, según la prensa sevillana, se habían desviado por completo de los altos principios de libertad y democracia que habían hecho surgir aquella nación, amenazando con ello no sólo a otros países, sino incluso a sus propios ciudadanos. Al intentar, decían las crónicas, convertirse en dueños del mundo, como antaño había pretendido Roma, les ocurriría lo que a ésta, que “perdió la libertad y la república cayó en poder de monstruos como Nerón y Calígula”.¹⁶⁰

158 Ibídem, 28 de julio de 1898.

159 Artículo de don Emilio Castelar publicado en *El Porvenir* de 16 de julio de 1898, y editorial del mismo periódico de 25 del mismo mes y año.

160 Artículo de Pi y Margall publicado en *El Baluarte* de 23 de agosto de 1898.

Y aunque las afirmaciones de la prensa sevillana —y de la española en general—, en el sentido de que la guerra hispano norteamericana era sólo el primer paso hacia una política expansionista de los Estados Unidos que llevaría al fin de la democracia en aquel país fueran un tanto exageradas, en cierto modo tenían razón. Como la historia ha demostrado posteriormente, aquella guerra fue, efectivamente, el inicio de la política imperialista norteamericana en el resto de América y en gran parte del mundo, con el fin de lograr mercados para su elevada producción y para la adquisición de materias primas en condiciones favorables. Y esto, aunque no haya conducido al país a una tiranía como la romana, tal y como vaticinaban algunos periódicos y políticos españoles, no ha dejado de plantearle problemas al gobierno de turno no sólo frente a otros países, sino frente a determinados sectores de la propia opinión pública norteamericana.

En este caso, desde luego, la maniobra parecía muy clara; incluso cuando, ya oficialmente, el embajador francés en Washington entregó a McKinley la propuesta de paz del gabinete de Madrid, la respuesta norteamericana se hizo esperar. De hecho, el presidente estadounidense se había dado oficialmente por enterado de la notificación del embajador francés cinco días antes; pero como, efectivamente, no tenía la misma prisa que España,¹⁶¹ y sus exigencias no habían variado en relación a las que la prensa había filtrado a comienzos de aquel mismo mes, demoró la respuesta.

A finales del mes de julio, ante las presiones que recibía para que negociara la paz, el jefe del gobierno español hizo públicas las maniobras dilatorias del ejecutivo estadounidense. Confirmó que, como ya habían avanzado algunos diarios, la petición de paz por parte de España se había hecho una semana

161 *El Porvenir*, 31 de julio de 1898.

antes sin que, hasta entonces, se hubiera recibido respuesta. Y, a juicio de la prensa, esa falta de contestación obedecía al deseo de los Estados Unidos de ocupar antes Puerto Rico y todas las Filipinas, para conservar sus posesiones en ellas al llegar el armisticio.¹⁶² Había que poner “la planta en Puerto Rico y alargar las horas, ya harto largas, de Manila, para que, hambrienta, se entregara al vencedor recién llegado”, con el fin de “cubrir el robo con cierto barniz de mentida legitimidad”. Ese, y no otro, era para ella el secreto de la parsimonia con que los norteamericanos se tomaban las negociaciones. Y los comentaristas españoles se dieron cuenta de ello y lo transmitieron a sus lectores.¹⁶³

El desencanto

Y cuando, por fin, los Estados Unidos se dignaron dar una respuesta a la nota española, lo hicieron en unos términos que a la mayor parte del país parecieron inadmisibles. Pedían el abandono inmediato de Cuba y Puerto Rico, el pago por parte de España de la deuda externa cubana, y la ocupación de Manila por los norteamericanos. Estas demandas fueron consideradas por todos los periódicos sevillanos —y por la opinión pública— como un verdadero disparate “contrario a todo fundamento de justicia y derecho”. La exigencia de que España abandonara Cuba ya les parecía mal; pero la de que pagara la deuda externa cubana, la pretensión de anexionarse Puerto Rico y, sobre todo, el hecho de que para llegar a la suspensión de las hostilidades los vencedores reclamaran la inmediata aceptación de todas las cláusulas que querían establecer en el tratado definitivo, reclamando incluso territorios que no habían sido ocupados por “los

162 *El Noticiero Sevillano*, 30 de julio de 1898.

163 *El Porvenir*, 31 de julio de 1898.

ejércitos invasores”, eran vistos con incredulidad por los diarios sevillanos.¹⁶⁴

El Noticiero Sevillano llegaba a titular un editorial “¿Europa para los norteamericanos?”. En él hacía un recuento de los intentos estadounidenses para comprar la isla Graciosa, en las Canarias, e informaba de los proyectos de aquel país de hacerse con una base de operaciones en el Mediterráneo, con el fin de controlar el Viejo Mundo. Y, dado que sus primeras tentativas para ocupar Cuba fueron también mediante la compra, se preguntaba si la actuación estadounidense en Europa no seguiría los mismos pasos que en el Caribe.¹⁶⁵

Pero aunque para la mayoría del país la actitud de los Estados Unidos resultara incomprensible, y a pesar de los comentarios amargos al respecto, la urgencia por llegar al armisticio parecía estar presente en la mente de todos.¹⁶⁶ Nadie se ocupaba de la guerra si no era para hablar de paz, y el país parecía resignado a sufrir “todos los despojos que se dignen imponer los yankees”.¹⁶⁷ Después de los primeros gestos de protesta, todos los periódicos comprendieron que, efectivamente, por muy inusual y, en teoría, inadmisible que esto fuera, la postura de los norteamericanos era inamovible. Eran por completo conscientes de que no había otro remedio que aceptar sus imposiciones, inclinarse ante la realidad de que el país no tenía medios para hacer frente por las armas a estas pretensiones, y guardar las protestas que no conducían a ninguna parte. Además, si el pueblo había pedido la paz, había que ir a ella con todas sus consecuencias. Y a pesar de las críticas por lo duro de las demandas

164 *El Noticiero Sevillano*, 4 de agosto de 1898 y *El Porvenir*, 2 y 5 del mismo mes y año.

165 *El Porvenir*, 7 de agosto de 1898

166 *Ibíd.*, 2 de agosto de 1898.

167 *El Baluarte*, 5 de agosto de 1898.

norteamericanas, desde los primeros días de agosto se esperaba con ansiedad el cese de las hostilidades.

El Noticiero Sevillano, por ejemplo, consideraba la paz como una cuestión inaplazable —aunque esta paz significara la liquidación colonial—, por falta de medios para obtener una victoria militar. *El Progreso* por su parte afirmaba, que una vez derrotada España, y por muchas protestas que se hicieran al respecto, no conseguiría mantener por vía diplomática lo que no podía sostener por las armas. El país en general aprobaba y “necesitaba” la paz. Y el “regatear un puerto ahora más o menos de las Filipinas”, poniendo de nuevo en peligro esa paz, resultaría, a su juicio, insensato.¹⁶⁸

Del mismo parecer debió ser también el gobierno español; después de intentar alguna mejora en las condiciones impuestas por los Estados Unidos para llegar al armisticio, y ante la inflexibilidad de aquéllos, se vio obligado a aceptar sus demandas para iniciar las conversaciones de paz.

Por fin, el 12 de agosto el embajador francés en los Estados Unidos, en nombre de España, firmaba en Washington el protocolo en el que quedaban establecidos los preliminares para la paz; y lo hizo en los términos en que lo había exigido el presidente norteamericano, y que, tal y como venía anunciando la prensa, consagraban la pura y simple aceptación por parte del gobierno español de las pretensiones territoriales y económicas estadounidenses.

Se iniciaba con ello el armisticio; pero el precio pagado por España a cambio de esta suspensión de las hostilidades, como ya se suponía, fue muy alto. En virtud de esta firma España renunciaba a todos sus derechos de soberanía en Cuba y el resto de las islas de las Indias Occidentales; cedía a los Estados Unidos

168 *El Noticiero Sevillano*, 6 y 7 de agosto de 1898 y *El Progreso*, 31 de julio y 13 de agosto del mismo año.

Puerto Rico y otras islas del Caribe, así como una isla en el archipiélago de las Marianas o “Ladrones”. En Filipinas, además, los Estados Unidos ocuparían Manila hasta que en el tratado definitivo de paz se resolviera el futuro del archipiélago, mientras que el abandono de las Antillas por parte de España sería inmediato. El protocolo establecía también que ambos países nombrarían representantes, que debían reunirse en París antes del uno de octubre de aquel año, para negociar el tratado; y, por último, que se suspenderían de inmediato las hostilidades.¹⁶⁹

Las quejas y lamentaciones por el precio del armisticio no se hicieron esperar. *El Porvenir* destacaba que si bien la suspensión de las hostilidades era un hecho, “¡...a qué precio la compramos!”.¹⁷⁰ Y, además, afirmaba que si a los Estados Unidos se les reconocía el derecho a anexionarse Cuba, Puerto Rico, e incluso las Filipinas, lo tendrían también, en virtud de la misma doctrina jurídica, a anexionarse el resto de América; consciente ya de que la guerra con España no era sino el primer acto de la política exterior imperialista inaugurada por el presidente McKinley, afirmaba este diario que esta intervención “conducirá a otras intervenciones”.¹⁷¹

Ante la política de hechos consumados de los Estados Unidos, prácticamente todos reconocían como inevitable la pérdida de Cuba y Puerto Rico; pero no entendían muy bien el entreguismo en las Filipinas, donde los norteamericanos no dominaban territorio alguno pese a su victoria naval.¹⁷² Las críticas a la pasividad del gobierno fueron casi unánimes, mientras

169 Ver sobre ello Rodríguez Martín, J.: *Los Desastres y...*, pág. 131, y Forner, Ph. S.: *La guerra...*, Vol. II, pág. 44. Ver también *El Porvenir* de 14 de agosto de 1898.

170 *El Porvenir*, 18 de agosto de 1898.

171 *Ibíd.*, 29 de agosto de 1995.

172 Ver sobre ello los comentarios aparecidos en *El Porvenir* de 20 y 21 de agosto de 1898.

en las páginas de algunos periódicos se afirmaba que era preferible la guerra a esa paz vergonzosa.¹⁷³

Hasta los partidarios acérrimos de la paz se mostrarán reacios a aceptar lo que consideraban una rendición indigna. En este sentido, *El Baluarte* incitaba al pueblo a hacer algo frente a la falta de firmeza del gobierno, que había conducido a lo que este diario consideraba una paz vergonzosa; cediendo a las “absurdas” pretensiones de los norteamericanos sobre el abandono de Cuba, e incluso sobre la exigencia a España de una indemnización de guerra, no se hacía sino doblegarse, sin más, a las demandas norteamericanas.¹⁷⁴ Sin embargo, y como afirmaba uno de los más serios enemigos del gobierno, Pi y Margall, la guerra no podía continuar; por una parte la nación no tenía recursos para seguir adelante con ella; y, por otra, si se continuaba luchando, las condiciones de paz podrían ser todavía más duras.¹⁷⁵

El problema de las Filipinas

El contenido de este protocolo no sólo levantó nuevos recelos entre la opinión pública española, sino también en círculos políticos internacionales. La anexión de Cuba y Puerto Rico por los Estados Unidos podía ser considerada como una tremenda injusticia, y como contraria al derecho internacional. Pero, en definitiva, era un hecho de fuerza irremediable basado en la conquista militar. Sin embargo la cuestión de las Filipinas, aunque no se discutía en el protocolo sobre su soberanía, resultaba más problemática. Hasta dónde podían llegar las exigencias norteamericanas en aquella parte del mundo cuando se discutiera el

173 *El Porvenir*, 2 de septiembre de 1898.

174 *El Baluarte*, 25 de junio y 16 de julio de 1898.

175 *Ibíd.*, 24 de agosto de 1898.

asunto en las conversaciones de París, era un enigma, incluso, para las potencias europeas.

Pronto se confirmó que realmente existían motivos para esa inquietud; el ataque norteamericano a Manila se prolongó una vez firmado el protocolo. El gobierno norteamericano afirmó que había comunicado inmediatamente la firma del armisticio tanto al almirante Dewey como al jefe del ejército de tierra, Merrit, para que pusieran fin al asedio de la ciudad. Pero, de hecho, la rendición de la capital del archipiélago filipino se produjo cuando ya, oficialmente, se habían depuesto las armas. Y esto no hizo, como es lógico, sino avivar las sospechas sobre las verdaderas intenciones del gobierno norteamericano.

A *El Porvenir*, por ejemplo, le parecía inconcebible que si el gobierno de los Estados Unidos había comunicado de inmediato la nueva situación a los jefes de su ejército en Oceanía, tal y como afirmaba, se hubiera podido llegar a la ocupación por parte norteamericana de la capital de la isla de Luzón. Sin acusar directamente a nadie, ni al gobierno norteamericano ni a sus oficiales en Filipinas, se preguntaba sin embargo en sus páginas, que “si el cable se halla, como se halla, en poder de Dewey, y el aparato funciona, que sí funciona, ¿qué nueva infausta complicación ha combinado la suerte para llegar a la rendición de la ciudad?”. La respuesta, a su juicio, era clara: de no mediar aquella rendición, la soberanía de España en el archipiélago no podía estar en discusión a pesar de lo acordado en el protocolo. Pero la caída de Manila venía a cambiar el aspecto de la paz; al haber conseguido los Estados Unidos por las armas lo que, partiendo de las bases establecidas en el protocolo, pretendían obtener a través de las negociaciones, sus exigencias en la zona podrían ser mayores.¹⁷⁶

176 *El Porvenir*, 17, 18 y 20 de agosto de 1898.

En España se llegó a rumorear que Dewey, sabiendo por su gobierno que el protocolo había sido firmado, y conociendo la desesperada situación en que se encontraba Manila, mantuvo en secreto la noticia para sacar el mejor resultado posible de la guerra. Y se decía, también, que inmediatamente después de conocer el acuerdo envió varios buques de su escuadra a los principales puertos del archipiélago, con el fin de intimidar a los españoles a la rendición antes de que conocieran la firma del armisticio. Y a pesar de las disculpas ofrecidas al respecto por Dewey y Merrit, que afirmaban desconocer la existencia del armisticio antes de la toma de Manila, la opinión pública se mantenía incrédula.

Y lo hacía, sobre todo, porque pronto llegaron a su conocimiento una serie de inquietantes rumores recogidos en aquellos días por los propios periódicos norteamericanos; según éstos, el presidente McKinley, contando con la importante baza de la rendición de Manila, exigiría en París la anexión de toda la isla. El gabinete de Madrid afirmaba que semejante rendición debía ser considerada nula, y así lo hizo saber al de los Estados Unidos; pero sus reclamaciones fueron desoídas. De hecho, los norteamericanos no sólo permanecieron en la capital del archipiélago mientras sus ministros hablaban, públicamente, sobre la indiscutibles anexión de la isla de Luzón por parte de su país, sino que reclamaban que los Estados Unidos tuvieran en el resto del archipiélago las mismas consideraciones que los españoles.¹⁷⁷

Todo parecía responder a un plan preconcebido; y el impacto que esto produjo en la opinión pública andaluza fue ya definitivo. Hubo, por supuesto, quien guardó la esperanza de que aún se mantuviera la soberanía española sobre el archipiélago; para mantener esa esperanza apelaban al texto del artículo tercero del protocolo, en el que sólo se hablaba de la ocupación tem-

177 *Ibidem*, 18, 20 y 24 de agosto de 1898. Noticias y rumores recogidos en esos días por el periódico de la prensa extranjera.

poral de Manila. Todavía optimistas, los que pensaban así proponían la cesión, venta, o permuta de las Filipinas a los Estados Unidos, o a quien fuera, como único medio de obtener alguna compensación por la pérdida de las colonias antillanas.

A juicio de este sector de la opinión pública, el problema radicaba en tomar una decisión; en saber, de una vez por todas, qué se quería hacer. Y, en función de ello, optar por una de las dos únicas alternativas posibles. La primera de ellas sería mantener las Filipinas, o una parte de ellas, y permanecer en las Visayas y en Mindanao, conscientes de que había que enfrentarse a una rebelión en auge con una soberanía diezmada. La segunda, liquidar, de una vez por todas, las colonias que no se podían mantener bajo un dominio efectivo, logrando con ello algún beneficio económico. Una vez decidido definitivamente este punto, había que dar instrucciones precisas a los comisionados de París. Frente a los diplomáticos norteamericanos, perfectamente instruidos sobre lo que su gobierno quería, los españoles debían formar un bloque compacto, sin dudas ni vacilaciones sobre lo que el pueblo realmente deseaba y sobre lo que el gabinete de Madrid estaba dispuesto a consentir, luchando, así, por obtener las mayores ventajas posibles de la negociación.¹⁷⁸

Pero la opinión general era bastante más pesimista. *El Noticiero Sevillano* dejaba constancia en sus páginas, de la mala fe con que actuaba al respecto el gobierno de los Estados Unidos; el hecho de que a pesar de la firma del armisticio acabara de enviar a Manila tres nuevos buques con tropas de refuerzo, no era sino una prueba más de esa mala fe. Y señalaba que, en virtud de ello, España iba a las reuniones de París “atada de pies y manos”. *El Baluarte*, a su vez, afirmaba que las reuniones

178 *El Porvenir*, en sus editoriales de 21 y 30 de agosto y 29 de septiembre de 1898, plantea repetidamente esta cuestión ante lo que considera indecisión del gobierno español ante el futuro colonial.

que se estaban celebrando para estudiar las instrucciones que debían darse a los comisionados españoles resultaban ridículas y absurdas. Llevaran éstos las órdenes que llevaran, por excesivas que fueran las pretensiones norteamericanas, y por muy injusto que resultara el despojo, nunca podrían oponerse a aquéllas. A su juicio, las conversaciones de París serían sólo una farsa; no se trataba de una cuestión por resolver, ya que todo estaba decidido desde mucho antes por el presidente de los Estados Unidos.¹⁷⁹

Por último *El Porvenir*, que días antes patrocinaba que los comisionados debían ser instruidos en el sentido de sacar las mayores ventajas económicas posibles del despojo, acabó también afirmando que, ante la imposibilidad de continuar la lucha, había que pasar por todo lo que los norteamericanos quisieran, incluso por la pérdida de la Filipinas, “si no de grado, por la fuerza”. Consideraba el periódico que la situación no tenía vuelta atrás, porque no la tenía la política exterior norteamericana. Según sus comentarios, el gobierno estadounidense no podía satisfacer las demandas de los grupos que detentaban en aquel país el poder económico, si no era procurando la apertura de nuevos mercados privilegiados; en palabras del comentarista de este diario, necesitaba ampliar por anexionaciones sucesivas el mercado interno, “en el que los productos yankees estén protegidos contra toda competencia extraña”.¹⁸⁰

La sensación de impotencia era tal, que, ante la falta de medios efectivos para mantener sometidos a los indígenas, este periódico llegó a hablar de la conveniencia de que España abandonara todas sus colonias en Oceanía, aunque no le fuera exigido así por sus vencedores. Para los que pensaban como él no había por qué preocuparse por la marcha de las negociaciones, ya que todo estaba decidido desde que se firmó el protocolo.

179 *El Noticiero Sevillano*, 19 de septiembre de 1898 y *El Baluarte*, 23 del mismo y año.

180 *El Porvenir*, 1 y 10 de octubre de 1898.

Como escribía el citado diario, “desde ese día España no tiene otro recurso que resignarse, y contestar a toda exigencia con esta frase de cortesía: estoy a disposición de usted... Si nos dejan algo más que la camisa, no será ciertamente por temor a la pobre España, ni por advertencias del emperador tal o cual, ni del gobierno zeta, sino porque así le convenga al señor de McKinley, hoy en disposición de tomar lo que se le antoje... Hoy no podemos regatear. Y, en último término, ¿para qué el regateo? ¿Para conservar jirones de colonias constantemente amenazadas por vecinos temibles, poco escrupulosos y ya experimentados en lo de provocar insurrecciones coloniales? Para esto más vale liquidar de una vez...”¹⁸¹

La prensa ante las conversaciones de París.

En medio de este ambiente antinorteamericano y antigubernamental, se iniciaron en la capital francesa las conversaciones de paz sin las más mínimas esperanzas para España. Como hemos visto, eran muchos los que se preguntaban hasta unos días antes qué sentido tenía dar tantas vueltas como se estaba dando a las instrucciones que se iban a entregar a los comisionados de paz. Al carecer éstos del más mínimo margen de maniobra, no podían sino aceptar todas y cada una de las exigencias norteamericanas.¹⁸²

Y las primeras sesiones no hicieron sino confirmar la idea que la prensa ya había lanzado sobre lo que iba a ocurrir en ellas: que España debería pasar por las “horcas caudinas”,¹⁸³ y aceptar todo lo que los comisionados norteamericanos quisieran. No

181 Ibídem, 4 y 12 de octubre de 1898.

182 *El Baluarte*, 23 de septiembre de 1898.

183 “Las Horcas caudinas” era el título del editorial publicado por *El Baluarte* el 4 de noviembre de 1898. Ver también *El Noticiero Sevillano* del mismo día.

hubo discusiones, sino simple “acatamiento” de los requerimientos estadounidenses.¹⁸⁴ Los Estados Unidos tenían la fuerza y España “se hallaba indefensa y económicamente arruinada”.¹⁸⁵

Algunos se rebelaban contra lo que consideraban inaceptable, aunque esa rebeldía tomaba formas diferentes. El 5 de noviembre *El Porvenir* reproducía un artículo sin firma aparecido en *El Correo Español*, en el que se proponía la ruptura de las negociaciones y la reanudación de la lucha antes que someterse a tal indignidad;¹⁸⁶ otros proponían abandonar las conversaciones —aunque sin volver a la lucha— y que los norteamericanos se apoderaran sin más de todo; eso sí, sin la firma de España, que implicaría una clara humillación.¹⁸⁷ Pero, fuera cual fuera su posición sobre esta cuestión, unos y otros hablaban de “despojo” y “liquidación infame”.¹⁸⁸

A pesar del sentimiento de impotencia que llevaba a la mayor parte de la prensa a pedir la despreocupación por lo que sucediera en París, resulta evidente que la indignación por las exigencias norteamericanas era general. Aunque existía la seguridad de que no se podía hacer nada, a medida que se iban conociendo de manera oficial las demandas de los Estados Unidos las protestas se hacían más airadas. Sólo por los títulos de los editoriales que aparecían en aquellos días en los periódicos sevillanos —“Sería el colmo”, “Las horcas caudinas” o “El despojo” por ejemplo—, podemos formarnos una idea de los sentimientos de la opinión pública al respecto.

Y estos sentimientos eran, en cierto modo, contradictorios. Por una parte, la opinión pública era consciente de la inutilidad

184 Palacio Atard, V.: *La España del.....*, pág. 568.

185 Forner, Ph. S.: *La Guerra Hispano.....*, Vol. II, págs. 85-86.

186 *El Porvenir*, 5 de noviembre de 1898.

187 *El Baluarte*, 23 de noviembre de 1898.

188 *El Progreso* de 6 de noviembre de 1898, y *El Noticiero Sevillano* de 13 del mismo mes y año.

de que los comisionados españoles se opusieran a las demandas norteamericanas en París, ya que “quien no tiene escuadras, ni dinero, ni estadistas, ni partidos, ni poderes públicos ... no puede ni debe correr aventuras”. Pero, al mismo tiempo, se asombraba ante la magnitud de las exigencias yanquis; se protestaba contra la reclamación de los Estados Unidos de que España se hiciera cargo de la deuda externa cubana, y contra la política expansionista que iniciaba aquel país. Y se protestaba, sobre todo, contra la exigencia concreta de que España abandonara el archipiélago filipino a cambio de una indemnización que más que indemnización podría parecer “limosna”, lo que vendría a añadir al robo el insulto.¹⁸⁹

Hubo, por supuesto, aunque no entre la prensa sevillana, quien se mostró partidario de “arrojar hecho pedazos al rostro de McKinley el afrentoso Protocolo”, aprovechar “el movimiento de odio iniciado contra la absorción sajona” en el resto de América, y especialmente en México, y lanzar un ejército conjunto contra las costas norteamericanas.¹⁹⁰ Pero la mayoría del país, y de la prensa, sabía que esto no era posible.

La opinión pública estaba, además, dispuesta a todo, menos a volver a la guerra. Y para evitarla consideraba necesario concluir las negociaciones cuanto antes, “por triste y doloroso que sea”, ya que lo único que lograban las dilaciones que se estaban produciendo en las conversaciones de paz era exasperar aún más los ánimos de la población. Dado que los Estados Unidos no estaban dispuestos a modificar sus desorbitadas pretensiones, por nada ni nadie, era absurdo continuar con aquella farsa. Lo que sucedería al final lo sabían todos. Sabían también que la

189 *El Noticiero Sevillano*, 19 de octubre y 4 de noviembre de 1898. *El Porvenir* y *El Baluarte* de 4 de noviembre del mismo año y *El Progreso*, 6 de noviembre de 1898.

190 Artículo publicado por el diputado Vázquez de Mella en *El Correo Español*, y recogido por *El Porvenir* el 15 de noviembre de 1898.

única cuestión pendiente era si el despojo de las Filipinas tendría lugar, simplemente, en forma de una cesión por parte de España a los Estados Unidos, como la de Puerto Rico, o si tendría “España que sufrir con el dolor de la pérdida material, el bochorno por el ultraje de un repartimiento entre los poderosos, castigo de las naciones anémicas y envilecidas”. Pero, fuere lo que fuere, todos deseaban que “venga de una vez el desenlace y acabemos”.¹⁹¹

Sin embargo la opinión de la mayoría de la población española, deseosa de acabar con aquel asunto, e incluso de liquidar los restos del viejo imperio colonial, no afectaba para nada a los negociadores estadounidenses; y las conversaciones parecían demorarse indefinidamente. A juicio de los periodistas sevillanos los norteamericanos, que al iniciarse las negociaciones parecían tener bastante prisa por finalizarlas, comenzaron después a tomarse el asunto con bastante calma, poniendo objeciones absurdas a cada paso que pretendían dar los representantes de Madrid. Desvanecida en los Estados Unidos cualquier inquietud sobre una posible intervención de las potencias europeas en Oceanía, una vez conocida la opinión de aquéllas al respecto, y en especial la de Inglaterra, con cuyo apoyo sabía McKinley que podía contar, no tenían motivos para preocuparse. La víctima estaba “sujeta con buenos grilletes”; y cada día que pasaba, los intereses de la deuda cubana se acumulaban al capital “rindiendo nuevo interés”.¹⁹²

En realidad, en esas negociaciones sólo quedaban dos cuestiones por resolver. La cesión de Cuba y Puerto Rico era ya inevitable desde la firma del protocolo; restaban, solamente, las cuestiones de la deuda cubana y del futuro de Filipinas. Respecto a ellas, la delegación norteamericana afirmaba, por una

191 *El Noticiero Sevillano*, 13 de noviembre de 1898 y *El Porvenir*, 16 y 18 del mismo año.

192 *El Porvenir*, 21 de noviembre de 1898.

parte, que el asunto de la deuda ni siquiera podía discutirse, al menos por lo que se refería al tiempo que durara la ocupación; y, por otra, que la base tercera del protocolo de Washington concedía a los Estados Unidos el derecho a ocupar las Filipinas indefinidamente.

Frente a esa postura no servían de nada los razonamientos de los comisionados españoles; éstos afirmaban que en dicho protocolo no se había establecido la anexión de las Filipinas a los Estados Unidos, sino sólo que en las conversaciones de paz se discutiría el futuro del archipiélago; y que, mientras tanto, los Estados Unidos ocuparían “temporalmente” Manila. Pero los norteamericanos se negaban a negociar nada que no fuera el abandono de aquellas islas por parte de España; y no estaban dispuestos, siquiera, a someterse a un arbitraje internacional sobre quién tenía el derecho de soberanía en las Filipinas. Teniendo en cuenta que, además, tenían ocupada militarmente la capital y única ciudad importante del archipiélago, estaba claro para todos que triunfaría “la fuerza bruta de los yankees”.¹⁹³

La mayor parte de la población pensaba que si España no cedía las Filipinas por las buenas, las perdería de todos modos por la acción militar de los Estados Unidos; pero perdiendo, al mismo tiempo, la indemnización que en aquellos momentos se le ofrecía a cambio. Y que lo que se conseguiría demorando la firma del tratado era perder la única ventaja que hasta entonces se había logrado en las conversaciones, la indemnización económica. Por tanto, urgía concluir el tratado y firmarlo cuanto antes; los puntos de menor interés que no hubieran sido resueltos en la conferencia, podían ser tratados después, directamente, entre ambos gobiernos.¹⁹⁴

Otros, menos pendientes de la cuestión económica, opinaban que no había que discutir siquiera con los norteamericanos,

193 *El Noticiero Sevillano*, 21 y 24 de noviembre de 1898.

194 *Ibíd.*, 27 de noviembre de 1898.

sino asentir a todas sus propuestas sin más demora. Había que acceder, incluso, a pagar la deuda cubana lo más pronto posible; y “sin regatear ochavos, que no se deben regatear cuando pródigos de sangre y de dinero hemos perdido la flor de la juventud española, todas nuestras colonias, tres mil millones, y todo nuestro prestigio”.¹⁹⁵

Un último grupo pensaba que, aunque se perdiera esa posible indemnización por las Filipinas y hubiera que pagar toda la deuda cubana, había que terminar ya con aquella mascarada. Que los Estados Unidos se lo llevaran todo; pero eso sí, “sin una firma humillante”. Que los Estados Unidos hicieran su voluntad y que España se olvidara de sus antiguas colonias; pero que el documento final no llevara la firma de los comisionados españoles; era, a juicio de este sector, el único medio de protesta que quedaba al país frente a “la connivencia internacional ante el injusto despojo de que estaba siendo objeto”.¹⁹⁶

En definitiva, todos pedían lo mismo aunque lo hicieran con distintos matices: la liquidación del problema colonial y de las disputas con los Estados Unidos. Y por fin, respondiendo a los deseos de la población española, el 10 de diciembre se llevó a cabo la última sesión de las conferencias de paz. Ese día, el presidente de la comisión española, Montero Ríos, comunicó a los norteamericanos que se preparara ya el documento, que él lo firmaría sin más discusiones. Puesto que en los días anteriores no se había prestado ninguna atención a sus proposiciones, era absurdo continuar con aquella representación. Pero, al mismo tiempo, les entregó una nota de protesta en la que se calificaban como un despojo las condiciones impuestas por los Estados Unidos; y se hacía constar, también, el descontento del gobierno y de la delegación española por la negativa de los negociadores estadounidenses a que se practicara una información imparcial

195 *El Porvenir*, 21 de noviembre de 1898.

196 *El Progreso*, 26 de noviembre de 1898.

sobre la voladura del “Maine”. Este punto parecía tener especial importancia para la delegación española; el presidente McKinley había afirmado en su mensaje anual a las Cámaras que la explosión del buque se había debido a una mina exterior, y el gobierno de Madrid pretendía, al menos, salvar “el honor” en este asunto. Pero no lo consiguieron.¹⁹⁷

Esta protesta fue elogiada de manera unánime por la prensa española, que vio en ella el último intento de los representantes españoles para salvar “la dignidad nacional” que no había podido mantenerse por la fuerza de las armas; y que, por otra parte, y como ya se ha dicho, consideraba desde hacía tiempo que la única salida al problema era la firma inmediata del tratado, fuera lo que fuera lo que se firmara. Terminadas de este modo las discusiones, al día siguiente se procedió a la firma del tratado definitivo. Por él, España renunciaba a la soberanía y la propiedad de las islas de Cuba, Puerto Rico, las pequeñas Antillas, las Filipinas y la de Wang, que serían ocupadas por los norteamericanos.

Una de las dos cuestiones más espinosas de las tratadas en las conversaciones, la de la deuda cubana, se saldó a favor de España, a pesar de todos los rumores que se propagaron antes de la firma al respecto. Por el mismo artículo del documento se establecía que, mientras durara la ocupación norteamericana en Cuba, los Estados Unidos serían los responsables de las obligaciones internacionales del territorio. La otra, en cambio, resultó favorable a Norteamérica, que obtuvo el derecho a la ocupación de todo el archipiélago filipino a cambio de una indemnización de 20 millones de dólares, que recibiría España por las obras realizadas allí.¹⁹⁸

197 *El Porvenir*, 7 y 10 de diciembre de 1898.

198 Forner, Ph. S.: *La guerra ...*, Vol. II, pág. 91, y Rodríguez Martínez, J.: *Los desastres y la...*, págs. 133-137.

Sin embargo, y a pesar de la relativa satisfacción de los comisionados españoles por el hecho de que los norteamericanos —algo que no se esperaba— se hicieran cargo de la deuda de Cuba, y concedieran una indemnización por las Filipinas, el tratado, como es lógico, no gustó en la península. En realidad los Estados Unidos habían logrado todo lo que se habían propuesto: su expansión. Sus reclamaciones económicas sobre la deuda cubana eran, probablemente, sólo un pretexto para endurecer las negociaciones, de manera que al final pudieran hacer creer a los españoles que cedían algo en sus primitivas exigencias.

Pero aunque esto fuera así, lo cierto es que para la mayor parte de los españoles todo era preferible a continuar con aquella guerra, que diezmaba la población y los recursos económicos del país. La opinión pública aceptó de buen grado el tratado —aunque resultara un final trágico para el antiguo imperio—, en cuanto que representaba el fin del problema. La mayor parte de la prensa continuó, durante bastante tiempo, hablando de la cuestión de la liquidación, y pidiendo responsabilidades a los partidos políticos tradicionales por el desastre. Hubo incluso quien, como los republicanos, se sorprendió de que como consecuencia de ello no se produjera una revolución popular. Pero ya no trataban el problema de la guerra y su pérdida, ni se dedicaban, como antes, a llamar ladrones y bandidos a los norteamericanos. A partir de entonces el objetivo a atacar por la prensa ya no serán los Estados Unidos, sino el gobierno español y la clase política en general, incapaz, para la mayoría de los periódicos, de lograr esa regeneración del país que todos deseaban tras el desastre colonial.

Y, al igual que los periódicos, también la población quiso olvidarse de la guerra con los Estados Unidos. No deja de ser curioso que pese a las numerosas canciones populares sobre la guerra de Cuba y de las Filipinas que han llegado hasta nuestros días, en ninguna de ellas se refleje el enfrentamiento hispano

norteamericano que, en definitiva, fue lo que llevó al desenlace de la cuestión colonial. Pero es que al pueblo llano le importaba menos “la humillación” nacional que hubiera podido sufrirse ante los Estados Unidos, que la sangría económica y humana que había representado para él la larga guerra colonial. Lo único que quería ese pueblo era que lo dejaran en paz. España ya había sido “vencida y ultrajada” por los Estados Unidos. El asunto no tenía solución alguna; no era cuestión de morir por un mal entendido orgullo, y sólo quedaba por tanto “abrir las Cortes para aprobar la paz” y continuar la vida normal, sin colonias y pobres, pero en paz.¹⁹⁹

199 *El Noticiero Sevillano*, 11 de diciembre de 1898.

Capítulo V

LA VISIÓN SATÍRICA DEL PROCESO²⁰⁰

200 Este capítulo fue publicado como artículo en *Andalucía y América*, n.º V, T. I, págs. 507-540, con el título “La crisis del 98 y la sátira en la prensa de Sevilla”. Aunque en esta ocasión se han realizado algunas correcciones, la única variación importante respecto al artículo original es la reducción de la introducción que acompañaba a aquél, ya que, en su mayor parte, queda explicada en la que inicia este volumen.

Una vez examinadas en los capítulos precedentes las opiniones y reacciones de la prensa sevillana en relación a los sucesos que desembocaron en la crisis definitiva del imperio español, no sólo no podemos dejar de hacer mención a la sátira periodística sobre aquellos sucesos, sino que el asunto merece, incluso, un apartado especial. De todos los periódicos utilizados para este estudio fue, a mi juicio, *El Baluarte*, el más cercano a los sentimientos populares, aunque sólo fuera por su oposición frontal al gobierno. Y lo fue, especialmente, en un tipo de artículos que no aparecen en los otros periódicos, los satíricos, a los que está dedicado el último capítulo de este libro.

Con el nombre de “Murmuraciones” este periódico publicaba diariamente una sección, firmada con el seudónimo de Carrasquilla, en la que humorísticamente se reflejaban todos los aspectos de la vida nacional; y de ella no podía quedar al margen el problema cubano; a menudo aparecen en esa sección poemas satíricos sobre la cuestión colonial y su desenlace, que pueden considerarse, a mi juicio, verdaderos editoriales. Se trata en ellos tanto la guerra contra los cubanos como la intervención norteamericana en el conflicto, la actuación de los gobiernos españoles ante la problemática, o lo que el autor considera causa de todos los desastres, la situación del país, la injusticia social y el egoísmo de las clases dirigentes.

Y es precisamente en esa sección, donde puede observarse el mayor acercamiento entre las ideas de la prensa y el sentir popular, al menos si tenemos en cuenta las coincidencias entre

los problemas tratados en ella y los que, a través del folklore, han llegado hasta nosotros. En ella nos habla Carrasquilla de las facetas más diversas de la cuestión, desde el papel jugado por la iglesia en los conflictos coloniales, a la actuación de los políticos; siempre ironizando pero, al mismo tiempo, reflejando ese pesimismo que algo más tarde caracterizaría otras manifestaciones culturales, tan expresivamente representadas en el campo de la literatura por la llamada Generación del 98.

Carrasquilla y los políticos

No es hasta el momento de la intervención norteamericana en el conflicto cuando esta sección de “murmuraciones” comienza a dedicarse intensamente a la guerra; pero desde entonces, su crítica será feroz. Como ya hemos visto, la versión de la guerra de Cuba que en principio se ofreció a la población hizo que ésta sólo tuviera una visión parcial de lo que estaba ocurriendo en la isla. En nombre de un supuesto “patriotismo”, sólo se informaba en España de las victorias que se obtenían sobre los rebeldes y de la inminente finalización del conflicto armado; y los Estados Unidos eran descritos en los momentos en que amenazaban con su intervención, como un pueblo bárbaro, incivilizado, e incapaz de vencer a los españoles en el caso de que llegaran a atreverse a entrar en la guerra.

Y esta desinformación y deformación de la realidad, fue uno de los primeros puntos en que ese columnista satírico que fue Carrasquilla atacó la labor del gobierno en su política colonial. Nada más declararse la guerra entre los Estados Unidos y España, el periodista comentaba irónicamente no sólo esa falta de información, sino también las falsedades que se estaban contando a los españoles. Señalaba, burlonamente, el comentarista en su sección que, evidentemente, “decirle a nuestro pueblo que va a batirse con un pueblo poderoso y rico, con grandes medios

de defensa, con grandes sumas de dinero, sería un crimen”. En vista de ello, lo lógico era no explicarles claramente la situación de inferioridad militar española respecto a los Estados Unidos, y repetir hasta la saciedad que el valor, el heroísmo y, por tanto, la posibilidad de victoria era para los españoles, mientras que los norteamericanos, que sólo contaban con un ejército de mercenarios sin ideales, nunca podrían vencer.²⁰¹

Y, por supuesto, no era este aspecto el único que Carrasquilla atacaba del gobierno. Son frecuentes en su sección las alusiones a la falta de preparación española para la guerra y, especialmente, a los escasos medios con que contaba la marina, y a los pocos que se le estaban proporcionando cuando, como se pudo observar muy pronto, esa marina era fundamental para el desenlace del conflicto:

“A la orilla de un arroyo
me puse a considerar,
aquí cabe nuestra escuadra,
y hasta puede navegar”.²⁰²

Una vez perdidas las escuadras de Montojo en Cavite y de Cervera a la entrada de la bahía de Santiago, hechos fundamentales en el desarrollo de la lucha, los únicos navíos que quedaban a España eran los de la escuadra de Cámara; y ésta, que había sido enviada a las Filipinas, se vio detenida en Port Said ante la imposibilidad de proveerse de carbón. La flota había sido despedida en Cádiz por el propio ministro de marina en medio de grandes celebraciones; pero a los pocos días se le ordenaba regresar; según unos, esa contraorden se debió a las dificultades para el abastecimiento señaladas, y, según otros, a la existencia de rumores insistentes de que una de las escuadras norteamericanas, la del almirante Sampson, iba a ser enviada a España. Y ante esas órde-

201 “Murmuraciones”, *El Baluarte*, 4 de mayo de 1898.

202 *Ibíd.*, jueves 14 de julio de 1898.

nes contradictorias, así como ante la indefensión real de esos barcos españoles de los que tan pomposamente se hablaba, también deja clara su opinión nuestro periodista, con esas notas de amarga ironía que caracteriza sus escritos durante todos esos meses:

“Con que ya sabrán ustedes,
que se viene para España,
después de dar un paseo
toda la escuadra de Cámara.
Para eso vino el ministro
de marina a revisarla,
y a darles secretas órdenes
que los pusieron en ascuas.

Ya decíamos nosotros:
—¡algo gravísimo tratan
cuando el ministro abandona
su poltrona regalada!
¡En este secreto estriba
quizá la salud de España!

El juego está conocido.
El ministerio Sagasta
habrá dicho en el consejo:
la cuestión era probarla.

Ya sabemos que el Pelayo,
anda poco. ¡Pero anda!
Que el Carlos quinto le sigue,
renqueando y no hace agua.

Y que todos los navíos,
de tres piés de nuestra escuadra,
sirven para pasearse
con la bandera en el asta,
que bordaron las señoras
derramando oro y lágrimas.

Vuelven a los astilleros
y a reparar esas máquinas,
que se pinte la obra Mura
y que se pinten las cámaras.
¡El honor está salvado!
¡Andan nuestros barcos, andan!

Es verdad que si se fueran
y Sampson los atrapara,
nos quedábamos en cueros
y en situación muy extraña:
¿Qué iba a hacer nuestra marina
sin ningún barco en el agua?

Los pobres bastante tienen
con ir a romperse el alma,
sobre cascos de manteca
y sin pólvora ni balas.

Más les vale estar en tierra,
que se anuncie la batalla,
y que el gobierno decida
cuantos son los que se matan.
¡Así se ahorra dinero,
y la honradez queda salva!”²⁰³

Y no solamente se critica en la sección “Murmuraciones” de *El Baluarte* a los políticos del partido gobernante. La clase política, en general, es uno de los objetivos preferidos de la sátira de Carrasquilla. Pensaba el periodista que tanto el partido conservador como el liberal se preocupaban sólo por cuestiones electorales, sin que pareciera afectarles demasiado la profunda crisis que atravesaba el país, y que los problemas coloniales habían puesto en evidencia. Cada uno exponía sus soluciones al conflicto con fines puramente electoralistas cuando, tanto unos como otros, habían tenido la posibilidad de llevar sus ideas a la práctica, y en lugar de resolver el asunto lo habían ido complicando cada vez más:

“Prosiguen las conferencias,
prosiguen los cabildeos,
y el despacho de Sagasta
se ha convertido en Congreso.

203 Ibídem, sábado, 9 de julio de 1898.

Cada cual a su manera,
sus ideas exponiendo,
en defensa de la Patria,
exprimen su torpe ingenio.
Y seguimos como estábamos
y quedándonos en cueros”.²⁰⁴

La política dura aplicada en el pasado por el partido conservador, se había mostrado inútil para derrotar a la guerrilla cubana; tampoco la autonomía llevada a la práctica en los últimos tiempos por el partido liberal había tenido mejores resultados. Al mismo tiempo, la falta de una política coherente, el constante cambio de programa y, en definitiva, la ausencia de un plan de futuro que pudiera llevar a cabo cualquiera de los partidos que se turnaban en el poder, facilitaban la insurrección.²⁰⁵ Con las Cortes cerradas a causa de la guerra con los Estados Unidos, los partidos no hacían sino lanzarse mutuas acusaciones. Como decía Carrasquilla en el texto anterior, todos se creían en poder de la solución ideal, mientras la situación se deterioraba y los Estados Unidos venían a dar la puntilla al ejército español en Ultramar.

Una vez derrotada España ante los Estados Unidos y establecido el cese de las hostilidades, el jefe de gobierno, Sagasta, decidió abrir las Cortes para que en ellas se discutieran los términos en que habría de firmarse el tratado de paz. Se daba así la oportunidad a los diputados y senadores de discutir en profundidad el problema colonial, sus causas y posibles soluciones, en lugar de limitarse, como habían hecho hasta entonces, a acusarse unos a otros de ser culpables de aquella situación desde las páginas de los periódicos. Sin embargo, no pensaba nuestro periodista que en el Congreso y en el Senado se fuera a hablar claro sobre la pérdida de la guerra, ni sobre las causas que lle-

204 Ibídem, martes, 9 de agosto de 1898.

205 Forner, Ph. S.: *La guerra....*, Vol. I, pág. 187.

varon a ella. Como a menudo señalaba *El Baluarte* en sus editoriales, ambos partidos habían permanecido ciegos durante muchos años ante el problema colonial, y la responsabilidad de todo lo sucedido era de ambos; Carrasquilla opinaba, en consecuencia, que en esas Cortes el asunto se reduciría a una serie de discursos grandilocuentes sobre el honor y la patria, sin trascendencia política alguna:

“Hoy las Cortes españolas
habrán abierto sus puertas,
y los señores ministros
habrán entrado por ellas.

Hoy de nuevo habrá empezado
la trama de componendas,
el yo dije y tu dijiste
y a esperar la primavera.

Habrà elocuentes discursos
sobre el socorrido tema
de la patria, de los héroes,
al estilo de Silvela.

¡Todos cumplieron, la honra,
limpia como una patena.
Los generales valientes,
más valientes que las fieras!
¡Y la nación sin colonias,
y sin escuadra Cervera!

Los señores diputados
darán vivas a la Reina,
y al presupuesto de gastos
y a los cupones de rentas.

Y al acabar los discursos,
no habrá una voz que con fuerza
grite dentro del recinto:
Señores: ¿Y la vergüenza?”²⁰⁶

206 *El Baluarte*, lunes, 5 de septiembre de 1898.

Dos días después Carrasquilla dejaba constancia en su sección de que, efectivamente, en las Cortes no había ocurrido nada fuera de lo normal. Nadie había pedido responsabilidades por lo ocurrido, porque todos, salvo el partido republicano —que pidió la discusión pública del asunto— tenían, a su juicio, una gran parte de culpa en aquella situación de derrota y de desprestigio internacional:

“Pues nada. De las Cortes no ha salido,
una queja, una frase ni un gemido,
señal consoladora,
de que este pueblo su desgracia llora.
Cada cual a su modo,
si mucho sabe se lo calla todo.
Y todos, con grandísima elocuencia,
porque no se les tache en rebeldía,
cobrando seguirán la cesantía.

Y estos son los señores diputados,
dignos y celebrados,
que nos harán felices,
cuando a mí se me caigan las narices”.²⁰⁷

Sin embargo nuestro periodista se equivocaba. Si bien en el Congreso parecía que casi todo el mundo se había puesto de acuerdo para no lavar los trapos sucios de cara al público, hubo una voz en el Senado que se levantó para acusar de ineficaz al gobierno y al ejército. El conde de las Almenas se atrevió a hablar en la Cámara alta de su admiración por el ejército español; pero no por sus generales, sino por sus soldados; y, con ello, se desató la tormenta que parecía contenida. Primo de Rivera le respondió que había ultrajado el honor del ejército, y se inició una agria disputa en la que intervinieron otros senadores, y que terminó con la suspensión de la sesión primero, y, unos días más tarde, con el cierre precipitado de las Cortes.

207 *Ibíd.*, miércoles, 7 de septiembre de 1898.

Como es lógico, Carrasquilla se felicitaba en su sección ante esta reacción del conde de las Almenas; y, al mismo tiempo, aprovechando el frente abierto por aquél, extendía sus ataques a los generales del ejército, a los que consideraba, ante todo, políticos, que sólo se preocupan de su buen nombre mientras sus soldados morían:

“¡Buena la ha armado, señores
el conde de las Almenas;
!Que de verdades ha dicho
a toda la gente esa,
que lleva cruces al pecho,
y las cobran en pesetas!

En cuanto habló de valientes,
de virtud y de pureza,
se despertó de su sueño
el gran Primo de Rivera,
que es caballero sin tacha,
aunque tenga alguna techa...”²⁰⁸

Como se observa en este breve texto, no fueron precisamente los jefes del ejército español objeto de la simpatía de Carrasquilla; y en especial Primo de Rivera, tío del que luego sería dictador, no era uno de sus personajes favoritos; en *El Baluarte* de 15 de septiembre le dedicó uno de sus poemas, una silva, que, a juzgar por la acción de la censura, debió ser bastante dura. Ese día el espacio “Murmuraciones” del periódico apareció totalmente en blanco; y en el diario del 16 de ese mismo mes el periodista explicaba este hecho por la actuación de la censura, que consideraba, por otra parte, exagerada, ya que en la poesía dedicada a aquel general escribía, a su juicio, “sin faltar” al personaje y expresando sólo la realidad.²⁰⁹

208 Ibídem, viernes, 9 de septiembre de 1898.

209 Ibídem, viernes, 16 de septiembre de 1898.

Es difícil saber si tenía razón o no, pero lo cierto es que cuando Carrasquilla dirigía sus ataques contra alguien, no parecía verse frenado precisamente por el respeto. Así, cuando inmediatamente después de la derrota ante los Estados Unidos empezaron a correr rumores de que Segismundo Moret, el que había sido ministro de Ultramar hasta el desastre de Cavite y redactor del proyecto de autonomía antillana, llevaría las conversaciones de paz con los norteamericanos, el columnista se llevaba las manos a la cabeza comentando irónicamente su capacidad para tal empresa:

“¿A que no saben ustedes
el encargado quién es
de hacer la paz con los yanquis?...
¡Don Segismundo Moret!

Excuso decir palabra
de lo que va a suceder.
¡Ese nos vende las islas
en menos de un santiamén!”²¹⁰

No fue, sin embargo, Moret, el encargado de las negociaciones. La comisión española que negociaría en París con la estadounidense estaría dirigida por Eugenio Montero Ríos; pero tampoco él se vería libre de las burlas de nuestro periodista. El 27 de septiembre llegaba a París la comisión, que se reunió por primera vez con la norteamericana en una comida dos días más tarde.²¹¹ Comenzadas las conversaciones rápidamente, se fueron, como ya hemos visto, eternizando. Casi dos meses más tarde no se había llegado aún a ningún acuerdo, y al periodista le parecía absurdo el coste que económicamente representaba esta prolongación, especialmente porque consideraba que los negociadores españoles no eran lo suficientemente hábiles, ni tenían la fuerza moral necesaria, para desviar a los yanquis de su propósito de anexionarse las colonias españolas:

210 *Ibíd.*, viernes, 29 de julio de 1898.

211 *El Porvenir*, 27 y 29 de septiembre de 1898.

“Ayer me dijiste que hoy,
hoy me dices que mañana.
La firmarán cuando quieran
los yanquis que sea firmada,
esa expoliación que tiene
honores y circunstancias,
para que la firme sólo
José María el de Marras”.²¹²

El periodista debía ser en realidad consciente de que no había nada que hacer al respecto. Los Estados Unidos tenían la fuerza y unos objetivos muy concretos, claramente marcados antes de iniciarse el enfrentamiento; y, por supuesto, las protestas de los representantes españoles, por fuertes que fueran, no iban a hacerle cambiar de opinión. Pero él escribía en un diario republicano, y no podía dejar de aprovechar una situación semejante para zaherir a los políticos del sistema, incapaces, a su juicio, de hacer valer en París las posturas que convenían a España, y para denunciar las negociaciones como una simple representación sin sentido:

“Sigue cobrando sus dietas
la comisión de París,
y haciendo que se discute
todos los que están allí.

Dicen que en esta semana
la comisión tendrá fin,
porque ya no quedan islas
ni paciencia para oír.

Lo que los yanquis exigen
porque quieren. ¡Porque sí!
¡Porque ellos son los más fuertes
¡y los que pueden pedir!”.²¹³

212 *El Baluarte*, martes, 22 de noviembre de 1898.

213 *Ibíd.*, jueves, 24 de noviembre de 1898.

Sin embargo, tal y como se observa ya en el texto anterior, el hecho de considerar ineptos y moralmente desautorizados a los miembros de la comisión española en París no fue óbice para que Carrasquilla atacara también a los representantes norteamericanos; los consideraba, abiertamente, como ladrones que, abusando de su fuerza militar, iban a consumir una auténtica rapiña al apoderarse, aunque fuera legalmente, de las Antillas y Filipinas. Los comisionados estadounidenses no fueron a París a negociar, sino a imponer sus condiciones. Eran conscientes de que España no podía continuar la guerra, y el supuesto diálogo no fue sino un chantaje: o aceptan nuestras condiciones o reanudamos la lucha:

“La Comisión de París
se dice que habrá firmado,
después de verse en un tris
el consabido tratado.

Se ha hablado largo y tendido,
se han sufrido sofocones,
¡han hecho lo que han querido
esos señores ladrones!

Bien se puede tolerar
lo sucedido a mi ver
si no vuelven a robar,
¡aunque eso no puede ser!”²¹⁴

Para todo el que haya estudiado el problema antillano, es evidente la intención de los Estados Unidos de apoderarse de las Antillas españolas no ya en esta época, sino mucho antes, desde que se iniciara las guerras de independencia en el Continente.²¹⁵ Y ya desde que se iniciaron las tensiones con España a causa,

214 Ibídem, martes, 29 de noviembre de 1898.

215 Véase al respecto Sevilla Soler, R.: *Las Antillas y...*

esencialmente, de Cuba, pusieron también en su punto de mira a las Filipinas, base fundamental para su penetración en el Pacífico. Como ya hemos visto esta actitud fue observada y destacada ampliamente por una gran parte de la prensa española de la época, aunque un poco tarde; y un sector de ésta llegó a decir en sus páginas, mientras se estaban celebrando las conversaciones de París, que quizás lo mejor para el país era desprenderse de las colonias, vendiendo incluso las Filipinas al mejor postor. Se terminaría así con la sangría de hombres y dinero que representaba el mantenimiento de las colonias, que sería, además, cada vez más difícil, al haber fuertes potencias interesadas en ellas.²¹⁶ A juicio de esos sectores, era probable que cuando España perdiera sus posesiones ultramarinas volviera a ocuparse de sus problemas internos y resurgiera de sus cenizas.

Y esta postura, que fue considerada como derrotista por otros, fue la gota que colmó el vaso en el duro enfrentamiento que venían manteniendo los políticos del sistema y una parte de la prensa. El presidente de la comisión española en París, Montero Ríos, llegó a culpar, en parte, a la prensa, de la pérdida de las colonias a manos de los Estados Unidos; según él, con sus artículos abandonistas desautorizaba los intentos de los negociadores por mantener las islas en poder de España. ¿Cómo podían éstos defender en París lo que el pueblo español, según ese sector de la prensa, quería abandonar de una vez por todas? La respuesta de Carrasquilla a estas declaraciones de Montero Ríos no se hizo esperar:

“Ha dicho Monteros Ríos
de que la pícara prensa
es la que tiene la culpa
de que las islas se pierdan.

216 Véase al respecto la prensa andaluza de esos días.

Y como yo formo parte,
sin duda la más modesta,
de la prensa que batalla
sin interés por la idea,
le digo a Montero Ríos
que miente bien a sabiendas.

La culpa de que las islas
Filipinas se sometan
a los yanquis dando gracias
de que España ya las deja,
es de los muchos ladrones
que se mudaron a ellas.

Usted los busca y rebusca
entre las clases que quiera,
que entre todas ha de hallarlos,
menos quizás en la prensa.

¡Hase visto el canovista
por el sitio que se apea!
Valiera más que explicara
en qué negocios o empresas
hizo la inmensa fortuna
que contiene su gaveta.

Y por qué van sus clientes
a buscarlo y lo apalean
como rufián que se esconde
en esa Sierra Morena
en que bulle la política
y la honradez se condena”.²¹⁷

En días sucesivos, sigue el periodista atacando a Montero Ríos:

“Montero Ríos se viene,
Montero Ríos se va,
¡Y las islas ya se fueron,
y no las veremos más!”.²¹⁸

217 *El Baluarte*, miércoles, 7 de diciembre de 1898.

218 *Ibíd.*, sábado, 10 de diciembre de 1898.

Pero lo hace ya a un nivel más personal; en el primer texto, aunque se cite a Montero Ríos, lo que se hace en realidad es una reflexión general sobre los políticos españoles de la época. Deja constancia en él de una de las causas que los republicanos consideraban fundamentales a la hora de explicar las insurrecciones de Cuba y las Filipinas: la corrupción, a la que los políticos de los partidos que se turnaban en el poder no sólo no habían puesto freno, sino que se habían aprovechado de ella, enriqueciéndose a costa de las colonias y de la propia España.

Carrasquilla y la sociedad española del 98

No sólo la clase política y militar, principales causantes según el periodista que tratamos en esta ocasión del desastre nacional, van a tener que sufrir las ironías de Carrasquilla. Si bien considera que estos dos grupos eran los únicos que podían haber enderezado la situación, pensaba que, en realidad, la mayor parte de la sociedad española, anclada en el pasado, era también culpable de lo ocurrido. El desastre colonial no era, en el fondo, sino una manifestación, por supuesto la más espectacular, de la profunda crisis que atravesaba España.

Dentro de esta sociedad española jugaba todavía un papel muy importante la Iglesia. Y su actuación en la Filipinas fue muy criticada por el periodista de *El Baluarte*, que la consideraba una de las causas principales de las revueltas tagalas, por el lamentable papel que había representado durante siglos en aquel archipiélago. A juicio de la prensa republicana, en aquella colonia el clero se había ocupado, exclusivamente, de enriquecerse, a costa de la explotación del indígena:

“Los tagalos manifiestan
porque no lo ignore nadie,
que ellos, si odian a España,
es a causa de los frailes.

Lo mismo que los tagalos
harán los peninsulares,
entre los cuales, señores,
tengo el honor de contarme.

Y si esto no se remedia
por quien debe remediarse,
no extrañéis que el mejor día
gritemos — ¡Vivan los yanquis! —“.²¹⁹

Desde luego el papel desempeñado por la iglesia española en Filipinas no puede considerarse precisamente como glorioso. Pero de todas formas, y al margen de ello, el anticlericalismo de los republicanos españoles del siglo XIX aflora a cada momento en los poemas de Carrasquilla. Esos republicanos consideraban a la Iglesia como uno de los pilares que sostenían al sistema, y no perdían ocasión para intentar acabar con su poder utilizando cualquier pretexto; la acusaban, entre otras cosas, de vivir en la opulencia mientras el pueblo español pasaba hambre:

“Los soldaditos de Cuba
hace un año que no cobran,
en cambio los arzobispos
alhajas y oro les sobran”.²²⁰

Reprochaba Carrasquilla al clero el no contribuir con sus numerosos bienes a financiar los gastos de la guerra. Su labor patriótica se limitaba a simples palabras grandilocuentes sobre el honor de los españoles y el apoyo de Dios a la causa de la justicia, que por supuesto era la española, pero sin proporcionar ninguna ayuda efectiva; esta opinión se manifiesta con claridad en el poema que figura a continuación, en el que se hace referencia a la indulgencia plenaria que el Papa concedió por esas fechas a los españoles:

219 *Ibíd.*, martes, 23 de agosto de 1898.

220 *Ibíd.*, jueves, 14 de julio de 1898.

“¡Todo está ya compensado!
Las islas que hemos perdido,
todo el dinero gastado,
el hambre que hemos tenido,
y el país arruinado.

Ya se acabó la cruel guerra
que assolaba nuestro suelo
y que tanto nos aterra.
**¡Lo que hemos perdido en la tierra,
lo hemos ganado en el cielo!”**²²¹

Pero ese apoyo moral no servía para nada; lo que se necesitaba era dinero para pagar buques y armas, y eso era algo que la Iglesia, al parecer, no estaba dispuesta a dar.

Por último, ironizaba también Carrasquilla sobre el hecho de que una gran parte del clero simpatizara con determinados sectores políticos del país, y los apoyara. A raíz de la crisis política producida por los desastres bélicos en el enfrentamiento con los Estados Unidos, y de la pérdida de mercados que representaba el abandono de las últimas colonias, nacionalistas catalanes y, por primera vez, vascos, así como los carlistas, organizan movimientos y producen agitaciones políticas, que contribuyen a complicar la ya difícil situación nacional. Y uno de estos grupos, el carlista, que en más de una ocasión se había levantado en armas contra los gobiernos legales, contó siempre con el apoyo de una gran parte del clero, el tradicionalista. Se trataba desde luego del sector más retrógrado de la sociedad española, al que el diario republicano atacaba sin miramientos, especialmente ante los fuertes rumores que corrían por todo el país de que, aprovechando el descontento generalizado, preparaban un nuevo levantamiento:

221 *Ibíd.*, lunes, 15 de agosto de 1898.

“Dicen que ya los carlistas
se preparan con denuedo
para armar un zipi zape
con la mar de regimientos.

Dicen que don Carlos quiere
buscarnos un buen remedio
que cure nuestras desdichas,
y que vendrá a proponerlo.

Dicen que todos los curas
están locos de contentos.
Y yo digo que conformes,
que venga acá y lo veremos.

El reinado del hisopo
llega deprisa y corriendo.
Orate Frate: supsipiam.
¡Bien por Carolus! ¡Oremus!”²²²

También las clases sociales elevadas, aquéllas que hablaban del “honor patrio” pero nada hacían por él, sufrieron los ataques del periodista satírico de *El Baluarte*. Ese grupo social, el más partidario de la guerra colonial, renunciaba a enviar a sus hijos a las colonias a defender ese sagrado honor, y pagaba para que otros lo hicieran por ellos. Mientras una gran parte de los jóvenes de los sectores sociales menos privilegiados morían en Ultramar, ellos permanecían en la Península, ganando la guerra con sus peroratas en playas y casinos; al menos, hasta que comenzaron a tomar fuerza los rumores de un posible ataque norteamericano a las costas españolas:

“Dicen que vienen los yanquis
navegando por la mar,
camino de nuestras costas,
las que van a derribar.

222 Ibídem, martes, 2 de agosto de 1898.

Dicen que la gente rica
de las playas sale huyendo,
al grito de ¡Viva España!,
pero ... ¡vámonos corriendo!

Dicen que somos valientes,
que al mundo entero asustamos,
pero vemos el peligro,
y ... corriendo lo aguardamos”.²²³

Por el contrario el pueblo llano, ese que por no tener medios económicos marchaba a Ultramar, es exaltado y elevado por Carrasquilla a la categoría de héroe que lucha por un imposible. En medio de la corrupción del gobierno y la clase política, del ejército, y de otros sectores sociales privilegiados, el español de a pie marcha a luchar fuera de su tierra, a defender unos intereses que no son los suyos. Y lo hace en todo momento con valor, a pesar de no contar nunca con los medios necesarios para hacer frente, primero, a la guerrilla y, luego, al ejército de un país rico y poderoso. Sin municiones muchas veces, con una alimentación escasa y, por supuesto, sin cobrar sus soldadas, hacen frente a las tropas norteamericanas, al hambre y a las enfermedades, sin que nadie se lo agradezca.

Y cuando vuelven a casa derrotados, todos parecen olvidarse de ellos. Los industriales y comerciantes, interesados en el mantenimiento de las colonias como mercado, no recuerdan que esos soldados que regresan son los que han luchado por sus intereses. El gobierno, por su parte, estaba demasiado ocupado en mantenerse en el poder. Y esos hombres regresan enfermos, casi muertos, sin que nadie les eche una mano. Mendigan en las ciudades y mueren en las calles, mientras aquéllos que los enviaron a la guerra procuran volver la vista a su paso; lo que da pie para que Carrasquilla escriba las páginas más emotivas de su quehacer periodístico:

223 *Ibíd.*, martes, 12 de julio de 1898.

“Allá a las costas bravías
que el mar Cantábrico besa,
con sañudas arrogancias,
con rumores de tormentas,
van llegando, van llegando,
los despojos de la guerra.

No preguntéis a los héroes
por qué entristecidos llegan
a pisar el suelo patrio,
donde el amor les espera.

¡Callad! Dejadlos que pasen
con su profunda tristeza,
sin las armas de combate,
y plegando la bandera.

Cuando se fueron, cantaban
al son de la pandereta,
entonando esas canciones
que rebozaban de ternezas,
hechas por el nuevo pueblo
cuando se marcha a la guerra.

Ellos, siempre vencedores,
cuando van a la pelea,
van cantando porque saben
que allá la tumba está abierta,
y o vivos se les aclama
o muertos se les entierra.

Lucharon como leones
y entre la manigua espesa,
los pedazos de su carne
dejaron patente huella
de que en el cubil entraron
para buscar a las fieras.

Vana ha sido su arrogancia
e inútiles sus proezas.
Venciendo a costa de todo,
se ve que vencidos llegan,
con el cuerpo hecho jirones
y con la esperanza muerta,
como restos de un naufragio,
que el mar a la costa echa.

Ni los vítores le aclaman,
ni las mujeres le apremian
con esa sonrisa alegre
que reciben al que llega,
después de haber defendido
con su sangre su bandera.

Dejad que los amontonen
que es carne que viene enferma,
machacada por la fiebre
y con su vaho pudiera
llevar la muerte al palacio
donde habitan las grandezas.

La caridad mercenaria
dulce consuelo les presta
la compasión oficiosa,
hace que atiende sus quejas:
Si muere se le sepulta.
Si vive se le licencia.
A los unos ... se les debe,
a los otros se les reza.
¡Y el sol nos sigue alumbrando
llenando de luz la esfera!

Van llegando, van llegando,
los despojos de la guerra.
¡Callad! dejadlos que pasen
con su profunda tristeza.
Cuidad que los amontonen,
que es carne que viene enferma”.²²⁴

224 *Ibíd*em, miércoles, 31 de agosto de 1898.

Y en este punto, hay que volver a señalar que *El Baluarte*, y concretamente Carrasquilla, es el único elemento de la prensa sevillana de la época que, a nuestro juicio, se identifica con el sentir popular sobre el problema, expresando, por ejemplo, su solidaridad con las madres de aquéllos que quedaron en Ultramar, aquéllas que han perdido a sus hijos sin que a cambio reciban, ni siquiera, una miserable pensión, mientras otros se llevan la gloria:

“¿No viene el hijo que espera
la madre triste y llorosa?
¡Murió en la guerra horrorosa
defendiendo su bandera!

Cumplió con su obligación,
la patria está agradecida.
Para la madre afligida
¡qué mayor satisfacción!

¿Hubo gloria? ¡Es natural!
¿Quién la cobra? Es olvidado.
La gana siempre el soldado
y la cobra el general.

El paria ... al campo, al taller.
Al descanso el elegido.
¡Así siempre ha sucedido
y tiene que suceder!

Hubo cruces en memoria
de la fama que retumba.
¡Para unos ... la de la tumba,
para otros ... la de la gloria!

Vuelva a sonar el clarín
en la tumba entusiasmado,
¡Y sigamos celebrando
lo de Otumba y San Quintín!”²²⁵

225 Ibídem, lunes, 22 de agosto de 1898.

Y cuando la mayor parte de los políticos, e incluso de la prensa, acusaban al pueblo de aletargado, por permanecer impasible ante lo que ellos consideraban el gran desastre nacional, la pérdida de los últimos vestigios del imperio colonial español, nuestro periodista se pone por completo de parte de ese sufrido pueblo, al que considera mucho más sabio y prudente que sus políticos. Ante la noticia de la pérdida de la guerra no se manifestaron los grandes alardes de patriotismo que, al parecer, esperaban las clases dirigentes. Las páginas de los diarios se hacían eco de los continuos festejos y corridas de toros que se celebraban por todo el país, y a los que la gente acudía como si nada hubiera pasado. Y ante ello, esos políticos y periodistas hablaron con frecuencia de la imposibilidad de regenerar la nación, ya que, para ellos, el espíritu popular estaba muerto cuando ni siquiera un impacto como la pérdida de las colonias podía hacerlo revivir:

“Porque el pueblo permanece
en su casa muy tranquilo,
nuestros hombres de gobierno
dicen que ya ha fallecido.

Ellos estarían contentos
con que hubiera algunos gritos,
para sacar a la guardia
a la calle a pegar tiros.

Pero ... Nada ... no hay tu tía,
todos estamos tranquilos,
confiados en que pronto
va a caer el edificio,
porque todos sus cimientos
están ya más que podridos.

El sólo se viene abajo
porque su carga de vicios
es tanta que ya no puede
ni guardar el equilibrio”.²²⁶

226 *Ibíd.*, martes, 30 de agosto de 1898.

Es evidente, en mi opinión, que para lo que los políticos fue un desastre era por el contrario un verdadero motivo de alivio para el pueblo. Ese pueblo había perdido una parte importante de sus jóvenes por algo que le era totalmente ajeno. No le importaba la pérdida de las Antillas y Filipinas, como antes tampoco le había importado su posesión. La única consecuencia importante de la derrota era que esos jóvenes no tendrían que salir ya de su tierra para defender los intereses de otros. Y ese sentir popular queda claramente de manifiesto en el siguiente poema, en el que el periodista deja constancia de que el pueblo no tenía nada que ver con las colonias, salvo para ser llevado allí a la fuerza para defenderlas:

“Se queja la gente
que anda en la política,
de que nuestro pueblo
tan callado siga,
cuando las catástrofes
ya se precipitan.
El pueblo es un sabio.
Se calla y medita.
Sabe que la muerte
de esta pillería,
está en la impotencia
y lo toma a risa.

¿Que la escuadra se hunde?
¿Que los yanquis gritan
que vienen a España
a hacer su visita?

Allá los gobiernos,
que ellos los reciban.
La culpa no es nuestra,
no nos mortifica.

Las colonias fueron
siempre una alcancía,
para los bandidos
de frac y levita.

¿Se hundieron los barcos
de nuestra marina
porque eran muy pocos
y nada valían?

El pueblo ha pagado
sumas inmensísimas.
La culpa no es nuestra,
que digan, que digan”.²²⁷

Lo único que el pueblo deseaba, como afirmaba Carrasquilla, era regresar a su casa y a sus ocupaciones habituales, volver a la normalidad. Y en este punto sí que hay un leve reproche de nuestro periodista a ese pueblo. Aunque en algunos de sus poemas señala lo innecesario de que el pueblo actuara, porque el sistema caería por sí mismo, lo cierto es que los republicanos esperaban que ante la crisis política y económica, el pueblo se volvería contra sus gobernantes; pero no sucedió así:

La Habana se va a perder,
Puerto Rico se perdió,
ya no nos queda deber,
sino comer y beber
que lo pasado pasó.

La nación no se da cuenta
de aquestas desmembraciones,
porque sigue tan contenta.
¡Ni siquiera se presenta
a silbar a los histriones!

227 *Ibíd.*, lunes, 11 de julio de 1898.

La santa paz ha llegado,
vuelve la calma a reinar,
surca la tierra el arado
y viene el pobre soldado
a su casa a descansar.

En el valle, en la cañada,
resuena el canto feliz
de la gente enamorada.
¡Y en su casa arrodillada
llore la madre infeliz!

Tristezas del mundo son
y hay que amoldarse a la suerte;
la alegría y la aflicción,
la justa compensación
hasta llegar a la muerte.

A trabajar el obrero
en el campo, en el taller.
callose el clarín guerrero
y ahora, ¡a sudar el dinero
para comprar qué comer!

Al palacio el general,
el soldado a la cabaña,
el fusil al arsenal,
el rezo a la catedral,
y, hasta luego, ¡Viva España!'''.²²⁸

De este modo, aunque Carrasquilla parece ser el único miembro de la prensa sevillana de la época que entiende los sentimientos populares, no lo hace tampoco por completo. En cierto modo no comprende como ante una situación de miseria que le afectaba directamente, no sólo no protesta, sino que da la sensación de impotencia absoluta ante los hechos que se desarrollaban, algo que podría condensarse en la frase ¡Que sea lo que Dios quiera!:

228 *Ibíd.*, miércoles, 19 de octubre de 1898.

“Que la paz ya no se hace,
que ya se va a hacer la paz,
que la escuadra americana
está próxima a zarpar,
y que vendrá a la Península
a asustarnos, y no hay más.

El pueblo sigue los mismo,
no lo logran preocupar
ni las desdichas presentes
ni las que pasaron ya.

El que trabaja, trabaja
con las ansias y el afán
de ganar para pagarle
al que le vaya a cobrar
la contribución, y calla,
sufrido como el que más,
aguardando al Ser Supremo
por si de digna bajar,
a ponernos en camino
de vivir en santa paz.

¡Y el ser supremo en el cielo
resistiéndose a bajar!”²²⁹

Carrasquilla y la Regeneración

Hemos hablado ya en el apartado anterior, sobre el hecho de que, a pesar del apoyo de Carrasquilla a los sentimientos populares respecto a la pérdida de las colonias, en ocasiones deja escapar alguna nota de amargura por la inexistencia de reacción popular contra el sistema; no le extraña que no se rebelara por el desastre militar en sí, sino por la profunda crisis política que éste había puesto de manifiesto. Y, en este sentido, hay en todos los trabajos de este periodista un pesimismo claro que, en cierto modo, niega la posibilidad de regeneración de la que tanto se

229 *Ibíd.*, miércoles, 16 de noviembre de 1898.

habló en España en aquellos momentos. Para él, la única posibilidad de regeneración que existía era la desaparición de la escena política de los partidos que, alternativamente, estaban en el poder, y la sustitución del sistema monárquico por la República. Pero ve, sin ninguna duda, que esto no iba a suceder y que todo permanecería igual que antes. Las protestas y escándalos por todo lo ocurrido quedarían en simples palabras, y los partidos conservador y liberal continuarían repartiéndose el poder y abusando de él, como a su juicio habían hecho siempre.

En medio de las discusiones sobre la responsabilidad de los distintos líderes en el desastre, y de los términos en que había de discutirse la paz, se celebraron elecciones a varias diputaciones provinciales. Y, en contra de lo esperado por los republicanos, esas elecciones no representaron un voto de castigo contra los partidos tradicionales, lo que indicaba que, a pesar de todo, los votantes no deseaban un cambio radical. Carrasquilla, como aquéllos, esperaba que el pueblo expresaría pacíficamente en las urnas su rechazo a los políticos del sistema y, al igual que ellos, se sintió defraudado:

“Aparte de los escándalos
que en el Senado se dan,
y de los muertos que llegan
de Cuba a desembarcar
en nuestras playas del norte
buscando tranquilidad.

Aparte las elecciones
que se han celebrado ya
para que algunos zopencos
puedan vivir y medrar
a costa de la fortuna
del erario provincial,
aquí todo está lo mismo,
aquí no sucede na”.²³⁰

230 *Ibíd.*, miércoles, 14 de septiembre de 1898.

Lo único que, a su juicio, se había sacado en claro de los desastres, era que, ante la dura realidad de la imposibilidad de defender los territorios españoles de un pueblo al que aún se consideraba incivilizado, había que dejar a un lado aquello que se les había hecho creer sobre la superioridad de la raza hispánica:

“Con que ya saben ustedes
que los yanquis nos maltratan,
y que al fin se está probando
que toda nuestra arrogancia
ha quedado convertida
en muy bonitas palabras.

Ya no somos los mejores,
los de más limpia prosapia,
los de cuatro mil abuelos
héroes de circunstancias.

Lo dijo Chamberlain
en frases limpias y claras
“los pueblos cuando envejecen
ya no sirven para nada”.
Nosotros nos enfadamos
y le dijimos que ... magras,
pero hoy resultan ciertas
sus arrogantes palabras,
que nos pese o no nos pese,
hoy tenemos que tragarlas.

¡Dios mío, que desencanto
para la infelice España!
¡Y eso que paga sus héroes
como ninguna los paga!”²³¹

Ese falso patriotismo, que consistió en esos meses en alabar por encima de todo al gobierno y a la actuación del ejército en la guerra, y en una continua presunción y jactancia sobre el valor

231 *Ibíd.*, martes, 28 de junio de 1898.

de la raza hispánica, es ridiculizado con ferocidad en *El Baluarte*, cuestionando la teoría oficial de buenos y malos, según la cual sólo los buenos, los españoles, podían ganar:

“Contra yanquis y tagalos
combatimos muy serenos
y nos molieron a palos,
que Dios ayuda a los malos
cuando son más que los buenos.

Visto lo cual, enseguida,
cesó la contienda extraña.
Se dio España por vencida,
hubo paz muy discutida
y quedó tan bien España,
que no resultó hecha añicos
aunque riñó en buena ley,
perdiendo, entre triunfos chicos,
la sota, el caballo, el rey,
y otros picos y otros micos.

Pero en fin, ya terminó,
la bronca, duelo o garata,
que se armó ... porque se armó.
Ahora se trata, se trata,
de dudas que tengo yo.

Supuesto que el yanqui acceda
y paternal nos conceda
el derecho de acuñar,
¿volveremos a pintar
dos mundos en la moneda?

Y el Plus Ultra, ¿lo pondremos?
¿Y la Sans Façon tendremos
de poner los leoncitos
entre los dos monolitos,
con globos en sus extremos?

Pase, porque todo pasa,
que tenga la ley escasa
nuestro peso amonedado;
más después de lo bailado
ese cuño es una guasa.

Es, por tanto, necesario,
que este sello monetario
sustituido se vea,
por otro más ordinario
que anacrónico no sea.

Y nada de niñerías
de la heráldica pomposa,
pues tales alegorías
son vanidad jactanciosa,
o inocentes tonterías.

Sin embargo, caballeros,
si aún en la moneda tosca
tiene el símbolo su fuero,
grabemos a España en cueros,
sin paz, sin luz ... y con moscas”.²³²

Este sentimiento que, consciente de la incapacidad de los españoles para hacer frente al potencial bélico yanqui, reflejaba Carrasquilla ya desde los primeros momentos del enfrentamiento con los Estados Unidos, se acentuó a medida que los sucesos iban confirmando esa impotencia frente al enemigo:

“Los españoles veníamos
con gran regularidad,
llamándonos desde antiguo,
hijos del Gran Capitán.

Después de lo sucedido
creo que se acordará,
variar la muletilla,
siquiera por dignidad.

232 *Ibíd*em, martes, 23 de agosto de 1898.

Llamémonos otra cosa
más sencilla y natural,
los borregos de Sagasta,
y así no se burlarán”.²³³

Y cuando ya las islas estaban irremisiblemente perdidas, y la paz a punto de firmarse, de nuevo hacía hincapié nuestro periodista en ese orgullo del español —que se había mostrado como una simple pompa de jabón que se desinflaba al primer tropiezo—, y en la imposibilidad de regeneración. Ese pesimismo que se reflejará más tarde en las obras de Antonio Machado, Azorín, Baroja, etc., es fácilmente detectable, aunque sea con un menor valor literario, en los escritos de Carrasquilla. Muestra de ello es el poema que recogemos para terminar, en el que se manifiesta con claridad el pensamiento del autor respecto a la iglesia, los políticos, y aquellos comerciantes que se habían enriquecido con las colonias, y que en cierto modo, sintetiza todo lo expuesto en los poemas anteriores:

“Volverán a decir los españoles
que son nietos del Cid el de Vivar,
pero, amigo, las islas Filipinas,
¡esas ... no volverán!

Volverán a reunirse en asamblea
los hombres del comercio y a gritar,
pero aquellas reformas que pretenden,
¡esas ... no las verán!

Volverán a vendernos el cacao,
el producto mejor del cafetal,
pero aquella que fuera nuestra Habana,
¡esa ... no volverá!

Volverán a entonarse los tanguitos,
por las tiples que cantan sin cantar,
pero aquellas que fueron nuestras tierras,
¡esas ... no volverán!

233 *Ibíd.*, miércoles, 24 de agosto de 1898.

Volverán los bandidos de levita
a arruinarse perdiendo un capital,
pero aquellas fortunas impensadas,
¡esas ... no volverán!

Volverán nuestros frailes de las islas
que pudieron por siglos explotar,
pero aquellas mujeres por piaras,
¡esas ... no volverán!

Volverán los Sagastas y Silvelas
nuestra débil España a gobernar,
pero, Fabio, el honor y la vergüenza
¡esos ... no volverán!”²³⁴

234 *Ibíd*em, viernes, 2 de diciembre de 1898.

CONCLUSIONES

El examen de la prensa periódica de la época proporciona, como hemos visto, abundante material para tratar de entender las reacciones de la población ante los sucesos cubanos. Hasta finales de 1898 prácticamente no hay día en que los periódicos no se ocupen, de un modo u otro, de este asunto; e incluso después de la liquidación, la referencia al desastre es continua. Y es que si esa guerra tuvo para España una importancia crucial como “hito” histórico, al representar la pérdida de las últimas colonias americanas, la tuvo también desde el punto de vista social, porque significó, a su vez, la pérdida del “orgullo nacional”. No sólo tuvo como consecuencia inmediata la crisis del sistema canovista, sino el replanteamiento de la realidad española.

Como se señaló ya en la introducción de este estudio, la guerra de Cuba y la Paz de París calaron profundamente en la opinión pública; sus consecuencias se debatieron ampliamente en calles y cafés y marcaron tanto a sus coetáneos que, al margen de llegar a dar nombre a toda una generación de intelectuales, y de propiciar la discusión sobre el sistema político, permaneció en la memoria popular hasta hoy.

Y en ello tuvo mucho que ver la prensa; ésta no es, como ya se ha dicho también, representante de la opinión del pueblo, aunque a veces, exagerando su propio poder, se autoproclame como tal, sino de determinados sectores sociales;²³⁵ pero, por una parte,

235 Hilton, Silvia: “The Spanish-American war of 1898: Queries into the relationship between the press, public opinion and politics”, *REDEN, Revista Española de Estudios Norteamericanos*, n.º 7, 1994, págs. 70-87. En este sentido, vemos que todavía hoy sucede algo parecido.

ayuda a crear opinión con sus informaciones; y por otra, nos muestra también la reacción popular ante esas informaciones. De hecho, de los cuatro periódicos utilizados ninguno de ellos puede considerarse estrictamente representante de la opinión popular, aunque alguno se acerque más que otros a aquélla; pero de la lectura de sus páginas no sólo se puede deducir el punto de vista de los sectores oligárquicos y burgueses en estos momentos de profunda crisis, sino también el de las clases medias y populares.

En principio, cuando en 1895 se inicia la segunda guerra de independencia cubana, la prensa en general, con la excepción de *El Baluarte*, se muestra optimista sobre el resultado de aquélla; exalta el “honor nacional”, y se dedica a informar al gran público —que no se inquieta en exceso— sobre los grandes medios bélicos españoles. Todavía no existen demasiadas discrepancias entre los distintos periódicos, y ni siquiera entre las opiniones de la prensa y el sentir popular sobre el asunto.

Posteriormente, cuando a pesar de todos los pronósticos la lucha continúa, la posición de la prensa sevillana, en contraste con la de la prensa nacional, se mostró unánimemente favorable a la concesión de la autonomía. Desde *El Porvenir* al *Progreso*, pasando por *El Baluarte*, a pesar de declararse opositor acérrimo al régimen, todos se mostraban de acuerdo en dar un margen de confianza al sistema autonómico. Esa unanimidad se rompió cuando se comprobó que la autonomía no conseguía poner fin a la guerra; y lo hizo, siguiendo la ideología política predominante en cada uno de los periódicos, en función de su cercanía u oposición no sólo al gobierno, sino al propio sistema político de la restauración. Como muestra de ello, sólo hay que ver el claro enfrentamiento que existe entre las páginas de *El Progreso* y *El Baluarte* en esa etapa del proceso.

Esas diferencias remiten, hasta cierto punto, cuando se produce la intervención norteamericana en el conflicto; todos pare-

cen unirse frente al enemigo común, hasta el punto de llegar a despertar el entusiasmo popular frente a los “yankees”. La intervención norteamericana en el conflicto hispano-cubano fue juzgada implacablemente por toda la prensa andaluza de la época; y por la opinión popular, que asumió, en la mayor parte de los casos, los juicios de aquélla. Los puntos de vista sobre el problema cubano y la actuación del gobierno al respecto son muy diferentes según la ideología de cada periódico. Pero hay unanimidad a la hora de juzgar el papel desempeñado por los Estados Unidos, tanto en la guerra misma como después, a la hora de hacer la paz.

En este sentido, la actitud de la prensa sevillana y de la opinión pública respecto a los Estados Unidos resultó un tanto visceral; y experimentó una evolución clara desde los primeros momentos de su intervención en el conflicto colonial español, hasta el final de la guerra. La impotencia que el país sentía ante la “fuerza” estadounidense se transformó en un fuerte sentimiento antinorteamericano, que queda patente en la prensa de la época. En sus páginas, los periódicos celebraban con regocijo las tensiones entre los Estados Unidos y los cubanos y filipinos, que no tardaron en surgir; y lo hacían aunque supieran que, por muchos problemas que tuvieran entre ellos, España no tenía ya nada que hacer en aquellos lugares. Hasta cierto punto complacidos, los diarios sevillanos llegaban a advertir a los cubanos que si habían salido del “cautiverio” a que los tenía sometidos España, había sido sólo “para caer en otro mayor, sin duda alguna, como su hermana Puerto Rico”.²³⁶

Posteriormente, y a medida que el conflicto se agrava, van creciendo de nuevo las diferencias entre los distintos periódicos; la polémica y los enfrentamientos se reflejan otra vez en la prensa, a veces en forma amarga, en esa etapa del conflicto. Finalmente, cuando van dándose cuenta de la realidad, de la

236 *El Porvenir*, editorial de 29 de agosto de 1898.

imposibilidad de la victoria, los criterios se van unificando nuevamente para llegar a la paz prácticamente de acuerdo. Con la excepción de el artículo de *El Correo Español* de que ya se ha hablado en el capítulo IV, en el que se pretendía excitar otra vez los ánimos populares hacia la guerra, y que, aunque recogido por la prensa sevillana no pertenecía a la misma, todos eran conscientes de que no había nada que hacer.

La desilusión y el resentimiento contra los políticos parecía general en el país. Todos liberaban de responsabilidades por lo sucedido a los soldados; pero acusaban al gobierno, y a todos los partidos políticos, de ser los verdaderos culpables de la situación a que se había llegado.²³⁷ Un contemporáneo de aquellos sucesos, Rodríguez Martín, escribía en 1899 que el ejército español era “el mejor ejército del mundo. El soldadito, admirado hasta la estupefacción por los mismos yanquis, es el primer soldado de la tierra. Es demasiado buen soldado. Ese es su único defecto...”, y se preguntaba cómo a pesar de ello “hemos entregado un ejército de más de 100.000 hombres sin siquiera pelear... ¿Quiénes son los culpables de tan tremendo desastre?...”. La respuesta la da pronto: el gobierno, y el propio sistema.²³⁸

Y en medio de un duro cruce de acusaciones entre los distintos grupos políticos sobre las responsabilidades del desastre, la prensa y la opinión pública culpaban a todos ellos, estuvieran en el poder o en la oposición.²³⁹ En contrapartida los políticos,

237 Como siempre, *El Baluarte* es el más encendido defensor de esos jóvenes. Ver sobre ello el diario correspondiente al 23 de julio de 1898. Ver también sobre estas cuestiones los artículos sobre el manifiesto del general Polavieja y otros aspectos del problema en *El Porvenir* de 12, 13 y 17 de septiembre de 1898.

238 Rodríguez Martín, J.: *Los Desastres y...*, págs. 94 a 96.

239 Ver sobre ello la Editorial de *El Progreso* de 17 de septiembre de 1898 y artículo de *El Porvenir* de la misma fecha en contra de las declaraciones de Silvela culpando de todo lo ocurrido en ultramar al gobierno del liberal Sagasta. Ver también *El Porvenir* de 22 de septiembre de 1898, y *El Noticiero Sevillano* de 8 de octubre del mismo año.

totalmente desprestigiados, se vuelven contra la prensa, “a la cual pretenden acusar como origen de todas las desdichas”.²⁴⁰

Pero también la prensa, que se declara portavoz del pueblo, está en realidad muy lejos de los sentimientos populares. Un análisis detallado de los periódicos de los años 1897 y 1898 en relación a las problemáticas tratadas en este volumen, nos revela que, independientemente de la ideología de cada una de las publicaciones examinadas, en la mayor parte de ellas —*El Porvenir*, *El Noticiero Sevillano* y *El Progreso*— hay un divorcio claro entre las ideas que exponen sobre el problema y la actitud popular al respecto.

Sólo uno de estos periódicos, *El Baluarte*, parece, a mi juicio, estar acorde con los sentimientos populares. Se trataba de un diario modesto, sin medios económicos para pagar los corresponsales y el servicio telegráfico necesario para la rápida publicación de las noticias; y para paliar esta falta multiplica los editoriales. La línea de esos editoriales es, salvo el breve paréntesis de los primeros momentos de la autonomía, de permanente ataque a la actuación del gobierno respecto al problema colonial, y con una mayor preocupación por el sentir popular que el resto de los periódicos, al menos en apariencia. Pero más que en esos editoriales, es, como ya hemos visto, en los artículos y poemas satíricos, donde más claramente aparece esa identidad de sentimientos con el pueblo.

Por el contrario, la actitud de diarios como *El Porvenir*, que representa la opinión de intelectuales y clases elevadas respecto a la crisis, es muy diferente a la adoptada por los grupos más populares. Y es que, pese al optimismo que se refleja con frecuencia en las páginas de los periódicos respecto al desenlace

240 Sobre estos enfrentamientos ver *El Noticiero Sevillano* de 9 de octubre de 1898, así como el artículo titulado “La Prensa y los Políticos.... y los no políticos”, publicado por *El Imparcial* de Madrid, y recogido por *El Porvenir* de 25 de septiembre de 1898.

del conflicto, el desengaño llega pronto a la población, que ya había perdido una parte importante de sus jóvenes en la guerra contra los mambises, y que comprueba que su esfuerzo es cada vez más inútil. Y es en este punto en el que se manifiesta, de manera más evidente, ese divorcio entre los que se consideran portavoces de la opinión pública y el pueblo llano. Entre la prensa y los intelectuales hay opiniones diversas respecto a la posibilidad de ganar o no la guerra; en general, experimentan una evolución que va de la euforia de los primeros momentos al pesimismo tras la pérdida de las escuadras de Filipinas y Cuba. Pero hay unanimidad entre ellos, a la hora de valorar la derrota como un desastre total.

En contraste con estos grupos, las clases populares reciben ese mismo desastre como una liberación; y ello se refleja claramente en las páginas de la prensa, aunque sólo sea por medio de los editoriales y las declaraciones de los políticos, a los que parecía inconcebible la apatía de ese pueblo ante la herida causada al “honor nacional”.²⁴¹ Periodistas y políticos acusan al pueblo desde las páginas de los diarios, de permanecer impasible ante lo que ellos consideraban el gran desastre nacional. Y lo cierto es que entre los grupos populares se acoge la noticia de la pérdida de las colonias casi con alegría; eran ellos los que durante años habían perdido a sus jóvenes, en una guerra en la que se luchaba por motivos que poco tenían que ver con sus intereses, y que les era ajena por completo. Reciben con alivio la llegada de la paz, sin importarles para nada un supuesto honor nacional, que miran con indiferencia. Y en este sentido, el pueblo va a encontrar su principal valedor en el diario republicano, al que a última hora se une en su comprensión el libe-

241 “Pueblo Sensato”, artículo publicado en *El Progreso* de 19 de julio de 1898, y “La indiferencia española”, publicado en *El Baluarte* de 5 de agosto del mismo año; ver también *El Porvenir* de 24 de septiembre.

ral *El Progreso*;²⁴² mientras, otros como *El Porvenir* continúan totalmente al margen del sentir popular.

Cuando llega la paz el pueblo, a pesar de las fuertes discusiones que se producían diariamente en la prensa al respecto, parecía permanecer indiferente. Es más, la pérdida de las colonias no produjo ningún “sacudimiento de ira; más bien al contrario, el país ha hecho un gesto de filosófica conformidad, como a quien quitan de encima una carga molesta”.²⁴³ Esto ocurrió ya desde la firma del armisticio, y se acentuó en el trascurso de las negociaciones de París. Sólo la prensa, las clases privilegiadas, los políticos, y los intelectuales, siguieron discutiendo la cuestión. Sin poder hacer nada ya para evitar el desastre, en todos los diarios se suscita una fuerte polémica; en ella se unen, por una parte, la crítica al gobierno y al sistema que ha conducido al país al desastre y, por otra, el deseo de la tan cacareada regeneración.

Pero el pueblo la ignora; contento por no tener que marchar a ultramar, manifiesta su rechazo a un sistema político del que nada podían esperar con la indiferencia, y busca su propio cambio al margen de los que, desde las páginas de los periódicos, pretenden forjar sus opiniones. El pueblo quería la paz al coste territorial que fuera y pasando por las humillaciones que resultarían necesarias. Y, poco a poco, la prensa no tuvo más remedio que hacerse eco también de ese deseo. Tras *El Baluarte* fue *El Progreso*, apoyando la postura del partido liberal, el primer diario en señalar la necesidad de olvidarse de una vez de aventuras exteriores para cuidar la riqueza interna;²⁴⁴ y su postura fue seguida por los demás. Una vez que tuvieron clara la imposibilidad de mejorar los resultados de las conversaciones, lo único

242 Ver los artículos titulados “Se impone la Paz”, publicado en *El Progreso* de 14 de julio de 1898, y el ya señalado “Pueblo Sensato”, en el mismo diario cinco días más tarde.

243 *El Progreso*, 21 de agosto de 1898.

244 *Ibíd.*, 15 de octubre de 1898.

que proponían —haciéndose eco de la opinión pública— era que se llegara cuanto antes a la paz, acabando con la incertidumbre de aquellos días.²⁴⁵

La paz se firmó por fin el 10 de diciembre, llevando la tranquilidad a los sectores populares peninsulares, y la transmisión de poderes tuvo lugar en La Habana el primero de enero de 1899.²⁴⁶ Pero esa paz, tal y como había anunciado repetidamente la prensa sevillana, no representó la independencia de las antiguas colonias españolas. Los Estados Unidos habían comenzado su política expansionista; establecieron su protectorado sobre las antiguas posesiones hispanas, e iniciaron un “dominio” que en el caso Puerto Rico se mantiene hasta hoy, y en el de Cuba sigue provocando importantes problemas en las relaciones bilaterales.

245 *El Noticiero Sevillano* de 13 y 27 de noviembre de 1898, y *El Porvenir* de 16 del mismo mes y año.

246 Forner, Ph. S.: *La Guerra Hispano...*, Vol. II, pág. 91 y Palacio Atard, V.: *La España de...*, pág. 568.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÉS GALLEGO, José: *Regeneracionismo y crisis del 98*. Cuadernos de Historia 16, n. 30, Madrid, 1985.
- ARCAS CUBERO, Fernando. “Málaga en el 98. Repercusiones sociales de la guerra hispano-cubano-norteamericana”, *Bética. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 12, 1989, págs. 281-298.
- BERMEOSOLO, Francisco: “La opinión pública norteamericana y la guerra de los Estados Unidos contra España”. *Revista de Estudios Políticos*, 123, mayo-junio de 1962. Págs. 219-233.
- BOLADO ARGÜELLO, Nieves: *La independencia de Cuba y la prensa: apuntes para la historia*, Torrelavega, 1991.
- BORDEJE MORENCOS, Fernando de: “La armada en el debate político de la postguerra”, *La marina ante el 98*, Madrid, 1990, 2, Págs. 7-20.
- CARR, Raymond: *España 1808-1939*, Barcelona 1970.
- CEPERO BONILLA, R.: *Azúcar y abolición*, La Habana, 1948.
- COMPANYS MONCLUS, Julián: “La carta de Dupuy de Lôme”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 184/3, septiembre-diciembre de 1987, págs. 465-481.
- “Los orígenes de la prensa amarilla y su relación con la insurrección cubana de 1895” *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 185/2. Mayo-agosto de 1988, págs. 327-346.
- *De la explosión del Maine a la ruptura de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y España (1898)* Lérida, 1989.
- *España en 1898: entre la diplomacia y la guerra*, prólogo de. Madrid, 1992
- CONANGLA FONTANILLES, J: *Cuba y Pi y Margall*, La Habana, 1947.
- DOMINGO ACEBRÓN, María Dolores: “La participación de españoles en el ejército liberador en Cuba, 1895-1898”, *Revista de Indias*, 52, 1992. Mayo-diciembre de 1992, págs. 369-394.

- ELORZA, Antonio: "Con la marcha de Cádiz: imágenes españolas de la guerra de la independencia cubana", *Estudios de Historia Social*, 44-47, 1988, págs. 327-386.
- FERNÁNDEZ MUÑIZ, Aurea Matilde: "la quintas, sistema de reclutamiento: explotación para unos y negocio para otros (1868-1898)", *Estudios de Historia Social*, 44-47, Madrid, 1988, págs. 553-559.
- FLORES, Eugenio Antonio: *La Guerra de Cuba. (Apuntes para la Historia)*. Madrid 1895.
- FORNER, Philip S.: *La Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana y el nacimiento del imperialismo norteamericanos. 1895-1898*, Madrid, 1975.
- GARCÍA NIETO, M^a del Carmen, Javier M^a Donezar y Luis López Puerto: *Restauración y desastre. 1874-1898*, Madrid, 1972.
- *La Crisis del Sistema Canovista. 1898-1923*, Madrid, 1972.
- GÓMEZ NÚÑEZ, Severo: *La Guerra Hispano-Americana*. Madrid, 1901.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena: "La cuestión cubana y sus implicaciones internacionales", *Hispania*, 49, 1989, págs. 343-354.
- HILTON, Silvia: "The Spanish-American war of 1898: Queries into the relationship between the press, public opinion and politics", *REDEN*, Revista Española de Estudios Norteamericanos., n.º 7, Madrid, 1994, págs. 70-87
- "Democracy goes Imperial: Spanish views of American Policy in 1898", *Reflections on American exceptionalism*, Edited by David, K. Adams and Cornealia A. van Minem, Keele University Press, 1994, págs. 97-127
- LE RIVEREND, J.: *La Habana (biografía de una provincia*, La Habana, 1960.
- *Historia económica de Cuba*, La Habana, 1978.
- LYNCH, John: *Las revoluciones hispanos americanas. 1808-1826*. Barcelona, 1976.
- MARTÍN BERRIO, Raúl: "1898: Intervencionismo militar de los Estados Unidos sobre Puerto Rico y Cuba", *Quinto centenario*, 16 1990, págs. 253-269.
- MATEU Y LLOPIS, Felipe: "El 98 en mi memoria". *Haciendo Historia: Homenaje al profesor Carlos Seco*, Barcelona, 1989, Págs. 409-416.

- MORALES PADRÓN, Francisco: *Historia de unas relaciones difíciles: EE UU-América Española*, Sevilla, 1987.
- MORENO FRAGINALS, Manuel: *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, La Habana, 1978
- MOYANO, Eduardo: *La nueva frontera del azúcar: el ferrocarril y la economía cubana del siglo XIX*, Madrid, 1991.
- NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael: “Los anarquistas españoles y americanos ante la guerra de Cuba”, *Hispania*, 51/179, septiembre-diciembre 1991, págs. 1077-1092.
- PALACIO ATARD, Vicente: *La España del Siglo XIX (1808-1898)*, Madrid, 1978.
- PÉREZ GUILHOU, Dardo: *La Opinión Pública Española y las Cortes de Cádiz frente a la Emancipación Hispano Americana. 1808-1814*, Buenos Aires, 1981.
- REPÁRAZ, Gonzalo: *La guerra de Cuba*. Madrid, 1896.
- ROBLES MUÑOZ, Cristóbal: *1898: Diplomacia y opinión*, Madrid, 1991.
- “La lucha de los independentistas cubanos y las relaciones de España con los Estados Unidos”, *Hispania*, 50, 1990, págs. 159-202.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, J.: *Los Desastres y la Regeneración de España. Relatos e Impresiones*, La Coruña, 1899.
- ROIG DE LEUCHSENRING, Emilio: *Cuba y Los estados Unidos*. La Habana, 1949.
- *La Guerra Libertadora Cubana de los 30 Años*. La Habana 1952.
- ROLDÁN DE MONTAND, Ives: *La hacienda en Cuba durante la guerra de los diez años (1868-1878)*, Madrid, 1990.
- RUÍZ SÁNCHEZ, José Leonardo: “La mitra sevillana y el desastre del 98: el patriotismo de don Marcelo Espínola”, *Temas de Historia Militar*, Madrid, 1988, III, págs. 491-505.
- SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: “Las últimas guerras coloniales”, *Temas de Historia Militar*, Madrid, 1988, I, págs. 569-612.
- SCOTT, Rebeca: *La emancipación de los esclavos en Cuba: la transición al trabajo libre. 1860.1899*, México, 1989.

- SERRANO, Carlos: "Guerra y crisis social: los motines de mayo del 98". *Estudios de Historia de España*, Madrid, 1981, vol. 1, págs. 439-450
- "Prófugos y desertores en la guerra de Cuba", *Estudios de Historia Social*, 22-23. Julio-diciembre de 1982. Págs. 253-278.
- SERRANO MONTEÁVARO, Miguel Ángel: "La política norteamericana en relación a Cuba", *La marina ante el 98. Antecedentes*, 1990, págs. 27-47.
- SEVILLA SOLER, Rosario: *Las Antillas y la Independencia de la América Española*, Sevilla, 1986.
- "La Crisis del 98 y la Sátira en la Prensa Sevillana", en *Andalucía y América en el siglo XIX*, T. I, Sevilla, 1984, págs. 507-540.
- "La Intervención norteamericana en Cuba y la opinión pública andaluza", *Anuario de Estudios Americanos*, T. XLIII, Sevilla, 1986, págs. 469-516.
- "Reacciones en España a la independencia de Cuba", *Anuario de Estudios Americanos*, Vol. LI, n.º 2, Sevilla, 1976, págs. 175-187.
- TÉLLEZ MOLINA, Antonio: "La marina de guerra española frente al desastre del 98. Una aproximación al testimonio de sus combatientes", *Revista de Historia Naval*, 830, 1990, pág. 39-50
- TORNERO, Pablo: "Hacendados y desarrollo azucarero cubano", *Revista de Indias*, 153-154, Madrid, 1978.
- TORRES DEL RÍO, Rosario de la: "La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury sobre las naciones moribundas", *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, VI, 1985, págs. 163-180.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel y ANDRÉS-GALLEGO, José: *El desastre del 98*. Madrid, Cuadernos de Historia 16 n.º 30, 1985.

**Rosario Sevilla Soler,
nace en Mérida (Badajoz).
Dra. en Historia de América
por la Universidad de Sevilla.
Trabaja actualmente como Investigadora
en la Escuela de Estudios
Hispano-Americanos (C.S.I.C.)**

